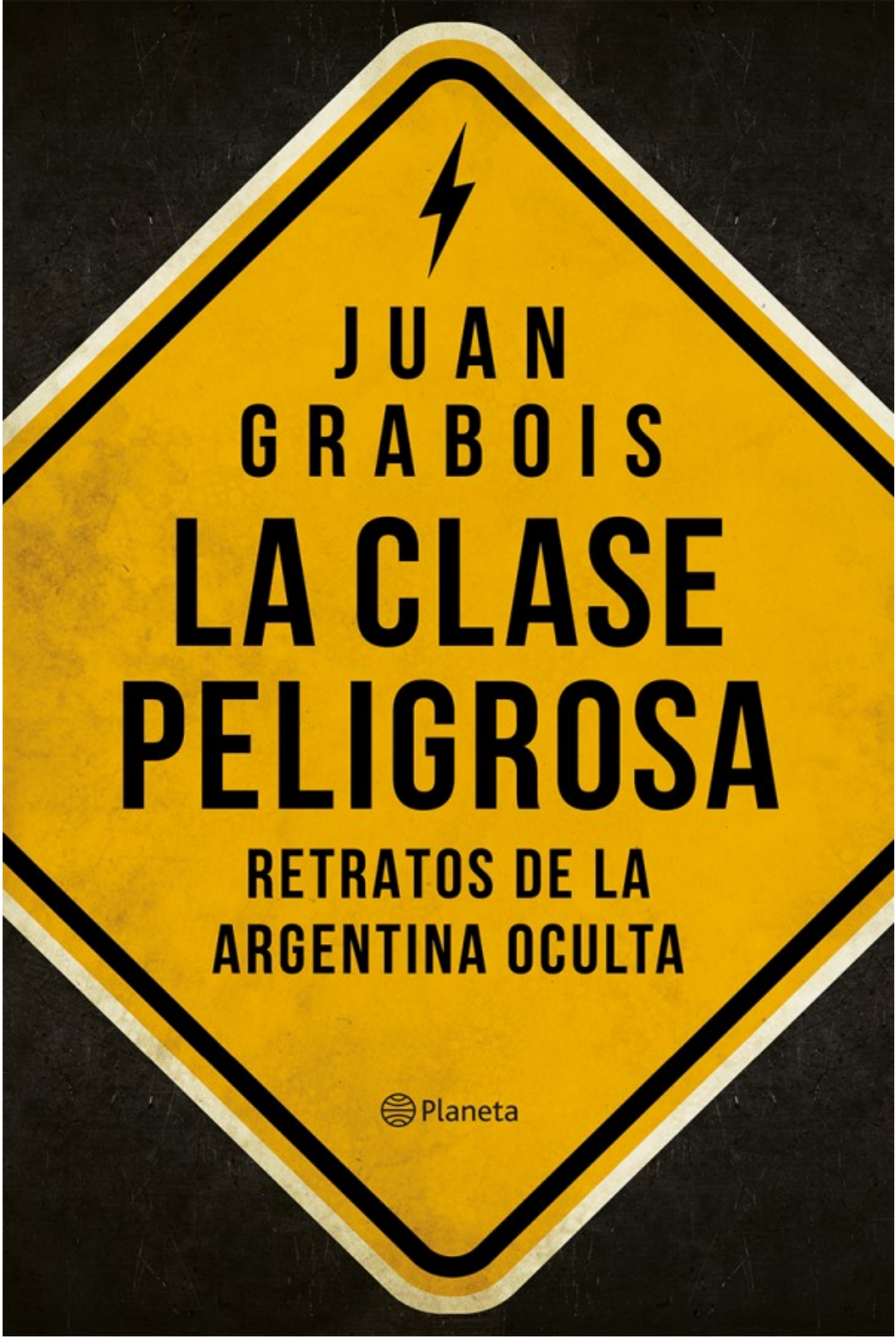
JUAN
GRABOIS
LA CLASE
PELIGROSA
RETRATOS DE LA
ARGENTINA OCULTA
Planeta

La clase peligrosa
Retratos de la Argentina oculta

Juan Grabois

Grabois, Juan
La clase peligrosa / Juan Grabois. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2018.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-6449-0
1. Política 2. Historia Argentina. I. Título.
CDD 320.982

© 2018, Juan Grabois

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2018, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Destino®
AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: octubre de 2018
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6449-0

Advertencia

No todo lo que cuento en este libro sucedió. Intenté reducir al mínimo la mención de personas u organizaciones, cambiando los nombres en varias ocasiones, para evitar que una mala obra literaria se transforme en pasto para la policía mental del régimen. En el texto uso la palabra *Movimiento* para referirme indistintamente a diversas organizaciones sociales, reales o ficticias, que participaron de los hechos relatados. Muchas de ellas son parte de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP). Otras no. Otras todavía no existen.

Pistolas que se disparan solas
Caídos, todos desconocidos
Bastones, que pegan sin razones
La muerte es una cuestión de suerte…
Que se maten nomás, que se maten nomás
que se maten nomás en el Gran Buenos Aires
en la parte de atrás
háganse su ghetto, quédense en su barrio
y que no se ajuste el cinturón de Rosario
Santiago del Estero, peleando su dinero
pongamos policías
que se maten nomás
que se maten nomás
Quizás no sea el vino…

«Pistolas» (1994), Los Piojos

Capítulo 1
Incineración

Fuego

Una nueva noche fría en Barrio Acuba. Nuestro grupo zigzagueaba en la cerrada oscuridad de los pasillos esquivando charcos, fumando, susurrando bajo la luz inexistente de las luminarias. El fuego se había extinguido unas horas atrás, los cuerpos calcinados ya no estaban allí. Una improvisada barricada tapiaba el acceso a la pira sacrificial donde algún demonio había incinerado a las niñas.

El Lunero retiró los tablones de madera y se quedó respetuosamente afuera. Entramos con Sergio apenas iluminados por las luces led de los omnipresentes celulares. No hizo falta violar el precinto porque no había ninguno: la escena estaba intacta, nadie se preocuparía en peritarla. Vimos bajo nuestros pies unos destellos paranormales, llamas que bailaban en el suelo, y por un momento quedamos fantasmeando hasta que Sánchez aplastó los fuegos fatuos con la suela de sus zapatillas fluorescentes. Eran los cables chamuscados que buscaban como culebras el pie descalzo de algún niño para cobrarse otra víctima.

«Gordo, te vas a electrocutar», le dijo alguien desde atrás mientras como velas mágicas tiritando sobre el suelo terroso volvieron a chisporrotear los cables. Sánchez dijo algo de una fase caída, se trepó a no sé dónde, cortó no sé qué, y los fulgores se extinguieron. Tomamos fotos del cuadro macabro con la esperanza de que alguna justicia se conmoviera frente a los juguetes derretidos de esta Guernica criolla.

Salimos del lugar e iniciamos un raid espasmódico por el barrio. Como cada noche fría, los transas se llenaban los bolsillos. Improvisamos una asamblea con los vecinos que se habían acercado al callejón, fuimos al comedor de Julia, hablamos con los familiares y buscamos dónde alojar a esa madre que, como todas las madres de nuestros barrios, iba a llorar a los gritos durante el velorio hasta que las piernas le flaquearan y cayera al suelo temblando enloquecida, mientras el pequeño cajón descendía en el pozo poco profundo cavado a desgano en algún rincón roñoso del cementerio de Lomas de Zamora.

Algunos días más tarde, volvería a su vida normal más rápido de lo que indica el decoro burgués, porque deprimirse también es un privilegio del que algunos no gozan. Tendrá que soportar la mirada inquisitoria de la secretaria de algún juzgado penal y las opiniones divididas en el pasillo sobre el nivel de su responsabilidad.

Lo que sentíamos esa noche, fuera lo que fuese, lo expresamos en la vorágine de la acción y nada más. Tal vez no guardamos el recogimiento,

la solemnidad que debimos; ni vertimos las lágrimas necesarias. Estábamos combatiendo o eso creímos, eso creemos cada vez que pasa algo así. Un querido amigo me dijo una vez «*Las cosas tristes y dolorosas nos golpean y corremos el riesgo de "acostumbrarnos". Pido la gracia, para mí y para todos los que trabajan por los demás, de saber sorprendernos por cada una de ellas, como si fuera la primera que vemos; de no acostumbrarnos a vivir amoretonados sino a darle nombre a cada moretón que nos venga. Pido la gracia de entender que no existe "el dolor universal" sino el de cada persona, el de cada día y hora. Sé que entendés esto y que tenés lomo para soportarlo*».

No sé si tengo el lomo. No puedo recordar el nombre de las niñas. Me esfuerzo en buscarlo en la memoria pero no viene. Tengo que recurrir a una memoria externa, en bytes, los trozos de información que se guardan desordenadamente en el disco rígido de mi computadora o en la nube, indexados por Google. Tratamos de captar el dolor de cada persona pensándolo, analizando sus causas, sintetizando sus rasgos comunes, pero el dolor es un misterio que escapa a nuestra comprensión. Lo hacemos tal vez como una forma de canalizar nuestros sentimientos sin evadirnos y seguramente muchas veces lo hacemos mal, pensamos mal y actuamos erróneamente, pero por lo menos no somos indiferentes.

Invasión

Ella fue de las primeras en asentarse en Acuba. Fue en 2007. Se metió junto a unas 600 familias, pocos días antes de la primera vez que estuve allí. Me había comprometido a ayudar a los usurpadores mientras tomaba mate ultra azucarado en la casa de la Morocha. Llegó un grupito, tocó la puerta y abrió sin esperar respuesta. Es llamativo que en las zonas que el GPS marca como rojas nadie cierra la puerta con llave y se las golpea más para avisar que para pedir permiso.

Con una vaga esperanza, entraron y empezaron a explicarme sus motivos. Mezclaban verdades y mentiras, como hacemos todos cuando pedimos ayuda. Me miraban alternativamente a mí y a la Tota Santillán que arengaba a una banda de cumbia por la televisión. No era abogado por entonces, pero era de afuera, usaba un sobretodo negro y me decían «el abogado» aunque insistiera en explicarles que todavía era un estudiante.

Dejé el auto en Boquerón y Oliden. Me esperaba un nutrido grupo liderado por Diego, Leo, Pao, Lore, Rosi y Rosa, los delegados. Había muchos móviles de gendarmería y agentes dispersos en el predio intentando sacar a la gente de las carpas. Se veían escenas de malos tratos aquí y allá. Sin prestarles atención, recorrimos los cinco sectores convocando a los ocupantes para marchar hacia la garita de seguridad. En

la recorrida se juntaron unos doscientos vecinos y encaramos a un grupo de muchachos con armas prestadas, comandados por dos oficiales de Gendarmería. Desde allí recibían vía Handy el reporte del operativo. Era evidente que en el momento que irrumpimos evaluaban sus chances de evacuar sin orden judicial a las 600 familias que tras derribar buena parte del muro perimetral acampaban en siete hectáreas de un inmenso terreno baldío.

Fue una discusión corta. La ilegalidad era manifiesta. La filmadora que llevaba una vecina, mi lenguaje universitario y la pequeña multitud que se había juntado los disuadió de cualquier reacción violenta. Una cámara, algún carapálida y un pequeño gentío era un buen disolvente de arbitrariedades en esos años donde se reivindicaban los derechos humanos como política de Estado y una represión bien documentada podía costarle el cargo a un alto jefe policial.

Eso no resolvía los problemas de fondo, pero al menos no los agravaba. Los muchachos de la patota, además, eran vecinos del Eva Perón o parientes de los ocupantes. Me conocían bastante. Sentían algo parecido al respeto por cualquier militante que no abandonaba el territorio después de los primeros cachetazos. Pusieron cara de malos un rato para guardar las apariencias y suspendieron las operaciones a la espera de la orden judicial. Fue una victoria rápida pero, como todas las nuestras, pírrica y paradójica, destinada a diluirse como una gota de agua en el mar de la miseria.

Acuba es el acrónimo de Asociación de Curtiembreros de Buenos Aires y había recibido el predio en cesión de manos de la dictadura militar en 1982. El convenio entre el gobierno de facto y la cámara empresaria establecía como condición para la sesión que Acuba construyese una planta de tratamiento de efluentes para los habitantes de Villa Caraza. Desde luego, los empresarios no cumplieron y ninguno de los gobiernos democráticos posteriores se lo hicieron cumplir ni anularon la cesión.

Los vecinos de uno y otro lado de la Av. Hornos siguen sin acceso al saneamiento hasta hoy. Lo evidencian los forúnculos, las aguas arseniosas y las enfermedades gastrointestinales que se combinan con el aire fétido, la malnutrición, el paco y el recurrente zumbido de las balas para garantizarle una infancia de mierda a los cientos de miles de niños que se crían en las zonas periféricas de la pútrida cuenca Matanza-Riachuelo.

Los primeros efluentes que tiñeron el Riachuelo salieron de las venas de varios millares de querandíes masacrados por las huestes de Pedro de Mendoza en el siglo XVI, hecho que le da nombre original del río Matanza y a La Matanza, el municipio más populoso del país.

Bartolomé de las Casas aporta en 1552 la primera referencia escrita a lo sucedido en las cuencas del Río de la Plata: «*van a ser ricos y grandes señores como los otros [españoles], y esto es imposible que pueda ser sino con*

perdición y matanzas y robos y diminución de los indios según la orden y vía perversas que aquéllos como los otros llevaron. Después que lo dicho se escribió supimos muy con verdad que han destruido y despoblado grandes provincias y reinos de aquella tierra, haciendo extrañas matanzas y crueldades en aquellas desventuradas gentes». (1)

De ahí en adelante, los intereses coloniales y de los potentados nacionales mantuvieron su conducta desvergonzada, aprovechando que el olor fétido no llegaba a la Metrópoli. Así, se encargaron de envenenar la Cuenca hasta extremos inimaginables y de a poquito esta arteria de la Perla del Plata, otrora limpia y navegable, se convirtió en una enorme cloaca que maldijo con su pestilencia a los que sucesivamente ocuparon la tierra conquistada.

La cuestión es que a cuadras del Riachuelo se levantaba uno de los tantos muros de la exclusión —el que resguardaba el predio de Acuba—, y se extendía una de las tantas fronteras entre los integrados y el descarte — la que separaba Villa Caraza del Barrio Los Tanos.

El inmenso muro había estado allí por décadas, sólido, imperturbable, imponente. Hoy queda menos de la mitad. Quedan sus ruinas. Los malones del presente lo derribaron a mazazos, penetraron tierra intermedia, redujeron la frontera a pocos metros y quedaron cara a cara con el decil más bajo de la estructura social argentina. Ellos no estaban debajo, estaban afuera. Muchos cartoneros estaban en el malón y casi sin proponérmelo con mi presencia había comprometido a nuestro Movimiento en la defensa de la ocupación.

Nuestro movimiento… Suena raro ese sujeto colectivo abstracto para alguien que no está en este mundo nuestro. ¿Qué es un movimiento? ¿Cuál es el nuestro? ¿Quiénes somos nosotros? Puede querer decir muchas cosas y ninguna. Puede ser una organización de personas concretas con determinado fin o un proceso que une, generación tras generación, a los que sostienen determinadas banderas. Tal vez tenga miles de años, tal vez algunos lustros. Tal vez sea una ilusión, tal vez una realidad histórica.

Yo me lo crucé en una esquina, cuando vi a unos cartoneros que con sus hijos a cuestas luchaban por el pan cotidiano revolviendo la basura nuestra de cada día. Ese «movimiento» me atrapó en su marea, me llevó a costas desconocidas y ya no pude volver a tierra firme. Eso fue algunos años antes de la ocupación. Ahora soy un militante de los náufragos. Militante, otra palabra rara, chocante, con sonido militar; un sustantivo envejecido, un poco soberbio y prepotente. Yo quería luchar contra lo que estaba viendo, militar con ellos y por ellos.

Desde que la marea me llevó a la costa de Acuba, pasé a ser el «abogado» del barrio. Marcelo era nuestro interlocutor, el tipo que los empresarios pusieron para ver cómo resolvía el asunto. Era empresario curtiembrero y afiliado al Partido Justicialista. Siempre andaba con su

campera de cuero curtido, bien del ramo, aunque me parece que era importada.

Ese día y durante las muchas reuniones posteriores de negociación, sentí que me miraba con una especie de culpa, como si supiera que su papel de regateador de metros cuadrados no era el más honorable. Eso, sumado a que muchos de los ocupantes habían sido parte de su propia clientela política y lo conocían lo suficiente como para hacerle algún que otro reproche embarazoso, lo ponía en una posición incómoda como defensor de la ley y el orden.

Además, frente a la realidad del caso concreto, su nacionalismo popular industrialista, degradado un poco con tics involuntariamente xenófobos, sufría bajo las contradicciones de una toma de tierras cuya composición social constaba principalmente de los jóvenes argentinos de la zona, hijos del Lanús pauperizado, de la falta de planificación, del desborde demográfico natural que buscaba el único lugar disponible para asentarse junto al barrio que los vio crecer. No había bolitas, paraguas ni peruanos a los que echarle la culpa.

La edad de los ocupantes orillaba los treinta años y ninguno sentía el más mínimo respeto por la ley, la autoridad y el Estado. No eran anarquistas pero en su cotidianeidad no existía contrato social alguno. El Estado era un patrullero y pasaba sólo cada tanto, sólo a levantar la coima de los transas o verduguear a los pibes. Su rostro amable era una escuela-aguantadero, un hospital roñoso, un bolsón de comida o un subsidio miserable. No existía el derecho de propiedad para ellos. No tenían patrimonio. Un título de propiedad ajeno constituía simplemente un elemento de coerción, un límite físico tan carente de sentido ético como el muro de Acuba.

Nunca habían suscripto un contrato: ni laboral, ni civil, ni comercial. La pena era casi siempre un hecho fortuito, aleatorio, arbitrario, totalmente disociado de la conducta. La ley era la ley del rico. La ley del pobre era el hecho y la costumbre. Esta dualidad normativa había sido bien enunciada por uno de los delegados cuando le dijo a un periodista: «o me matan o me quedo y me gano mi terreno». Los hechos tienen una materialidad superior a los derechos. Para los desposeídos, la única forma de obtención de los llamados derechos reales, de algo parecido a un patrimonio, es la acción directa, de facto, que si es victoriosa y se consolida, sólo adquiere cierta legalidad mediante el transcurso del tiempo.

Nada de esto es muy distinto a lo que sucede en los cientos de miles de asentamientos del mundo donde reside un tercio de la población humana. No es que en la Argentina pase algo muy especial pese a nuestra obstinación nacional de creernos excepcionales, lo mejor y lo peor; no somos ni lo uno ni lo otro: somos una triste colonia tan atrasada, desigual

y subdesarrollada como el resto del tercer mundo. Ya hemos perdido incluso el perfume francés que alguna vez exhaló nuestra capital para orgullo del puerto prodigioso. También se va desgajando la herencia del Estado de bienestar peronista con su amplia legislación protectoria.

En los países pobres, en promedio, una de cada dos nuevas viviendas urbanas son ocupaciones ilegales de terrenos ociosos. En la Argentina, una de cada cuatro, in crescendo. En los últimos cuarenta años, ni los machitos de derecha ni los progresistas sensibles han hecho nada muy distinto a permitir el *laissez faire* de una dinámica urbana excluyente que necesariamente pone en situación delictiva a millones de personas.

El modo normal de acceso a la vivienda para media humanidad es la toma, la usurpación, la ocupación informal, la recuperación o el eufemismo que se le quiera poner para describir la irrupción violenta e ilegal sobre terrenos disponibles. Este sistema no permite que un tercio de la humanidad acceda al techo en forma legal y pacífica. A otro tercio lo somete a la servidumbre del alquiler o la esclavitud del subalquiler. Nuestro país reproduce sin mayores resistencias la tendencia de la globalización.

Adiós, Manolo

Los jóvenes de Acuba tampoco respetaban a Don Manolo Quindimil, intendente de Lanús, arquetipo del caudillo peronista bonaerense, la antigua representación del Estado en el conurbano.

Manolo era bastante querido por los pobres de la zona de la generación anterior. Algunos recordaban sus botas embarradas cuando participaba de los operativos de socorro durante las inundaciones. Pero para nuestros compañeros el apellido Quindimil no evocaba nada, nada de nada, ni el amor filial de los cabecitas ni la indignación de los gorilas ni el desprecio de la burguesía biempensante, sólo una pasmosa indiferencia. Después de cinco fallidos intentos de desalojo, ahora sí con orden judicial y un despilfarro de postas de goma, el veterano dirigente intentó una negociación para «relocalizar» a las familias en Ezeiza, a más de 40 kilómetros, a través de un puntero que se las daba de pesado que llegó como el gallo al gallinero y salió picoteado.

Manolo terminó por comprender que no había nada que hacer. Si no corría sangre, la gente se iba a quedar y ni Manolo, ni el Gobernador ni el Presidente querían pagar el costo de esa sangre por un lote contaminado en el fondo de Lanús.

Dice el mito local que durante la primera de estas tentativas por recuperar el terreno perdido unos helicópteros surcaron el cielo y desde

abajo le tiraban con ametralladoras. Nada de eso es cierto, pero sí que el predio se convirtió en una especie de campo de batalla no-letal, una especie de *paint-ball* extremo, sólo que las escopetas estaban de un solo lado. En una de las zonas ocupadas los usurpadores acopiaban bombas molotov. Yo vi varios centenares, pero finalmente ninguno iba a dar en el cuerpo de un policía. Eran casi de utilería.

Lo cierto es que el terreno, además de inmenso, era tan irregular que el desalojo era una tarea verdaderamente ardua. Mucho más que el desalojo en sí mismo, lo difícil era sostener desocupado el predio. Cada una de esas batallas duraba seis o siete horas al final de las cuales quedaba un centenar de heridos de nuestro lado, una docena de policías con contusiones, algunos caballos lastimados y un tendal de postas de goma que los chicos recolectaban como si fueran setas.

Si las fuerzas lograban despejar el predio, su victoria duraba poco. Después del operativo, que requería no menos de 1000 policías que según las malas lenguas solicitaban en cada ocasión un aporte cuantioso de los empresarios de Acuba, el Gobierno requería que éstos volvieran a sus actividades habituales, el predio quedaba desguarecido y se producía una nueva ocupación.

En los días que siguieron a este ejercicio de gatos y ratones se produjo un movimiento social fuerte que reclamaba el desalojo definitivo de la toma. Comenzó con una movilización de los frustrados vecinos del Barrio Los Tanos a la Municipalidad de Lanús y tuvo su punto álgido en un corte en el Puente Alsina que hermanó a la Asociación de Empresarios de Curtiembres con el Sindicato de Obreros Curtiembreros. Colaboración de clases, versión farsa. El sindicato, al no tener base propia que movilizar, contrataba a alguno de nuestros compañeros para llenar los huecos, entre ellos no pocos ocupantes del barrio Acuba que aceptaban la changa sin el más mínimo sentido de la contradicción. En cualquier caso, no era precisamente la oligarquía terrateniente ni la burguesía porteña la que reclamaba la expulsión de los invasores sino los herederos del proletariado industrial peronista que habían logrado consolidar un barrio relativamente integrado, y una multitud de pequeños empresarios nacionales, propietarios de fábricas obsoletas, contaminantes y al borde de la quiebra.

Frente a la grieta generada en su base social, frente al choque entre las fuerzas sociales que integraban el avejentado bloque pluriclasista lanusino y los nuevos desarrapados del distrito apoyados por una militancia sin doctrina ni maestros que funcionaba más como una murga que como una orga, Manolo meditó y tomó una decisión sabia: renunció. Su tiempo había acabado. La Argentina del siglo XX ya no existía y si le quedaba alguna duda, esta guerra intestina en el fondo de Lanús terminó de despejarla. Algunos decían que los Tanos se cargaban a Manolo, otros que nos lo cargábamos nosotros, pero lo cierto es que a Manolo se lo cargaba la

historia y, a diferencia de muchos, no quería ser un cuerpo impotente flotando a la deriva en la tempestad de los nuevos tiempos. La patética y trágica dignidad de un anciano experimentado se vio frustrada por la insistencia de una parentela advenediza que lo necesitaba para conservar sus privilegios. Manolo estaba viejito y los acólitos lo hicieron retractarse. Unos meses después sus compañeros lo traicionarían, Manolo perdería las elecciones por primera vez en 25 años y poco después fallecería. Pocos lo lloraron. Sus nietos se acomodaron a la nueva política y a él ya nadie lo recuerda.

Micro crisis

Cuando los directivos de la Asociación de Curtidores comprendieron que la orden del Juez era cartón pintado le pidieron a Marcelo que buscara un acuerdo para entregar la menor cantidad de hectáreas posibles a los ocupantes y garantizar que la marea no avanzara sobre las 20 hectáreas restantes. No fue cosa de unos días. Las negociaciones duraron varios meses y tuvieron momentos de alta tensión, más por presión de los Tanos que de los empresarios. Corrió el rumor de que se estaba llegando a un acuerdo, hubo algunas protestas y algún loquito disparando hacia el barrio. Un día de verano, los muros amanecieron pintados con la leyenda «Acuba no ceda». ¡Pero Acuba ya éramos nosotros! Y no cedimos. Acuba, la cámara curtiembrera, sí cedió. ¿Qué iban a hacer frente a semejante aluvión zoológico?

En esos días se leyeron algunos artículos con quejas sobre la pasividad del Gobierno frente al despojo y la invasión. Con independencia de que la propiedad sobre ese predio era, como tantas otras, producto de un despojo anterior y de un acto de ilegalidad manifiesta por parte de un gobierno de facto, lo cierto es que a diferencia de muchas otras tomas, los curtiembreros tenían título suficiente para que el Estado hiciera valer su derecho. No les sirvió.

La propiedad privada no es un hecho natural sino una relación potencialmente conflictiva entre personas de carne y hueso. Una relación históricamente determinada por las guerras, los movimientos migratorios, las transacciones comerciales, los despojos, los desalojos. Es una relación respaldada por la fuerza del Estado que muchas veces se origina en un crimen como evidencian los restos fósiles querandíes enterrados en Acuba.

El propio Estado cristaliza relaciones sociales inestables, atravesado por conflictos e intereses. Cuando la lucha humana en torno a un objeto concreto, en este caso un pedazo de tierra ociosa, desborda los cauces institucionales y no puede ejercerse el monopolio de la fuerza legítima,

estalla en una micro crisis. El Estado baja de su nube platónica y se encarna. Adopta la forma humana de determinados funcionarios que deben definir una estrategia ad hoc para la administración del conflicto. En ocasiones esa estrategia diverge, por la fuerza de los hechos, de lo que la letra muerta de la ley indica. Así son las cosas y siempre han sido así. Los hechos son más fuertes que los códigos. Los ricos lo saben bien porque en general la fuerza de los hechos los beneficia a ellos.

Aunque no existió un reconocimiento expreso, esta micro crisis suspendió el funcionamiento automatizado del Estado. Se resquebrajó el poder cristalizado. El no-desalojo puso las cosas al derecho, poniéndolas al revés. Permitió que el Estado, violando sus propias disposiciones, priorizara una necesidad humana vital como la vivienda frente a una relación jurídica entre una mercancía y su propietario. Fue un triunfo de la equidad sobre la ley.

El resultado de la micro crisis de Acuba fue un convenio que redefinía los límites del terreno. Paradójicamente, este documento fue el primer contrato que la mayor parte de los vecinos firmaron en su vida. El convenio incluía una serie de obligaciones del Estado vinculadas a la urbanización del espacio. Proyectaba un plan de integración urbana y hasta la construcción de nuevas viviendas. Nos mostraron maquetas y los vecinos casi ni se gastaron en mirarlas. Las posibilidades de que esas promesas se concretasen eran mínimas. Mis compañeros sabían que se trataba de papeles sin valor. Sabían que eran palabras al viento. Sabían que aun cuando los propios funcionarios formularan esas promesas de buena fe, no serían capaces de cumplirlas. Desde luego, tenían razón. Pasaron los años, cambiaron los funcionarios, y nada de eso se cumplió. La gente hizo el barrio sola. «Producción social del hábitat», es el eufemismo académico adecuado. Se colgó del agua y la electricidad. Abrió algunas calles estrechas, irregularmente, como pudo. Inauguró algunos merenderos. Resistió un tiempo la instalación de los transas hasta que nuevamente la fuerza de los hechos se impuso sobre la ley, esta vez con el beneplácito de las fuerzas de seguridad. Cada familia se hizo sus casas con los mismos materiales globalizados con que se construye gran parte de las viviendas de los pobres del mundo: chapa, madera, nailon y cartón. Con el tiempo algunas fueron mejorando.

Las tipologías habitacionales y técnicas constructivas de Acuba son tan heterogéneas en forma y calidad como para llenar un manual de arquitectura. Sin embargo, para el ojo occidental son tan iguales como un chino y otro. Desde el punto de vista de los vecinos del barrio, hay casillas y casillas, pozos y pozos, y Gabriela Bordón tenía la peor casilla y el peor pozo en la peor parte del barrio. No era el único caso. Había una decena de familias en situación de precariedad extrema, sobre todo madres con hijos. Sabíamos que aunque mostremos las patas sucias de los niños, los

forúnculos de sus brazos, su carita mojada por la lluvia, el financiamiento público para viviendas no se iba a conseguir porque los derechos humanos de los hijos de Gabriela se suspenden mientras dure el grave crimen de su madre usurpadora.

La ilegalidad de la ocupación exime al Estado de proteger a los infractores y pueden pasar décadas hasta que un funcionario se anime a meter las patas sin la gorra puesta para hacer alguna obra. Los vínculos entre los vecinos, después de los primeros meses de solidaridad absoluta, cuando la precariedad extrema es la situación común y el desalojo es un riesgo constante que los unifica, se empiezan a distender. Cuando la toma se consolida, queda un pequeño grupo activo remándola ante la indiferencia general. Frente a la situación de varias Gabrielas y nuestra incapacidad de generar mecanismos comunitarios para resolverla, decidimos pedir ayuda a cualquiera que quisiera darla.

Así llegamos a una ONG llamada «Un techo para mi país» que luego pasó a llamarse TECHO. Nos dijeron que eran jóvenes de buena posición económica que hacían casuchas pobres para los pobres. Era una ONG muy criticada por su parafernalia oligárquica y sus cenas de recaudación al estilo damas de caridad donde, por ejemplo, preparaban guiso villero con jabalí ahumado para gente top o proponían a los comensales un recorrido virtual por la villa mediante un sistema de anteojos 3D.

En el ambiente de la izquierda intelectual se acuñó una broma en base al nombre de esa ONG que adquirió el mote «un Cheto para mi país». Fue a partir de un título de la revista *Crisis*, un material de cierto nivel intelectual que no suele ser muy leída por los pobres. Lo cierto es que la crítica a los chetos de techo a menudo provenía de otra burbuja ideológica construida sobre privilegios materiales similares, físicamente tan lejana a Acuba cómo la de los chetos.

Más allá de cualquier consideración teórica, lo que se necesitaba era resolver urgentemente una situación puntual que peor no podía ser, y en el corto plazo. No podía resolverse con debates sobre el grado de alienación de cada uno de estos grupos que, más allá de sus particularidades, intentaba honestamente enfrentar la injusticia social.

Recuerdo a un funcionario del área de vivienda de la Municipalidad, un buen tipo, flaco, bronceado, de camisa blanca, más o menos bien afeitado, con algunos TOC evidentes, del que se decía maliciosamente que iba a comprar merca al barrio. Pancho era uno de esos hombres con sus contradicciones a flor de piel a los que la vida los fue llevando a donde están, que había pisado la villa con un morral lleno de sueños y vuelto con el morral vacío. Ahora volvía con un portafolio lleno de lugares comunes progresistas y falsas promesas. Cuando vio las construcciones de emergencia, se puso mal, algo le hizo cortocircuito. Empezó el rollo de que la vivienda social era una facultad indelegable del Estado y que abordar el

problema habitacional a través de las casillas de madera que traían los chetos de TECHO implicaba una degradación para los vecinos: «¡¿Cómo trajeron a esos chetos, cumpas?!».

Las taperas de nailon y cartón dónde vivían algunos vecinos bastaban para poner en crisis el relato. Además, lo escuchaba yo solo. Algunos compañeros lo miraban con sorna. Otros, entre vecinos y voluntarios, construían la casita ofensiva. Los chetos y más precisamente las chetas, de cutis perfecto y cabello cuidado, jugaban con la pibada en medio de la mugre acumulada durante varias semanas. El municipio no brindaba el servicio de recolección de residuos y se había negado resueltamente a tercerizarlo, tal vez para evitar la confiscación neoliberal de las potestades públicas, pero con el consabido resultado de que no pasaba ningún camión y la basura se acumulaba en centenares de microbasurales a cielo abierto.

Un poco más adelante, me enteré de que el padre Josse Van der Rest, el cura que fundó TECHO, dio con la piedra filosofal de la cuestión habitacional y sentenció que para solucionar la exclusión de la vivienda los pobres no tenían otra posibilidad que la de ocupar los terrenos y construir casillas de 300 dólares. Nunca entendí por qué lo dijo en dólares. Tal vez para darle universalidad al proyecto.

Más allá de que no es ninguna genialidad sino, precisamente, lo que hacen los pobres desde hace varias décadas, el jesuita tuvo el enorme método de reconocer la realidad y no alimentar la industria de los expertos en «hábitat», «urbanismo» o el más sofisticado concepto a la «Derecho a la Ciudad» acuñado por mi amiga Erminia. El cura, además, instigó abiertamente y participó personalmente de tomas de terrenos urbanos colocándose en la práctica muy a la izquierda de sus críticos académicos.

Con el correr de los años, TECHO fue moderando la parafernalia ostentosa de sus galas y siguió con bastante constancia trabajando en la provisión de viviendas de emergencia precarias (sin baño ni cocina) para los barrios populares. Muchos jóvenes de los sectores acomodados cambiaron su perspectiva del mundo a partir de sus prácticas en esa ONG. Del mismo modo, la izquierda intelectual dejó algunas poses snob y prejuicios progres de lado. Había sucedido algo importante en ambos grupos: se habían sumergido con constancia en la realidad de las periferias y esa inmersión debilitó la necesidad de diferenciación gestual que domina la cultura pequeño burguesa argentina y hace que si no puteás a otro, no tengas identidad.

Techos

El agronegocio, las industrias extractivas, las guerras, el narco, el

terrorismo son algunas de las causas de expulsión que conducen al desplazamiento masivo de campesinos. A diferencia de las migraciones campo-ciudad de los siglos XIX y XX, hoy predominan los factores de expulsión sobre los de atracción. Aunque el brillo de las ciudades sigue atrayéndonos como la miel a las hormigas, quedarse en el campo es cada vez más peligroso.

Estos movimientos demográficos no son fenómenos naturales. La proliferación de asentamientos informales y el despoblamiento de áreas geográficas enteras son inherentes a la globalización capitalista. Una tercera parte de la humanidad ya vive hacinada en barriadas más precarias que asentamientos neolíticos y tan insalubre como un basural, a escasa distancia de edificios inteligentes, country clubs o barrios residenciales que siguen desarrollándose entre el miedo y la indiferencia.

El cine comienza a reflejar este fenómeno en películas populares como *Distrito 9*, que caracterizan a los recién llegados como langostas, bien diferenciados de los sectores obreros que lograron integrarse en la sociedad durante la etapa anterior, reflejando altos niveles de fragmentación de la clase trabajadora y la dualidad de nuestra estructura social.

El descontrol en el desarrollo urbano expresa la crisis de la burguesía (*burgo:* ciudad) y el proletariado como clases sociales principales. Dos nuevas clases —una situada existencialmente *por encima* de la ciudad y otra por *afuera*— se desarrollan en una dimensión física, psíquica y cultural emergente.

Hacia finales del siglo XIX, en los países industriales y en la segunda década del siglo XX en los periféricos, existieron fuertes políticas de planificación urbana y vivienda para los sectores obreros. Fue a partir de la irrupción neoliberal que la mancha urbana se extendió de manera caótica y el espacio urbano se convirtió en una mercancía exclusiva. Los precios del metro cuadrado en las grandes ciudades treparon hasta las nubes y el valor de una casa en proporción al salario medio se quintuplicó. Las políticas de vivienda social prácticamente desaparecieron. En el Reino Unido, las *council houses* surgidas de la Public Health Act de 1875 permitieron mejorar enormemente las terribles condiciones de hacinamiento de los trabajadores británicos que describió Engels en su famoso texto *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Esas viviendas de propiedad municipal no se vendían como otra mercancía que se incorpora al mercado: se alquilaban a los trabajadores a un precio razonable para su amortización. Los barrios que se desarrollaron de ese modo son, para una familia pobre de hoy, barrios de ricos. Margaret Thatcher, amazona del neoliberalismo, discontinuó esta política y promovió la liberalización del mercado inmobiliario, propiciando lo que se conoce como proceso de gentrificación.

Esas viviendas pensadas para los obreros, sólidas y bien ubicadas,

pasaron a mano de gente bien. La vivienda perdió su status de derecho, dejó de ser salario indirecto, dejó de contarse entre las necesidades de reproducción del proletariado. Fue un enorme ahorro para la clase capitalista.

Actualmente, ni los hijos de la clase media propietaria se pueden comprar un departamentito si se quieren independizar o formar una familia. Dejan el 50% de lo que ganan en el pago de alquileres + expensas. Unos pocos esperan que les salga algún crédito. Los pobres no pueden esperar la sensibilidad de la banca ni tienen garantía propietaria para alquilar. Se meten en un terreno, aguantan la represión y van construyendo como pueden. Así consiguen un techo los sin techo. Todo lo demás, por ahora, es básicamente chamuyo.

La toma de tierras no es signo de maldad o de virtud. Es inevitable. Surge de una necesidad vital insoslayable, más aún, de una necesidad elemental de la física euclidiana: el espacio. Si existe algún romanticismo en esos procesos, es el propio de toda lucha de los de abajo, por problemática y contradictoria que sea hacia adentro. Hay una mística de la toma. He visto actos de heroísmo, abnegación y solidaridad en esos primeros meses de precariedad y tensión. Si esa fuera la conducta habitual de nuestra sociedad viviríamos en un mundo de hermanos y hermanas, cimentado en valores verdaderamente humanos, en la capacidad de compartir y resolver creativamente los problemas colectivos, en «la fuerza de los fuertes» que describe Jack London. Pero dura poco. Luego todo vuelve a la normalidad. El propio sistema, después de algunos intentos desganados para cumplir con los rituales del derecho procesal, permite las ocupaciones porque sabe que no hay otra forma de descomprimir la presión demográfica. Como hace la señora con la cucaracha que ve caminando sobre la mesada: la trata de matar, pero si se escapa y permanece fuera de su vista, se olvida de ella. En la medida que no se trate de lotes céntricos o exista un interés realmente poderoso sobre las tierras, hay un consenso tácito de que la invasión es la única forma posible de contener espacialmente al descarte social.

Por otro lado, también con sus excepciones, con los terrenos informalmente loteados pasa como en la Bolsa: existe una emisión primaria de los lotes entre quienes pusieron el cuerpo durante la ocupación pero luego muchos lotes se revenden en un mercado secundario. El precio de venta es bajísimo, pero es un precio al fin y de alguna manera transforma en mercancía la tierra ocupada. Esta práctica mercantil degrada la mística inicial y cubre el proceso de un manto de impureza, de sospecha sobre las motivaciones de los ocupantes y militantes que los acompañan.

En todas las tomas de tierras que acompañamos desde el Movimiento, nuestros enemigos difundían el rumor de que nos dedicábamos a la venta de lotes. Desde luego, era una calumnia y nuestro Movimiento siempre

desalentó esta práctica, pero la compraventa de terrenos usurpados es bastante común y más de una vez hasta los delegados, en la lucha por la subsistencia, lo hacen. Con todo, en el barrio quedan siempre los pobres de toda pobreza, los que sólo así pueden liberarse del hacinamiento extremo, de la violencia doméstica o de la esclavitud del subalquiler.

Iluminados

Un año antes de esta tragedia, mientras vivía en la Patagonia, recibí el llamado de Fabio Paz Rodrigo, una persona del círculo chico del presidente Mauricio Macri. Con Fabio me unía una relación de cierta confianza y amistad. A lo largo de los años, me había demostrado que a pesar de dársela de pragmático y alardear de su cinismo tenía una sensibilidad bastante más aguda que la de otros políticos de discurso más pobre-friendly.

Fabio es un hedonista confeso con una notable semejanza física y psíquica con el enano de *Game of Thrones*. Se da el lujo de ahorrarse la innecesaria degradación de la hipocresía que suele practicar su círculo social. Esta persona comprendió la conveniencia de abordar la situación de los cartoneros incorporándolos al servicio de recolección diferenciada municipal y poniendo unos pesos para lograrlo.

Más allá de su ubicación política en el campo neoliberal, siempre le reconocí su enorme contribución al desarrollo de una política pública que permitió la inclusión de seis mil trabajadores del reciclado, totalmente excluidos de cualquier derecho, en algo parecido a lo que la OIT llama trabajo decente.

Fabio, que a diferencia de la mayor parte de sus colegas de la devaluada élite argentina tiene algunos rasgos de lo que podría denominarse un hombre ilustrado, solía ser objeto de las más indignadas denuncias desde el campo nacional y popular por su rol como abogado vinculado a los grandes medios de comunicación y corporaciones bancarias. Yo entendía que ése era su bando y nunca pretendí que se pasara al mío, pero también que cuando podía, se camuflaba y nos daba una mano. En fin, uno con el que se puede hablar y, cada tanto, acordar.

Por esos días, la seccional patagónica de nuestro Movimiento había realizado una protesta en Hidden Lake que tuvo una repercusión importante en los medios nacionales. Hidden Lake es una empresa propiedad del magnate británico Joe Lewis, uno de esos personajes del 1% que se divierten formando en torno suyo una corte de sátrapas tercermundistas que le rinden pleitesía como bufones voluntarios. Gracias a sus admiradores locales, logró la proeza mundialmente reconocida de

robarse un lago entero, el Lago Escondido, impidiendo el libre acceso de los ciudadanos por el camino tradicional del Tacuifí pese a las resoluciones de la más alta instancia judicial de la provincia de Río Negro.

Este manto de impunidad servía asimismo para cubrir los negocios turbios de otros empresarios cercanos al gobierno de Macri y presumiblemente asociados al propio Lewis, como los hermanos Marcelo y Damián Mindlin, que por ese momento pretendían desarrollar una suerte de mundo feliz sólo para ricos en la zona conocida como Pampa de Ludden robándoles el agua a todos los campesinos de la región y destruyendo el tercer bosque de cipreses más importante del planeta, la reserva del Río Azul.

No sé si nuestra mediática incursión en lo de Lewis habrá influido o no en el llamado que me hizo Fabio, pero lo primero que escuché cuando atendí el teléfono fue alguna de sus frases cínicas que tenía más o menos el siguiente sentido: que me dedique más a ayudar a los pobres y menos a joder a los ricos. El problema, querido Fabio, es que si no jorobás a los ricos, a nadie se le ocurre proponer nada para los pobres. Así como el aleteo de una mariposa en Brasil puede derivar en un tornado en Japón, en determinadas circunstancias, una protesta en la Patagonia puede derivar en una solución para el conurbano bonaerense.

Como fuera, en mi siguiente viaje a Buenos Aires, tuve una reunión en su departamento de la calle Libertador. Allí, Fabio me presentó a un petiso de piel cetrina, morocho, simpático y entrador, el único ejemplar de *self-made-man* que podía ostentar el gobierno de Mauricio Macri.

El ideario foráneo de la meritocracia puritana encaja mal en los moldes latinos de nuestra élite vernácula y de verdad no se ha visto en el gabinete nacional ningún otro individuo que se hubiera hecho de abajo. Nuestros meritócratas son en general descendientes de la vieja oligarquía con olor a bosta engendrada en la repartija de tierras o los nuevos ricos engordados por la patria contratista, lumpen-empresarios que se enriquecieron con contratos de obras y la privatización de los servicios públicos. Nuestra élite no se formó en la ética protestante de la gélida estepa prusiana sino entre los dólares engrasados de la convertibilidad.

El hombre petiso, al menos, se había tenido que esforzar para ganarse sus mansiones y sus millones. Salió de un barrio medio pobre, estudió mucho, trabajó mucho, coqueteó con la Teología de la Liberación en los ochenta, se perfeccionó en Alemania, fundó su empresa en los noventa, le fue bien, aplicó la doctrina de la destrucción creativa de Joseph Schumpeter aplastando las farmacias familiares con una sólida cadena comercial de nivel internacional, enfrentó al cartel de los laboratorios en una disputa interburguesa atípica para nuestros pagos, amasó una fortuna y luego, por una compleja inclinación hacia algo distinto, se dedicó a la política de la mano de algunos amigos suyos de mayor pedigrí social.

La cuestión es que estos dos personajes y un selecto grupo de amigos querían intercambiar conmigo ideas en torno a la regularización de villas y asentamientos. Fue una experiencia interesante y enriquecedora. Con el hombre petiso nos entendimos rápidamente. Acordamos los puntos esenciales de qué hacer y por un tiempo ambos nos aferramos a la ilusión de que íbamos a lograrlo, con motivaciones distintas pero concurrentes.

Partíamos de la base de que en un mundo tan adepto a los datos cuantitativos era inaceptable que el Estado no tuviera la menor idea de cuántas villas existían, ni de sus dimensiones, ni de la cantidad de viviendas habitantes que tenían. Sin esa información era imposible proyectar políticas públicas de integración. En la hoja de ruta que trazamos, primero debíamos relevar seriamente los barrios populares informales en todo el país y garantizar un status legal de ocupación previo al derecho de propiedad que permitiera el acceso a los servicios públicos domiciliarios. Luego, mediante una ley nacional, el Estado Nacional debía expropiar de manera simultánea todas las tierras donde se asentaban, entregarla en propiedad a los vecinos y en paralelo realizar obras de lo que se denomina integración urbana.

La idea de integración urbana surge de la experiencia del Equipo de Sacerdotes para las Villas de Emergencia que rechazaban los planteos colonialistas de urbanización y exigían el reconocimiento del aporte villero a la vida de la ciudad. El plan inicial, pergeñado en pocas horas de charla, incluía además el desarrollo público de una cantidad suficiente de lotes con servicios en zonas adecuadamente conectadas con los centros urbanos, expropiando tierras si hiciera falta, para deshacinar los barrios y darle acceso a las generaciones venideras. En definitiva, una suerte de reforma agraria, pero urbana.

Argentina tiene una población relativamente baja de personas viviendo en barrios populares. No llega al 10% del total. En la mayoría de los países de África los asentamientos informales representan más del 80% de la población urbana. En Latinoamérica, la penetración del narcotráfico y los niveles de control territorial del crimen organizado van convirtiéndose en la profecía autocumplida del poder. Es evidente que el paso del tiempo sin un abordaje integrador empeora la situación y la hace cada vez más difícil de revertir en perjuicio de la calidad de vida de millones de personas y de la propia estabilidad del sistema político. Cualquier persona razonable con el más mínimo sentido, no ya de la solidaridad, sino del propio interés, estaría de acuerdo con un proyecto serio de integración urbana. Los únicos indemnes al deterioro urbano son las élites encapsuladas en barrios residenciales cuasi militarizados.

En esa reunión de la calle Libertador y durante las semanas siguientes se combinaron algunos elementos que daban esperanzas en las posibilidades de avanzar seriamente. Se creó un fuerte espíritu de misión:

un proyecto con un valor intrínseco y un objetivo claramente determinado, que no debía subordinarse a otros intereses y, cuando éstos se opusieran, había que luchar y derrotarlos. Se esbozaba una alianza entre personas con visiones muy distintas para la realización de una tarea democrática y humanista que no requería coincidencias políticas y filosóficas sino la capacidad para asumir la existencia de un interés convergente y la fuerza operativa para desarrollarlo.

Parecía que habíamos topado, casi por casualidad, con una élite ilustrada dispuesta a buscar las soluciones a determinados problemas concretos de nuestro pueblo a través del diálogo, es decir, del conocimiento que se obtiene encastrando los pedazos de realidad que atesoran personas con distintas capacidades y perspectivas del mundo. Me pareció que estábamos frente a un buen ejemplo de la «cultura del encuentro» que promueve el papa Francisco.

Una vez delineado el trazo grueso del proyecto, incorporamos a varias organizaciones comunitarias, la ONG Techo y Caritas Argentina. En una primera etapa de avance arrollador, se identificaron 4228 barrios populares rastrillando todo el territorio nacional. Los barrios fueron adecuadamente georreferenciados. Se obtuvieron imágenes satelitales de cada uno de ellos sobre la que un equipo de 50 jóvenes villeros coordinados por militantes sociales capacitados en la tecnología disponible identificó calles, manzanas y edificaciones. Luego, a través de la participación de unos 7000 vecinos organizados en el Movimiento, se logró en pocos meses relevar casa por casa a más de la mitad de la población.

En una segunda etapa, se firmaron una cantidad significativa de reformas normativas que otorgaban a los vecinos el derecho a acceder a los servicios públicos domiciliarios en igualdad de condiciones que con cualquier otra persona a través del Certificado de Vivienda Familiar, que si bien no reportaba un título de propiedad, reconocía la posesión y constituía una importante herramienta para que los vecinos lucharan por su derecho a vivir con un estándar mínimo de dignidad.

Los problemas comenzaron cuando pasamos de los papeles a las obras, de las evaluaciones a las realizaciones. No se trataba simplemente de voluntad política superestructural sino del peso insoportable de la destartalada burocracia del estado privatizado, la famosa máquina de impedir. A pesar de la orden emanada de la cúspide del poder político a los organismos de grado inferior, sacarles un transformador, una cañería o una cloaca era misión imposible. Lograr que las empresas prestatarias de los servicios públicos se avinieran a su cumplimiento, una odisea. Que el técnico estaba de vacaciones, que el secretario de obras públicas no entendía la resolución presidencial, que no había maquinaria disponible, que faltaba la firma del gerente, que el caño maestro pertenece a otra jurisdicción.

Durante el invierno de 2017, se produjo un prolongado apagón en el barrio Acuba. Los picos de consumo en las zonas pobres se dan en invierno por la utilización generalizada de estufas eléctricas, a diferencia de lo que sucede en las más acomodadas, que se dan en verano por el aire acondicionado. En este último caso, la falta de energía para los aparatos produce la pérdida de algunas horas de confort térmico. En el primero, la utilización masiva de fuego para calefacción e iluminación deriva inevitablemente en el incendio de las casas y, en muchos casos, en la incineración de personas.

Durante el apagón, seis casillas se quemaron. Allí fue cuando los hijos de Gabriela murieron carbonizados. Luego fueron dos niños más. Antes, durante y después de esta sucesión de accidentes evitables los vecinos y el Movimiento reclamamos el restablecimiento de la conexión eléctrica. Sólo con seis cadáveres y cortes de ruta prolongados logramos que se hiciera la luz. «Este sistema mata», dijo Francisco y nosotros lo vemos todos los días.

Con el Certificado de Vivienda Familiar, los vecinos de Acuba deberían haber tenido las conexiones adecuadas a todos los servicios públicos. No sucedió. El barrio ya se encontraba acreditado en el Registro Nacional de Barrios Populares, no había excusas legales para resolver el problema. Estábamos frente a una situación de emergencia y la solución era de carácter esencialmente técnico-operativo. La empresa de electricidad no cumplió, el Estado no la obligó, el barrio no reaccionó con la fuerza necesaria y nuestro Movimiento no presionó lo suficiente. Todos tuvimos excusas. No hay que buscar en los papeles la explicación del holocausto de miles de seres humanos cada día. Los papeles, las leyes, los convenios internacionales, en definitiva, expresan una voluntad proyectada. Hay que buscarla en la incapacidad para ejecutar esa voluntad. El sistema no es sólo la reafirmación del poder del capital y las grandes corporaciones transnacionales, sino el desempoderamiento de la sociedad y el Estado. La impotencia, el no-poder, la falta de soberanía operativa que convierte en letra muerta el mejor tratado de derechos humanos.

Al día de hoy, a pesar de la normativa de avanzada que instituye el Registro Nacional de Barrios Populares (ReNaBap), el 95% de los barrios populares de nuestro país no cuenta con acceso al agua potable, el 98% no tiene acceso a la red cloacal y el 71% no tiene provisión segura de electricidad. Se lograron muy pocas conexiones nuevas y se avanza a cuentagotas. El próximo invierno habrá más muertes por las mismas causas. Más muertes innecesarias, evitables, terribles, de la que todos tenemos un poco de culpa y algunos tienen mucha.

Seguramente serán niños y niñas que perderán la vida porque no hay luz en el Acuba de Lanús, porque EDESUR no pone el transformador, porque no hay agua potable en el Toscas Blancas, porque la municipalidad de Junín de los Andes se niega a poner las canillas comunitarias y evitar

que los pibes tomen del Río Chimehuin, porque las napas de Lomas están llenas de mierda mientras una planta depuradora se arruina por falta de uso, porque la leña de las estufas del Alto de Bariloche es de pino y la resina hace explotar las chimeneas. ¿Qué hacer? ¿Cortar puentes? ¿Sacar comunicados? ¿Dialogar? ¿Agradecer que el próximo invierno habrá más muertes pero serán algunas menos de las que hubiera habido sin el ReNaBap?

La cultura del desencuentro

Según un estudio que en el marco de este proyecto realizaron técnicos del gobierno argentino, se puede desarrollar una integración urbana aceptable, a nivel nacional, que contemple acceso seguro al agua, cloacas, electricidad domiciliaria, iluminación pública, pavimentación de calles y apertura de espacios verdes para los barrios populares. Requiere una inversión de 24 mil millones de dólares o, para ponerlo en cuotas, el 2,5% del presupuesto nacional sostenido a lo largo de 6 años.

Resuelto el relevamiento y redactado el proyecto de ley que resolvería la cuestión del dominio de la tierra, es decir, con todo a punto caramelo para poner manos a la obra, el proyecto dejó de entusiasmar a los funcionarios que lo impulsaron. Aparecieron otras prioridades en el gobierno y la cosa quedó en piloto automático. No se logró siquiera avanzar en un plan nacional que permitiera proveer de agua potable y conexiones seguras de energía eléctrica, algo significativamente más fácil que las cloacas y un plan integral de obras de integración urbana. La tarea quedó relegada a unos pocos barrios, y asignada a personajes menores, carreristas sin talento, expertos sin experiencia, que rediseñaron la estrategia en función de quedar bien con sus jefes con lo mínimo posible.

La integración urbana de los barrios populares es una tarea sencilla en comparación con otras que afronta la humanidad como el cambio climático, pero suficientemente compleja para suponer una inversión en recursos materiales y humanos de una obra de infraestructura de dimensiones significativas como una represa hidroeléctrica, una autopista, un gran puerto. Sin embargo, no presentan los mismos beneficios de corto plazo para los sectores económicamente dominantes, no genera rédito político acorde a la inversión, no existe una fuerza con capacidad de lobby para imponerlo, etcétera.

Los pocos recursos humanos que, como el petiso, combinan poder y capacidad intelectual para empujar una misión como ésta, suelen ser asignados a tareas más importantes para el funcionamiento del sistema. De modo que el petiso terminó dedicándose a aplicar una serie de reformas

estructurales que terminaron mal y con el esperable lloriqueo al Fondo Monetario Internacional. Su vocación inicial era sincera pero la dinámica de las cosas es así. Tal vez en la imaginación de estas personas el ajuste contra el pueblo garantiza a futuro la circulación del capital que de alguna mágica forma, en algún momento, resolvería alguno de estos problemas. No lo sé. Ya no dialogamos tanto.

Existe un lógico temor en la militancia a coordinar políticas con un gobierno de corte neoliberal. Esta situación fue afrontada con una inesperada madurez por parte de la conducción del Movimiento. Es que, a pesar de un alto grado de politización, el arraigo con las bases posibilita que se priorice su agenda reivindicativa por sobre las disputas superestructurales de una partidocracia desarraigada. La estrategia de los movimientos populares es buscar en cada contexto la forma de transferir el mayor caudal de poder y recursos económicos a los pobres organizados. Los partidos tradicionales y políticos profesionales quedan descolocados frente a la emergencia de un actor con intereses diferenciados, agenda propia y métodos de negociación que no comprenden o subestiman desde su agonalidad discursiva.

No quiero decir con esto que no existan fuertes contradicciones en el plano de la superestructura política. En Latinoamérica, la política institucional adquiere un genuino dramatismo en determinadas ocasiones y en esas batallas se juega mucho para las clases populares. Son momentos de inflexión, son importantes, pero son momentos. El resto del tiempo, nuestro Movimiento debe realizar las tareas cotidianas de la emergencia social permanente que produce el capitalismo de exclusión. Sólo los que tienen plata y la heladera llena pueden estar todos los días dando imaginariamente la batalla final. El resto de los mortales, como dice el tango, se raja cotidianamente los tamangos buscándose el mango que lo haga morfar; y nuestro Movimiento, por imposición de las circunstancias, es entre otras cosas un «busca colectivo» como lo definió una vez Emilio Pérsico. Un busca colectivo orgulloso de serlo.

Esta búsqueda, con toda su opacidad cotidiana, es lo que permite en mi opinión el desarrollo de la verdadera conciencia política de los excluidos. La politiquería teatraliza contradicciones entre las distintas variantes del capitalismo como si cada discusión interburguesa fuera una guerra de patria o muerte. El progresismo fariseo necesita darle a sus rencillas de poder un tinte épico para escapar psicológicamente de la banalidad de la partidocracia liberal en la que están inmersos. Los procesos políticos populares latinoamericanos del siglo xxi han tenido mucho de política noventista con discurso setentista.

A los políticos profesionales les cuesta entender que así como las casillas parecen todas iguales miradas desde arriba, ellos parecen todos iguales mirados desde abajo. Para explicar las trifulcas escandalosas entre

estos animales de la misma especie, Freud diría que sufren el narcisismo de las pequeñas diferencias. La lucha intestina del sistema político argentino parece un partido de fútbol entre egresados de los colegios Champagnat y Cardenal Newman contra egresados del Carlos Pellegrini y el Nacional de Buenos Aires, con algunos plateístas exaltados de instituciones menores e hinchas poco entusiastas en la popular.

Los jugadores comparten reglas, códigos y una cierta moral estamental. Son, uno y otro equipo, élites. Es un partido donde los desertores de la Escuela Media 22 de Villa Fiorito nunca juegan, casi ni tienen entradas y apenas lo miran por TV. En general, los jugadores hablan igual, se visten igual, son casi iguales. Sólo se distinguen determinadas personalidades extraordinarias que, gracias a Dios, el realismo mágico de nuestro continente nos regala a menudo, pero los cuadros intermedios, el personal de servicio del poder, es bastante semejante en todo el espectro ideológico.

El diálogo con el poder político es parte necesaria del proceso de negociación inherente a toda lucha reivindicativa de los pobres, desde las revueltas de esclavos, las guerras campesinas y la creación de los primeros sindicatos hasta hoy. Esto es del todo evidente cuando se defienden intereses materiales concretos de una clase social pero se vuelve casi incomprensible desde una perspectiva ideologista. Muchas veces he visto a dirigentes piqueteros perder una negociación por preocuparse más en mostrar su indignación política y la distancia que tienen con su contraparte, que en llegar a un acuerdo favorable para su sector. El testimonio se da con la conducta, no con las poses «eticistas». Tampoco es una cuestión de mera correlación de fuerzas. En determinadas condiciones, los sectores dominantes pueden por ilustración, por conciencia de sus propios intereses o por cierto sentido histórico, sumergirse en una interacción fructífera e impulsar políticas progresivas.

Los que abordamos la injusticia social desde la realidad y con una perspectiva revolucionaria debemos confiar en que hay fuerzas independientes de nuestra voluntad, esos famosos factores objetivos que abrirán ventanas de oportunidad para procesos de transformación más profundos. Hay que estar preparado pero en los momentos de normalidad hay que contar porotos, promover la organización comunitaria y mantener la integridad. Esto no es conformarse con poco sino practicar lo que Max Weber llama ética de la responsabilidad.

Cualquier perspectiva de lucha integral por el cambio social implica la yuxtaposición o simultaneidad de varios tableros, desde las relaciones en el barrio hasta la perspectiva intergeneracional, pasando por las lucha reivindicativa por políticas públicas, las batallas culturales y —desde luego — la cuestión del poder. Darle coherencia a este amplio espectro de tareas no es nada fácil ni puede ser obra de una persona o una vanguardia omnipotente. Pero el miedo a la incoherencia, a la impureza de los

procesos, al barro de una cotidianeidad contaminada, no puede paralizar la acción.

El proyecto reseñado tiene que ver con ese método de «pensar en lo cercano pero con una perspectiva más amplia». Su avance inicial fue una gran victoria y su parálisis momentánea es un gran fracaso. Sin integración urbana, los barrios populares seguirán siendo basurales cada vez más jorobados para quienes viven adentro y peligrosos para los que viven afuera. Esto no implica de ninguna manera desconocer los valores humanos y la dignidad de los compañeros que allí habitan. Para mí son las mejores personas del mundo. Pero hay en la exclusión urbana una fuerza degradatoria que atenta contra los proyectos de vida de nuestros compañeros. Este abandono no va a derivar en la insurrección revolucionaria. Cuanto peor, peor. Frente al deterioro social naturalizado no se produce una explosión, sino una implosión constante, dolorosa y prolongada que destruye la potencialidad maravillosa de nuestros pueblos.

Trascartón, los nuevos trabajadores

Con Edi nos conocimos entre bolsones apilados sobre un callejón de Almagro. Cuando algunos de nosotros llegábamos con los volantes, el chiste recurrente era «va para el blanco». El blanco es el papel planilla, el más cotizado en el tarifario cartonero. Igual, los leían. Charlábamos todos los días un rato. Usaba por entonces anteojos y un sobretodo negro que ella recuerda siempre. Debía ser flor de marciano para mis nuevos amigos.

La Edi siempre cuenta la anécdota de cuando, después de algunas semanas de mate cocido, me dijo que no se me entendía nada cuando hablaba. Yo nunca le dije que tampoco le entendía mucho a ella, ni al Chino, ni a Tati, ni a Montaña, ni al Mono, ni a Edith ni a la Quela. Para mí eran héroes y heroínas. Se inventaron su propio trabajo. Se bancaban las miradas despectivas y la prepotencia policial. Acuñaron una lógica de producción popular autogestiva desde la más absoluta exclusión, sin manuales ni teorías. En esas condiciones, yo no hubiera durado una semana sin caer en un estado catatónico, reventarme con la droga o pegarme un tiro. Vos tampoco.

Me costó entenderlos tanto como a ellos entendernos a nosotros. Sólo una prolongada interacción entre personas de distinto origen cultural o, en este caso, la inmersión militante sostenida en las condiciones culturales de los excluidos, permite un diálogo sincero, de iguales, basado en la sincronización de registros lingüísticos y el acercamiento entre las pautas morales, aspiraciones y motivaciones originalmente distintas que sostiene cada cual. La grieta entre integrados y excluidos sólo se salda con amor y

cercanía, en lo pequeño y en lo grande. Hay que cruzar la muralla y estar ahí, que se te impregne el olor de los compañeros. Si no, no podés entender.

Siguiendo el pútrido cauce del Riachuelo, a pocas cuadras del barrio Acuba, hay una serie de ferias conocida como La Salada. En un principio, se trataba de consorcios de talleristas textiles bolivianos que pretendieron llegar con sus productos directo al consumidor final para sacudirse el yugo de los «fabricantes». El fabricante es un empresario, argentino casi siempre, a veces coreano, que en general no fabrica nada sino que lleva los cortes de tela al taller y luego revende las prendas a una marca de indumentaria. Amparados en la legalidad de sus sociedades, durante la década de los noventa, explotaban la clandestinidad de los costureros para trampear las leyes del mercado que, libre de barreras comerciales, destruyó la industria nacional.

Los «fabricantes» obtenían un producto sin pagar el precio convencional del trabajo socialmente necesario para su producción. Las marcas ponían el marketing y los comerciantes, la infraestructura de ventas. Entre estos dos actores improductivos se concentra la parte del león de la renta textil.

El tallerista es el dueño de un taller, grande, chiquito o mediano, donde se confeccionan las prendas. En muchos casos, el tallerista es a la vez un costurero que produce junto a su familia en una situación que algunos califican erróneamente de autoexplotación. En otros, el tallerista es un pericapitalista que evade las regulaciones legales y explota salvajemente el trabajo ajeno. En ambos casos, con independencia de cualquier valoración moral, son el eslabón más bajo de una cadena comercial, los que se ensucian las manos y se llevan la menor parte. Su inserción en el territorio les permitió visualizar la necesidad de un segmento de los consumidores que no podía acceder a las prendas al precio que imponían las marcas. La base de la pirámide. Eran sus propios vecinos y eran millones.

Las ferias de La Salada, entonces, empezaron como una guerrilla comercial contra los fabricantes y las marcas. Se vendían prendas de imitación a precios muchísimo más bajos que los originales. El resultado fue tan bueno que otros empresarios argentinos, a punta de pistola, se apropiaron del negocio. Así surgieron los dos grandes centros comerciales (ferias internadas) conocidos como Urcupiña y Punta Mogote. A su alrededor, creció una enorme feria minorista con miles de puestos relativamente independientes. Funcionaba en horarios estrafalarios, entre las 2 y las 6 de la mañana, dos veces por semana. Esos días, toda la zona se vestía de fiesta. El bullicio era tremendo. Feriantes, cafeteros, patovicas, carretilleros, cuidachoches, chipaceros, saltimbanquis, predicadores, viejos, pibes y algún malandra: todo el pueblo pobre viviendo de noche, un hormiguero bajo la luna del sur. Llegaban micros de todas las provincias y

de países limítrofes. También venían aventureros de las clases más acomodadas a vivir una noche de feria con la plebe del conurbano. La plata corría a raudales y derramaba por todo Ingeniero Budge. Algunos acumulaban en balde grande y otros la sacaban con cucharita.

El modelo de negocios es sencillo: la sociedad comercial que administra las ferias vende o alquila varios centenares de puestos a precios exorbitantes que superan en valor el metro cuadrado de un shopping careta del centro. Esto se debe a que el canon no es simplemente el precio de una locación: es una licencia de invisibilidad para evadir determinadas regulaciones impositivas y marcarias. La empresa se quedaba con su pedazo, la policía con su astilla y la política con su tajada. Uno de los patrones de La Salada se creyó que había inventado la pólvora y hasta viajó a Angola para intentar exportar su modelo. La cuestión es que en ese país africano —donde combatió el Che— todo el comercio es informal, así que vender licencias de informalidad no cierra.

Este polo comercial obtuvo tal grado de desarrollo y masividad que cayó bajo el radar de una importante agencia del gobierno norteamericano, la United States Trade Representative, alertada por la violación sistemática de las leyes marcarias.

La inclusión de La Salada en la lista negra de la autoridad comercial de los EE.UU. implicaría pérdidas millonarias para los exportadores argentinos por exclusión del Sistema Generalizado de Preferencias Comerciales. El temor a las sanciones norteamericanas puso en alerta a toda la clase empresarial que ejerció una fuerte presión sobre el gobierno para que tomara cartas en el asunto. Sonaron los tambores militares y, como hacía muchos años no se veía, el aparato represivo del Estado se alistó para la guerra.

El 10 de enero de 2012 se produjo el primero de los grandes desalojos. Como de costumbre, se cortó por el hilo más delgado. Esa madrugada, un impresionante despliegue de gendarmes, carros de asalto, camiones hidrantes, patrulleros y unas veinte topadoras comenzaron su desfile triunfal arrasando con más de 12 mil puestos de venta situados sobre La Ribera del Riachuelo. Allí funcionaba la Feria de La Ribera, un mercado popular que le robaba gran parte de la clientela minorista de La Salada a las grandes ferias internadas.

Algunos meses antes habíamos empezado a organizar a los puesteros en cooperativas. Queríamos la estatización de los dos grandes galpones, la gratuidad de los puestos para los feriantes y la formalización de todos los trabajadores. Que La Salada se convirtiese en un gran polo de la economía popular organizada. Cuando horas antes del desalojo circuló la noticia del operativo, nos preparamos para resistir. No duramos ni dos horas. Las proporciones bélicas del despliegue disuadieron a la inmensa mayoría de los feriantes que se resignaron a rescatar sus pertenencias y retirarse. Los

que quedamos sufrimos una derrota digna pero aplastante que destruyó en un solo día las fuentes de trabajo de más de treinta mil personas.

Lo más triste de esa mañana fue la utilización de unos 600 trabajadores del programa Argentina Trabaja como retaguardia de las fuerzas de seguridad. Se trata de un programa de empleo que surgió al calor de las luchas del movimiento piquetero. Empezó bien. Permitía la realización de pequeñas obras de infraestructura en los barrios populares. Sin embargo, pronto degradó en un subsidio encubierto, manejado en forma clientelar, sin organización popular, representación sindical ni control barrial. Redujo a los compañeros —despectivamente designados como «planeros»— a una situación de servidumbre multifunción. Un día barren una plaza del centro, otro día limpian el inodoro de un funcionario.

Ese día, se los envió al choque de sus propios vecinos, se les exigió realizar la humillante tarea de desarmar manualmente los puestitos y cargar en camiones los restos de la feria. Me acuerdo cómo las puteadas iban de un lado al otro del cerco policial. Los planeros, con la cabeza gacha, hacían lo que se les exigía so pena de perder «el plan». Lo más notable es que desalojando la Riberita, la política se anotaba dos porotos a la vez: cumplía con el amo del norte y al mismo tiempo concentraba un mercado de un millón de consumidores en las manos de las dos grandes ferias internadas. Al desalojar los puestos de La Riberita, se eliminaba la competencia de los «independientes» que colocaban sus puestos de venta en la vera del Riachuelo sin pagar alquiler a los administradores de las ferias internadas.

Hasta el día de hoy, las ferias de La Salada son periódicamente objeto de cinematográficos operativos policiales que se justifican con los más nobles argumentos. Luchar contra la trata de personas, eliminar el narcotráfico, enfrentar a las mafias, cuidar el ambiente, o hasta liberar el camino de sirga en un río que no es navegable desde hace varias décadas, en un lugar donde existen todos los oficios menos el de sirgador, al menos desde que La Salada dejó de ser un balneario en la década del sesenta.

Es absolutamente evidente que la razón principal de los operativos es cumplir con las órdenes del USTR de la manera más vistosa posible. Nunca se planteaba un proyecto alternativo que diera mayor dignidad a los trabajadores. Siempre era patear el hormiguero. Después de unos meses, la gente volvía con sus puestos pero cada vez era más grande el poder de los grupos que denominábamos *pericapitalistas*. Ellos intermediaban con la política y la policía al servicio de sus propios intereses comerciales.

Además, patear el hormiguero y matar a las hormigas son cosas bien distintas. Las hormigas siguen viviendo y trabajando. Se dispersan y forman otros hormigueros, más chicos, en otras latitudes. A partir de ese y otros desalojos aparecieron versiones más pequeñas de La Salada en muchos puntos del país, incluso en la Ciudad de Buenos Aires. Aunque

estén visiblemente establecidos en los principales centros urbanos, cuentan con distintos grados de protección política. Tanto los trabajadores como los micropatrones pueden estar tranquilos en tanto no caigan en el radar de un poder superior como la USTR.

El foco senegalés

Algunas hormigas no forman hormigueros, andan en pequeños grupos o solos, recorren un sendero fatigoso e incomprensible. La venta ambulante se ha convertido en una salida laboral para cientos de miles de excluidos. Hay distintas modalidades. Con mantas, carritos, cajas colgantes, maletines. La mayoría se abastecen en las ferias y revenden en la calle. El nivel de vulnerabilidad de estos trabajadores está en función de dos variables: su organización interna y su colectividad de origen.

Uno de los colectivos más golpeados, literal y metafóricamente, es el de los vendedores senegaleses. Senegal no tiene embajada en la Argentina, los migrantes de ese origen no hablan español y su color característico —el negro— no atrae hacia ellos los mejores sentimientos por parte de la policía y los inspectores de espacio público. En Argentina suele utilizarse el calificativo «negro de mierda» en términos sociales más que raciales. Ser designado con ese apelativo no implica odio racial sino de clase. Pero para los senegaleses, se aplica en los dos sentidos.

En los últimos años, llegaron unos siete mil migrantes de este origen a nuestro país. No los recibimos de la mejor manera. Su rally se inicia en Dakar donde una agencia de traficantes de nacionalidad española los sube a un avión con destino a América o un barquito denominado *patera* con destino a Europa. Uno de cada dos muere en el trayecto, sobre todo los que se le animan a la patera. Antes de subir, pagan la primera cuota, por si el destino no les permite pagar el resto. Si les tocó venir para este lado del mundo, generalmente aterrizan en Brasil. Ahí pagan la segunda cuota. A partir de ese momento, cada cual sigue por su cuenta. Tienen que llegar a alguna ciudad donde ya resida algún conocido que les dé refugio. Es difícil sin saber el idioma. Se sufre mucho. Unos 500 lograron llegar a Constitución donde se amuchan para resistir el desprecio de nuestra sociedad. En Madrid tampoco los reciben con los brazos abiertos.

Si la percepción, como decía Immanuel Kant, es un mecanismo que organiza el «caos de sensaciones» en las categorías de tiempo y espacio, en Constitución este mecanismo se tilda. Las categorías usuales de tiempo y espacio se derriten en una trama «confusa, embrollada y mixta» como caracteriza León Trotsky al desarrollo desigual y combinado del capitalismo. Desigual porque no en todo el mundo se desarrolla de la

misma manera. Combinado porque se superponen, en la misma economía, distintos grados de tecnificación.

En Constitución hay muchos argentinos, bastantes dominicanas y varios senegaleses; pantallas led gigantescas que iluminan niños intoxicados, un centro de trasbordo futurista cuya entrada está flanqueada por la guardia permanente de un chipacero paraguayo y una verdulera boliviana, un sistema de puertas autodeslizantes por donde pasan oficinistas de traje, obreros de overol, proxenetas y cartoneros, mientras los sin techo del barrio intentan vender alguna revista.

Un buen día, en la caleidoscópica Constitución, vi a Mademba sentado en la barra de un bar roñoso de la calle O'Brien con una prostituta dominicana desdentada. La relación entre ellos era de amistad, una amistad más pura que la de cualquier oficinista con su compañera de box, forjada en sufrimientos y alegrías compartidas.

Mademba era un islámico práctico y no se corría un centímetro de los preceptos del Corán. Ella trataba de zafar del fiolo. Los saludé y seguí caminando. El cuerpo de un pibe zombi caminaba a mi lado. Su alma estaba en otra dimensión, en un limbo de paco, un no-lugar que no conozco pero imagino aterrador.

Junto a la ranchada de la estación donde paraban los zombis, se levantaba la carpa de protesta de los feriantes desalojados, casi todos peruanos. Trataban de vender alguna chuchería para sobrevivir. Un cartón pintado con marcador rojo decía «128 días», el tiempo que llevaban esperando una solución o una advertencia apocalíptica. Por culpa de la carpa, para entrar en la estación, hay que bajar de la vereda y hacer unos metros sobre el asfalto. Una cuarentona teñida que hablaba por celular pisó un charco en ese trajín y despotricó a media voz contra los acampantes. Encontró alguien sobre quien depositar la bronca de esa hora de hacinamiento extremo que sufre un gran sector del pueblo, en particular la proletarizada clase media argentina, cuando viaja en subte.

El trauma del subte explica el resentimiento del laburante asalariado —sobre todo del sector servicios— con los de la economía popular que no pagan impuestos, ocupan el espacio público y encima a veces reciben subsidios. «Todos los días tengo que subirme a esta mierda por un sueldo de mierda y a estos negros sucios los mantiene el estado con mis impuestos». Una lógica similar confronta a los obreros sindicalizados del sector trasporte y los pauperizados oficinistas que en general tienen una remuneración inferior a sus hermanos de cuello azul: «Este zurdo pelado gana 40 lucas por sentarse 6 horas en una cabina con aire acondicionado y me para el subte cuando se le canta».

Pobres contra pobres. Los ricos no conocen Constitución. Nunca fueron. Hice una breve encuesta y lo comprobé. Alguna vez tomaron el subte, pero nunca hasta Constitución y nunca en la hora pico. Pero a nadie se le ocurre

putear a los ricos, tal vez porque los que están en Constitución nunca los ven.

Después de media hora de ablande en la línea C, llegué a Retiro. Estaba por tomar el Belgrano Norte cuando me entró un bendito Whatsapp con el video de una gresca entre mis compañeros y la policía. Piñas, patadas voladoras, palazos: un hit en YouTube.

Sucedió que tras una pequeña refriega en la que se impuso la superioridad física de los senegaleses sobre las fuerzas del orden, los policías se reagruparon y salieron a cazar negros para apalearlos. Un típico caso de lo que en la academia llaman retaliación: cuando el Estado actúa por venganza. Sucedió, sin embargo, que algunos militantes que venían impulsando la organización de ese colectivo vieron la escena y salieron en su defensa pensando tal vez que la blancura de su piel restablecería el imperio de la ley y el estado de derecho.

Constitución es, paradójicamente, la zona de la ciudad en la que menos se respetan los derechos constitucionales. Una buena prueba de la naturaleza farsante de la democracia formal. Llegaron más patrulleros. La gresca fue haciéndose más desigual y violenta. Varios protestantes, de ambas razas, terminaron presos. Como podía esperarse, los organizaron según el color de piel para derivarlos a distintas comisarías.

Un par de horas más tarde, un centenar de senegaleses y dos centenares de militantes reclamábamos por la libertad de los compañeros, bajo una lluvia torrencial, frente a la comisaría, cantando cantitos improvisados. Fue un momento mágico, bizarro pero mágico. Mi corazón latía con cada estrofa que entonaba esta alianza internacionalista de los desarrapados del planeta. Sabía que allí estaba mi lugar y espero que siga estando con ellos para siempre.

Cuando les dieron la libertad, Alfa, uno de los líderes del grupo de vendedores, dio un pequeño discurso: «no tenemo papa ni mama, pero tenemo la Movimiento». Esas pequeñas luchas son la forja de una mística de la solidaridad. Lo más instructivo de la jornada, sin embargo, fue el relato de un joven detenido que a la sazón no era senegalés sino de Ghana. Con absoluta tranquilidad nos explicó en un castellano aceptable, cuyo conocimiento había ocultado magistralmente en la comisaría, que la policía argentina era la mejor de los países por los que había transitado. Decía que los policías eran gordos y debiluchos, que casi siempre eran buena onda. En cambio, en Brasil eran malos, te gritaban y si contestabas, te mataban. Lo que para mí era un intolerable acto de discriminación para mi amigo negro era un gaje del oficio. La «salvaje represión» de Constitución había sido para él apenas un mal momento. La injusticia es una magnitud relativa.

Los bangladesíes ambulantes de Roma, hartos de que los Carabinieri les secuestraran los anteojos que vendían, decidieron salir a vender flores. Por

alguna razón, vender flores no constituía una contravención pero vender anteojos sí. Entonces, munidos de tristes rosas, se paraban, te miraban a los ojos, fijo, como estatuas etruscas y te decían: «un euro», casi sin pronunciar la «u». Una parejita estaba apoyada en la piedra travertina del Ponte Vittorio Emanuele II, engalanado con estatuas renacentistas, escuchando el murmullo del Tíber bajo la luna menguante, mirando las luces del Castillo de Sant'Angelo. Y de repente, los mira el bangladesí —desde abajo, porque era petiso— y dice: «un ero», y ahí se les queda. No se mueve. «No, no, thank you». No se movía. «No, thanks». No se movía. El galán cedió. Se quedó con la flor y resopló una sonrisa cuando se fue él. Había comprado otra cosa además de la flor. Había comprado tranquilidad, al menos un rato, hasta que llegara el próximo.

Los bangladesíes habían encontrado una fórmula realista de redistribución del ingreso. Producían molestia y una leve sensación de peligro. Vendían tranquilidad y una leve sensación de alivio. No lastimaban, no insultaban, no gritaban, no amenazaban. Molestaban con su mera presencia, con su mirada penetrante de hombres golpeados por la injusticia. Ningún delito en su conducta. Desde luego, eran maltratados todo el tiempo.

Un bangladesí con el que había hecho amistad, una vez fue con su hijo Eric. El nene se sentaba en la baranda desafiando el viento que se había levantado, junto a una marmólea Victoria Alada que lo acompañaba. Miraban con los dientes apretados a su papá vendiendo la mercancía «tranquilidad».

Tal vez, cuando sea mayor, decida que no es lo más inteligente ir con una flor a dejarse humillar por una pareja de mexicanos arrogantes. Tal vez no quiera soportar la mirada despectiva de tres alemanas con peinados futuristas por un mísero «ero». Tal vez, si en el *quartier* Tor Sapienza además de flores los mercachifles reparten AK-47, se incline por esta última y decida vender otra mercancía más cara.

Residuos sólidos humanos

Algunos años después de la toma de Acuba, uno de los principales empresarios curtiembreros, Alamérico Gaita, dueño de *Lether*, contrató a Grandote. Grandote le gustaba a los políticos y a los empresarios porque medía dos metros, tenía cara de malo y era leal con quien le pagara. Si andaba con vos, te podías hacer el pesuti. Algunos políticos tienen necesidad de sustituir su cobardía física por la compañía de algún morocho bravo de arrabal. Es un fetiche despreciable y recurrente.

Grandote había sido el coordinador de la custodia de Acuba durante la

ocupación, y su fracaso ahí le bajó un poco el precio. Luego pasó a trabajar de operador político-territorial para el civilizado intendente de Lanús que triunfó en las siguientes elecciones con la lista «antipopulista» de la Alianza Cambiemos.

Gaita lo contrató para llevar una patota a carnerear un conflicto laboral con la comisión gremial interna de su curtiembre. Al regresar de la actividad, uno de los tanos, un jubilado, disparó desde su casa y mató a uno de los pibes que volvían con Grandote. Tenía quince años, usaba gorra, había ido a ganarse un mango, no sabía ni lo que era un obrero ni lo que era un carnero. Fue un crimen de odio, clarito como el agua, pero el tano salió rápido. Durante el funeral, no nos saludamos con Grandote pero ni yo ni el resto de los compañeros le teníamos bronca a él. Sí a Gaita. Esperamos, y cuando se dieron las circunstancias tuvimos nuestra pequeña revancha.

Gaita había acaparado un terreno del municipio años atrás, cuando era aliado del intendente. Ahora, andaba coqueteando con la oposición. Era el momento de tejer acuerdos y actuar. Logramos convencer a una funcionaria de la Municipalidad, de origen popular y simpatía hacia nosotros, para realizar una presentación conjunta contra el empresario y recuperar el predio. Cuando salió la resolución, tomamos posesión legalmente del terreno y derribamos el muro que lo conectaba con el barrio para que en cualquier movimiento raro de Gaita los vecinos pudieran entrar a defenderlo. Fue una fiesta, otra pequeña victoria en un mar de derrotas.

En pocas semanas pusimos un obrador y una planta de reciclado. Fue allí donde la Federación Argentina de Cartoneros y Recicladores lanzó su campaña contra la Incineración. A principios de 2016, se corría el rumor de que la tríada Ciudad-Provincia-Nación, gobernada por el mismo partido político por primera vez en la historia quería una solución final para el tema basura y ésta consistía en la instalación de cuatro incineradores con capacidad para quemar los residuos de toda el Área Metropolitana de Buenos Aires.

Esta solución, además de ser considerada contaminante por las principales organizaciones ambientalistas, pondría en grave riesgo el trabajo de los cartoneros y desincentivaría las políticas de reciclado que nosotros promovíamos.

Tas una masiva marcha de los cartoneros, el Secretario de Higiene de la Ciudad de Buenos Aires, Mariano, un hombre joven, industrial, con poca experiencia política, se acercó a conversar con nosotros sobre el proyecto de Incineración o como ellos le decían, «valorización energética».

Empezamos estableciendo cierta empatía porque su madre era vecina de Santiago Maldonado y fue en la casa de ella donde el joven artesano había pintado su último mural. Mariano manifestó un sincero pesar por la

muerte de Santiago en un momento en que el gobierno se había enfrascado en una campaña de difamación contra la familia del joven artesano y defensa irrestricta del accionar represivo de las fuerzas de seguridad. Mariano nos mostró fotos de la casa y el mural. Parecía un buen tipo y nunca hice juicios de valor sobre la bondad de las personas en base a su ubicación política. Que alguien sea mi enemigo en determinada batalla no quiere decir que sea malo.

Después de un intercambio sobre las distintas posiciones en el debate mundial en torno a la incineración, confesamos que no teníamos certeza científica de su carácter contaminante pero sí del genocidio laboral que producirían a cientos de miles de familias que vivían del reciclado de residuos. Sólo con eso, nuestro deber era desplegar una estrategia para intentar evitar o al menos minimizar el daño social que produciría esta nueva maravilla del paradigma tecnocrático.

Los funcionarios nos explicaron que más allá del argumento oficial de las bondades de la valoración energética, existía una razón fundamental para desarrollar esta alternativa al sistema de disposición actual: se estaba agotando el relleno sanitario Norte 3 y los costos de tratamiento se elevaban cada día. La incineración, entonces, no era ni un negociado espurio ni la opción superadora. Era una técnica para reducir el espacio que ocupan los residuos. Una fórmula del descarte congruente con la lógica facilista, irracional y derrochadora del capitalismo. No es que no hubiera alternativas. Las hay y mucho mejores, pero requieren superar la ley del mínimo esfuerzo y la tentación de las soluciones mágicas, asépticas, cortoplacistas, descarnadas de la complejidad de lo humano.

El sistema de gestión de residuos sólidos urbanos y el sistema de gestión de los residuos «sólidos humanos» tienen muchos puntos en común. A medida que los rellenos sanitarios se van agotando y los basurales clandestinos pasan a ser una molestia, la opción del incinerador empieza a resultar tentadora. A medida que la oferta del mercado laboral e inmobiliario se concentra, que los asentamientos y mercados informales empiezan a resultar molestos, la opción del «incinerador humano» también.

Los casos de combustión espontánea de humanos, como el que inicia este relato, no genera en la sociedad demasiada empatía. Hay una indiferencia que linda con el sadismo cada vez que uno de los nuestros se va a la otra orilla. Si son hembras, mejor. El raleo se hace con las hembras. Menos reproducción. Reducción de residuos en su fase de generación.

Pero los cartoneros descubrieron otra lógica: anti-incineratoria, anti-enterradora. Una lógica recuperadora, redentora, circular, en la que nada ni nadie sobra. El descarte para unos es la vida de otros. Se puede recuperar lo que el sistema llama basura, sean cosas o personas. Hasta hoy, contra viento y marea, en ese predio recuperado de Lanús funciona la

cooperativa «Cartón y Justicia» un nombre que sintetiza bien las aspiraciones de millones de descartados en todo el mundo.

1- B. De las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Del Río de la Plata, 1552.

Capítulo 2
Narcopan y cibercirco

Vida patentada

Santiago del Estero. Atardecía. Un algarrobo negro se recortaba en el horizonte, el sol anaranjado se ocultaba despacito bajo el monte, el calor no cedía. Mis compañeros se quedaron atrás, con la camioneta encendida y en estado de alerta, mientras me acercaba a la casa del asesino. La precaria choza exhalaba un hilo blanco que subía al cielo en línea recta teñido por el crepúsculo y finalmente se perdía en el infinito.

El anciano me dejó pasar y contestó todas mis preguntas sin entusiasmo ni hostilidad, con frases breves, monosilábicas. Tenía una cara seria, curtida, surcada por arrugas que parecían ríos en un mapa. La casita era un fumadero donde nadie fumaba. Hervía algún guiso sobre la hornalla de una cocina a leña, de hierro sólido, de las antiguas. El humo se escapaba del maltrecho tiraje oxidado. Inundaba el pequeño ambiente. Se acumulaba ahí. Te entraba dolorosamente por la nariz, te ardía en los pulmones y te hacía toser.

Años más tarde, volví a sentir esa sensación de asfixia. Veerabhadran Ramanathan, un científico indio, me estaba mostrando fotos de su aldea natal. Me enseñó el daño silencioso en la salud y el ambiente que produce la combustión de biomasa a cientos de millones de pobres de la zona rural cercana al Himalaya. Gente sin acceso a otros artefactos o fuentes de energía para calefaccionarse y cocinar. La inhalación del «carbón negro» produce 400.000 muertes anuales sólo en India. En Latinoamérica no hay estadísticas pero deben ser varios miles.

El anciano no era tan anciano. Tenía menos de sesenta años. Parecía de noventa. Fue varios años hachero. Pese a haber vivido medio siglo en el mismo lugar, lo habían convencido de que la tierra de El Simbol (departamento de Silípica) era de Agropecuaria La Paz.

Había visto algún documento impreso en papel romaní, tal vez un boleto de compraventa a favor de la empresa, fraguado por Marcelo Figueroa, el hombre de camisa rayada y pantalones negros que lo visitó algunas semanas antes de la tragedia. El viejo seguía esperando, mate en mano, los rollos de alambre que le había prometido Figueroa. Confiaba obstinadamente en su sus papeles, su porte y sus palabras. Ahora esperaba también que se cumpliera otra promesa: la libertad de su hijo Paulino. El muchacho de apenas 20 años estaba preso y así pasaría el resto de su juventud, masticando odio en algún establecimiento penitenciario. El abogado penalista que prometió Figueroa nunca apareció. Los rollos tampoco.

Paulino Risso Patrón había asesinado a Miguel Galván de una puñalada en la yugular cuando sacaba agua del pozo que las familias del Paraje compartieron durante décadas. Hacía varios meses que la comunidad estaba enfrentada con los Risso Patrón porque permitieron que los alambradores contratados por Figueroa por cuenta y orden de Agropecuaria La Paz ingresaran al territorio. Pretendían cercar unas 5000 hectáreas de monte donde pastaban los animales de todas las familias. Para cuando llegué, Tala Aranda y su patota había colocado postes y tres tiras de alambre a lo largo de varios kilómetros, aislando la comunidad de las fuentes de agua. El Movimiento se encargaría de removerlos semanas después.

Tala Aranda había metido la púa entre las familias de El Simbol. Paulino había teñido sus manos con la sangre de Miguel. Desgarró una garganta tan joven como la suya antes que otro vecino lograra noquearlo con la culata del hacha. Luego lo llevaron a la comisaría. Homicidio calificado, caso cerrado. Lo que la justicia de Monte Quemado no se interesó en investigar fue quién puso la faca en las manos de Paulino y por quién clama la sangre de Miguel. Qué mal espíritu destruyó la convivencia entre las familias de El Simbol y con qué propósito. Yo tampoco lo entendía ni lo entiendo del todo aún, pero puedo arriesgar algunas hipótesis.

A nadie le importaba demasiado el monte hasta hace poco. La madera buena se la habían llevado cien años atrás las grandes forestales y allí sólo pastaban las chivas flacas de los campesinos. La belleza incomparable de los atardeceres santiagueños no era mercancía apetecible para nadie y así, bajo la bruma del desinterés, una paz sencilla y mágica, de fogones y salamancas, de mitos y misas, de mulitas y vizcachas, reinó en el paraje durante décadas.

Pero algo sucedió en 1996. En El Simbol, zona pobre de toda pobreza, ni las calandrias, ni los picaflores, ni los campesinos, ni nadie se había enterado de que la Organización de las Naciones Unidas había decretado que, precisamente, ése era el Año Internacional para la Erradicación de la Pobreza. Lejos del gran mundo, cantaba un zorzal bajo la luna menguante que bañaba el monte exuberante de vida. Mientras tanto, en un laboratorio de Missouri, un tubo de neón irradiaba otra luz sobre la criatura alumbrada por los neo alquimistas del capitalismo tecnocrático.

Emocionados, festejaron la transmutación de una humilde semilla de soja en un Organismo Genéticamente Modificado (GMO) capaz de crecer bajo las más inhóspitas condiciones. Los ejecutivos, jóvenes y ganadores, festejaron con champán y caviar en el salón del último piso de un rascacielos mientras un biólogo patético bautizaba su creación con el nombre de RR1 y algún funcionario gris del gobierno norteamericano la

registraba en la *United States Patent and Trademark Office* con el apellido Monsanto. La vida tenía dueño.

Con el correr de los años, la RR1 evolucionó en la RR2Pro, alias *Intacta*, y ahora se espera que finalicen las formalidades para poder usar un apellido más antiguo y aristocrático. El matrimonio entre Bayer y Monsanto se pactó por una dote de 66.000 millones de dólares más lo que haya salido la bula que dispensa a la nueva pareja del cumplimiento de las leyes antimonopolio.

Bayer sabe elegir nombres esotéricos para sus creaciones. Supo liderar en el siglo XX el extinto conglomerado IG Farben, que fabricó el gas Zyklon B con el que se exterminaron a millones de judíos, gitanos y soviéticos durante el siglo XX. Su poderío económico se fortaleció enormemente con el trabajo de 83.000 esclavos y disfrutó de su propio campo de concentración donde murieron alrededor de 30.000 personas.

La justicia militar norteamericana sentenció a los ejecutivos a penas de 1 a 8 años de prisión. Ninguno cumplió la mitad del tiempo que le espera a Paulino por hacer su inconsciente aporte a la expansión de *Intacta*. La gran burguesía salió bastante intacta de los genocidios que se produjeron por su causa.

Marcelo Figueroa no es nazi y nunca pisó la recepción de una empresa multinacional. Es sólo un abogado simplón de provincia que se la rebusca con estos negociados inmobiliarios. No sabe de biotecnología ni de historia alemana pero sí sabe sumar y restar, sabe que el precio de la tierra crece año tras año a medida que se expande la frontera agrofinanciera. Gracias a las semillas transgénicas y los pesticidas como el Glifosato, el monte intacto e improductivo, se ha transformado en una mina de oro para el agronegocio.

Figueroa busca los lotes flojos de papeles. Es parte de un pelotón de comisionistas que se adentran en los más remotos rincones del país para buscar las zonas grises del catastro y ofrecerles a los inversores el territorio de los pobres para expandir la frontera agropecuaria hasta que no quede ni un metro de tierra intacta. Tiene un aire campechano, bastante labia, una chata decente, algo de dinero, es amigo del escribano y del taquero. Cuando le hace el entre a algún Risso Patrón, llama a Tala Aranda para sacarse del medio a los campesinos atrasados que se resisten. Tala Aranda llega con postes, alambres, topadoras y una banda armada. Es un agente del progreso. Entre ambos persuaden a los campesinos del futuro brillante que los espera en la ciudad. Desplazar a las familias y disponerlos en los rellenos sanitarios de las villas conurbanas es un típico caso *win-win*: gana desde el campesino que se va de su tierra con más plata de la que nunca jamás soñó, hasta los consumidores chinos que pueden comer más carne de cerdo gracias a los porotos de soja que provee el monte santiagueño. Si no los convencen, alambran igual.

Progreso y pobreza

Marcelo Figueroa también sabe multiplicar. Esos campos, limpios y alambrados, tienen un valor de mercado de hasta 2 mil dólares por hectárea. Entonces, 5000 hectáreas a razón de 2 mil dólares cada una paga algo así como 10 millones de dólares. Desde luego, no tiene título perfecto pero eso no impide la transferencia de las tierras a un precio un tanto menor. Él podrá embolsarse una buena comisión cuando las ponga en posesión de sus mecenas porteños de Agropecuaria La Paz.

Sus propietarios no quieren enterarse de los pormenores de la aventura; quieren algo parecido a una escritura y poner la tierra a producir. Ellos toman un riesgo económico y saben que puede haber complicaciones, pero no quieren mancharse las manos ni la conciencia; no quieren dar órdenes ni dejar rastros. Se levantan, se lavan la cara, se cepillan los dientes, van al barbero, hacen *running* junto al río, desayunan con café orgánico en un bar coqueto cerca de sus oficinas de Puerto Madero, y si ven números rojos no se acuerdan de la sangre manando de la yugular de Miguel monte adentro sino de la cuota del cole de Timi y Lola.

La proyección del Excel dice que invertir en la aventura que propone Marcelo Figueroa vale la pena. Si logran alambrar y desmontar las 5000 hectáreas de El Simbol, la arriendan por 11qq, es decir, 1,1 toneladas por hectárea para el propietario, precio Pizarra Rosario (a enero de 2018, 4805 pesos). Así, se embolsan unos 25 millones de pesos al año y los fideicomisos de siembra se encargan de los aspectos productivos.

Un par de llamadas, un par de reuniones en las oficinas de Los Grobo o alguno de los otros pooles, un par de firmas sobre un contrato y listo. Irán saneando el título mientras embolsan el canon locativo. Con esa plata pueden pagar la cuota del Northlands y el San Andrés, mantener la casa de Punta del Este, viajar a Miami y tomar el café orgánico que les trae Moni, mientras disfrutan indignándose de los escándalos de corrupción que protagonizan sus antiguos vecinos de Puerto Madero en la telenovela no-fiction de El Trece. Qué bien se ven las caras desencajadas de estos chorros mientras se los llevan al penal.

A Grobocopatel, dueño de Los Grobo, no le interesa ni lo que hizo el asesino Paulino, ni lo que hizo el abogado Figueroa, ni lo que hizo el alambrador Tala Aranda, ni lo que hacen los enterpreneurs de Agropecuaria La Paz, ni los chorros de Puerto Madero, ni Moni, ni mucho menos hurgar en el pasado nazi de la Bayer. Le interesan los buenos rindes y para eso necesita arrendar tierra, sembrar, fumigar, fertilizar, cosechar y vender. Necesita un paquete biotecnológico. Y si es Bayer, es bueno. Los Grobo no tienen tierras propias, sólo arriendan tierra ajena y coordinan las labores. Con el contrato de arriendo en mano, el fideicomiso puede hacer

producir las 5000 hectáreas de El Simbol con dos cosechadoras y dos tractores para la trilla.

Cosechan entre 3 y 8 toneladas de soja por hectárea. Los precios oscilan entre los 350 y 600 dólares, es decir, un mínimo de siete millones de dólares por campaña, 133 millones de pesos: buena guita. Pero facturar es una cosa y ganar es otra. En el medio, hay que pagar la manutención de los parásitos urbanos que viven del Estado. Por eso —después de las retenciones— sólo se quedan con 86 millones, apenas tres veces lo que paga de arriendo.

Los dueños de la tierra son unos ochenta mil propietarios de extensiones productivas que, en general, no viven del campo sino de rentas. Sin embargo, la nueva clase terrateniente se reduce a mil grandes propietarios ocultos detrás de sociedades anónimas. Son dueños de 9 de las 13 millones de hectáreas que componen la zona núcleo de la Argentina, y de varios millones más en el sur, el NOA y el NEA.

La producción se delega íntegramente en pooles de siembras, esquemas financieros que simplemente articulan la contratación de distintos equipos para la realización de las labores productivas y logísticas. Luego exportan, liquidan y reparten. Son los actores nacionales del modelo global de agronegocios que pulverizó el poder de la vieja oligarquía vacuna como no pudo hacerlo Perón. El desarrollo tecnocrático sepultó a los herederos de la Conquista del Desierto. Grobocopatel, por ejemplo, se jacta de sus diferencias con la oligarquía tradicional diciendo que él es un «sin tierra».

Sería fácil nacionalizar la extracción de comodities que hoy concentra este oligopolio rentista. No se trata de una utopía colectivista ni estatista. Henry George, autor de *Progress and Poverty*, fue un verdadero fanático del libre mercado y el derecho a la propiedad pero era lo suficientemente honesto para reconocer que la tierra y sus frutos pertenecen a toda la humanidad. Por ello, postulaba que los monopolios naturales debían ser propiedad estatal. En un país que siguiera tibiamente la doctrina georgista o aplicara a la tierra una política análoga a la que Noruega aplicó con el petróleo, sólo eliminando a los parásitos arrendatarios y nacionalizando esas tierras cultivables (sin siquiera meterse con los Grobos y demás actores productivos), el Estado obtendría cientos de miles de millones de pesos anuales sólo por arrendamiento. Podría erradicar definitivamente la pobreza y la indigencia del país. Podría urbanizar todos los barrios. Podría…

Soberanías

Fuera de esta digresión sobre la simplicidad y conveniencia de practicar

una política georgista en Argentina, es evidente que la hegemonía sobre el sistema de agroalimentario no la ejercen los actores nacionales. El complejo agroalimentario global produce activos financieros, no comida. Ganancias, no alimentos. No le importa el interés de la patria ni del pueblo, ni siquiera el de los oligarcas devaluados de la Sociedad Rural. Ni el Estado, ni los estancieros ni siquiera el pobre Grobo. Son las empresas transnacionales —biotecnológicas como Bayer, cerealeras como Cargill, alimenticias como Nestlé, comerciales como Walmart— y sobre todo, los grandes grupos financieros, los que definen la política agroalimentaria y concentran sus ganancias.

La producción rural navega entre la especulación bursátil con el precio de *commodities*, derivados financieros y dólar a futuro. La renta diferencial de la tierra se oculta en cuentas offshore en paraísos fiscales. Una prima lejana nacionalizada suiza que trabaja en un importante banco me contó cómo en el subsuelo de un banco nacional del microcentro hay una sucursal suya, una oficinita muy coqueta que teletransporta los dólares transgénicos a cuentas cifradas de los Alpes.

Frente a esta ofensiva del Capital sobre una de las funciones fundamentales de un Estado, es decir, garantizar el abastecimiento interno y la subsistencia de sus ciudadanos, el Movimiento reivindica la idea de soberanía alimentaria. Ni siquiera hay que estatizar el suelo. ¡Que nos quede algo de pan, frutas, verduras, carne! ¡Que sean mínimamente sanos, naturales y propios de nuestras culturas! Que no se vaya todo en porotitos de soja financierizados. Que no venga todo procesado, enlatado, congelado. Que no sea todo transgénico. Que no esté todo contaminado con agroquímicos, conservantes, colorantes, edulcorante y otros tóxicos. Que no se desperdicie el 50% de la comida que se produce. Que no sigan expulsando campesinos.

La consigna que enarbolamos los movimientos populares del siglo XXI está bastante a la derecha de lo que en el siglo XIX planteaba el liberal-capitalista Henry George y aún así se trata de una utopía inconcebible dentro de este sistema. Si la soberanía nacional es un artículo de museo, si la autoridad política ya no reside en el Gobierno, hasta las reivindicaciones parciales de soberanía (energética, sanitaria, monetaria, comunicacional, etc.) se alejan cada vez más de las posibilidades reales de los Estados-nación.

Tiendo a coincidir con la hipótesis de que la independencia económica y la soberanía política, prerrequisitos para la justicia social, son inalcanzables para un Estado-nación en el siglo XXI. El inmenso poder de las corporaciones sólo puede enfrentarse a partir de una organización política supranacional. Un estado-región. Era la visión del Comandante Hugo Chávez y la ola del llamado populismo latinoamericano que sacudió el panorama mundial durante varios lustros.

La vocación latinoamericanista, el proyecto de la Patria Grande, el planteo fundacional de los próceres de la independencia y de los grandes movimientos políticos populares del siglo pasado, despertó la conciencia integracionista de vastos sectores de nuestro pueblo. En las bases sociales, la integración que venía practicándose de facto encontraba un cauce político. Es que la villa y los asentamientos son microcosmos extraordinarios para ver el potencial de la Patria Grande. La convivencia entre las distintas colectividades, principalmente de argentinos, peruanos, paraguayos y bolivianos, es un ejemplo de unidad plurinacional. En la composición de los movimientos populares subyace el espíritu latinoamericano. Allí, entre los más pobres, el sueño de San Martín, Bolívar y Artigas resiste.

En el año 2005, muchos de mis compañeros vieron por primera vez el mar y participaron en su primera lucha geopolítica. La experiencia y la conciencia se condensaron en un mismo punto del tiempo. No se puede defender algo que no se ama y no se puede amar algo que no se conoce. Nuestros Pueblos no conocen sus países. Aquel año lo conocieron. Una agrupación estudiantil nos ofreció un colectivo para viajar a Mar del Plata a repudiar la propuesta del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Venía George Bush a imponerla. De triunfar, el ALCA hubiera rendido a la región en un colonialismo económico total.

Sin embargo, el pueblo con su natural amor a la patria y los nuevos gobiernos de la región liderados por Chávez, Lula y Kirchner frenaron la embestida. A partir de allí, el sueño de una Unión de Naciones Sudamericanas comenzó a crecer. Este bloque continental contaría con los recursos suficientes para ejercer una soberanía regional y contrapesar el poder de las grandes corporaciones y Estados imperialistas. En las escuelas de Hispanoamérica se aprendería portugués antes que inglés. Habría un gran banco continental, un parlamento regional, grandes proyectos de infraestructura, satélites, trenes, una moneda común, una gran empresa petrolera, libre circulación de personas. Regionalmente, la soberanía alimentaria, energética, comunicacional eran posibles.

Pasaron los años y el proyecto no se concretaba más que en algunos hechos institucionales, importantes pero espasmódicos. Latinoamérica unida retrocedía ante diferencias por el arancel de la berenjena, la cuota de autos o los flujos turísticos, negocios que las respectivas burguesías nacionales defendían más que a la madre. Sin embargo, se iba inoculando la idea. El discurso no es sólo discurso, se va haciendo carne. Las canciones de Calle 13 y las enseñanzas de Samba llevaban la Patria Grande a los ranchos de las villas. En ese camino andaba nuestra Latinoamérica, lenta pero firme, cuando un vástago del viejo cóndor comenzó a sobrevolar Los Andes anunciando la muerte del relato patriótico y el fin del populismo. Pero en 2005 mis compañeros conocieron el mar.

La conjura

En la etapa final de la década del ’90, bajo la bruma del derrotismo ideológico que se cernía sobre todo proyecto alternativo al capitalismo, apareció, bajo distintas variables, la teoría de que el imperialismo se transformó en Imperio. Toni Negri y muchos otros pensadores, en general ex comunistas autodenominados posmarxistas, postularon la existencia de un poder supranacional que se combinaba con los imperialismos tradicionales basados en las grandes potencias (2). Como parte del mismo fenómeno brotaron otras hipótesis, más o menos conspirativas, que depositan el dominio de la tierra en cofradías oscurantistas como el Bilderberg Group, entidades supranacionales como las que integran la troika europea —Comisión Europea (CE), el Banco Central Europeo (BCE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI)—, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, hasta en los esotéricos iluminati y los extraterrestres reptilianos. Son búsquedas más o menos racionales de las coordenadas de un poder sin rostro que ya no residía en ningún lado.

Existen datos empíricos sobre los niveles de concentración económica. Estos datos no explican linealmente el fenómeno del poder pero son un buen indicador de quienes cuentan los beneficios de este sistema. En 2012, científicos de la Universidad de Zurich publicaron una investigación exhaustiva sobre las redes económicas globales. Demostraron que 147 empresas financieras entrelazadas concentran el 50% de la producción mundial.

Denominaron a este conglomerado «superentidad» y sugirieron que dirige los flujos económicos internacionales. En los últimos años se ha instalado con fuerza, principalmente a raíz de la consigna del Movimiento Occupy Wall Street y los aportes de la ONG británica Oxfam, el concepto de la economía del 1%. Este 1% constituye una clase dominante global que concentra ya la mitad de las riquezas del mundo.

Desde nuestro Movimiento insistimos algunas veces con que se habla mucho de los pobres, se conocen estadísticas y estudios de todo tipo, pero no sucede lo mismo con los ricos. Poco sabemos de ellos y ciertamente poco estudiamos sus características actuales. Ni siquiera tenemos un nombre adecuado para definir a la plutocracia global del siglo XXI.

En cuanto a su cultura y hábitos, no existe ninguna obra sociológica seria que describa la forma de vida, interconexiones y conflictos de la cúspide del poder global como hizo C. Wright Mills en *La élite del poder*. Intuimos que existen algo así como la clase de los dueños del capital trasnacional que opera con cierta coordinación.

La nueva gran burguesía mundial, la globesía, sería este 1% del que

tanto se habla y tan poco se sabe. Son aproximadamente 70 millones de personas que concentran más del 50% de la riqueza del mundo, es decir 170 billones (*trillions* en inglés) de dólares. Los 70 millones de privilegiados poseen un promedio de 2,4 millones por cabeza. Pero la globesía tiene, también, una fuerte estratificación interna. No vaya a creer nadie que por tener su primer millón entra en el círculo. El *Global Wealth Databook* (2017) elaborado por el banco Credit Suisse, indica que la base de la pirámide de los dueños del capital comienza con los *High Net Worth* (HNW) que tienen una riqueza de entre 1 y 50 millones. Éstos serían 35,9 millones de individuos.

En el medio están los *Ultra-High Net Worth* (UHNW), unas 148.200 personas que tienen más de 50 millones de dólares. Y en la cúspide tenemos lo que Oxfam llama los milmillonarios: 2043 personas, cada uno con más de mil millones de dólares. En la puntita del iceberg están los 10 ricachones del top-10, los *Mega Ultra High*, que este año está integrado por Jeff Bezos, Bill Gates, Amancio Ortega, Warren Buffett, Mark Zuckerberg, Carlos Slim Helu, Larry Ellison, Bernard Arnault, Michael Bloomberg, David Koch. Tienen un patrimonio conjunto de 640.000 millones de dólares, un promedio de 64.000 millones por cabeza. Mientras que nosotros, el 99% restante, 6930 millones de giles, nos la tenemos que arreglar con el otro 50%.

En los años que viví en la Patagonia trabajé en el desarrollo de un curso de formación para dirigentes de la Economía Popular que finalmente realizaron varios centenares de compañeros. Además de conocer ese rincón fabuloso de nuestra patria, asistían a una serie de talleres donde abordábamos distintos aspectos del trabajo organizativo, productivo y sindical de nuestro Movimiento. En el taller introductorio, intentábamos explicar la estructura de clases del mundo actual y los porcentajes de la distribución de la riqueza.

Para nuestros compañeros, alguien es rico si tiene una casa grande y un auto cero kilómetro. Cuando yo era chico pensaba que los pobres eran los porteros y los taxistas. Pobreza y riqueza son conceptos relativos. La cuestión es que en el primer taller usábamos el ejemplo de las diez pizzas de diez porciones con cien comensales. Primer acto: un comensal se escapaba del salón con cincuenta porciones. Quedábamos 99 con otras cincuenta. ¿Cómo las repartimos? La respuesta, siempre, era mitad para cada uno. Pero en los 99 restantes también opera la ambición. Entonces, 16 se conjuraban y se llevaban 35 porciones. ¿Cómo repartimos entre 83 personas las 15 porciones restantes? Bueno, nos matamos entre nosotros.

El mayor filántropo de la humanidad sería quien logre secuestrar a uno solo del top-10 y liberarlo del terrible peso de su fortuna solicitándole un módico rescate. Siguiendo los números de la FAO, con los 50.000 millones de dólares de cualquiera de ellos, terminamos con el hambre en el mundo

por un año. El secuestrador-filántropo puede dejarle 14.000 millones de dólares y alimentar a millones de niños. ¿Usted piensa que este pequeño secuestro es más violento que la muerte por inanición de millones? Desde luego que no. Nadie piensa eso. Si fuera un film, todo estaríamos con el secuestrador cantando *Bella Ciao*. Lo que sí podría argumentar, y con razón, es que bien vale salvar esas familias hambreadas, pero luego habría que seguir con los otros nueve y después de algunos años nos quedaríamos sin milmillonarios a los que secuestrar.

Por eso, hay una solución mucho mejor, más civilizada y elegante, que no supone ni secuestros ni revoluciones: ¡Que el 1% pague, a partir de hoy, un 10% anual de impuesto a las ganancias! Los ricos pierden nada de lo que ya tienen. Siguen levantándola en pala. Y se termina el hambre.

Veamos los números: en el último año, el 1% embolsó 720.000 millones de dólares, suficiente para terminar con la pobreza en el mundo. Se trata del 85% de la riqueza generada por los pueblos de todo el planeta en 2017. Con sólo el 10%, 72.000 millones, se terminó el hambre y sobra plata.

Y si en vez del 10% aportara el 20%, sólo el 20%, podrían resolverse tantas cosas: educación, salud, vivienda. Pero los señoritos no quieren poner nada, ni el 10%, ni el 20%, ni el 0,1%. Si lo vemos en una serie más larga, observamos que entre 1980 y 2016, de toda la riqueza generada, el 50% más pobre ha recibido alrededor del 10% Oxfam lo pone en estos términos: «Ésta es una manera profundamente ineficiente de eliminar la pobreza, con tan sólo 13 centavos de cada dólar de crecimiento mundial yendo a parar al 50% más pobre de la población, y 42 centavos al 10% más rico. Además, si tenemos en consideración los límites medioambientales de nuestro planeta, esto es totalmente insostenible: con estos niveles de desigualdad, la economía mundial debería ser 175 veces mayor para que todas las personas vivieran con más de 5 dólares al día, lo cual sería medioambientalmente catastrófico» (3). ¡Si hay que amasar tantas pizzas para que todos tengamos una porción, no nos alcanza la harina!

Una opción un poco más radical sería proponerle al 1% que se queden con lo que ya tienen, que engorde con todas las porciones que acumuló, pero que de aquí en adelante las pizzas que se amasan anualmente se repartan por partes iguales. Es que si la pizza se repartiera bien, cada uno de nosotros tendría 56.540 dólares anuales para gastar, es decir, 89.000 pesos plata argentina por mes por cada adulto, 178.000 pesos mensuales para una familia tipo (4). Podríamos darle un buen pasar a todos nuestros hijos y ellos pasarían a la historia universal como la gente más bondadosa de la tierra. Podríamos pactar decrecer un poco, hornear una pizzas más pequeñas que bien repartidas son más que suficiente para todos. Podríamos darle un respiro al planeta, dejar de calentar el horno con semejante nivel de voracidad, y todos viviríamos mejor.

Pero aquí viene la parte en la que alguien piensa: «la pizza es del dueño de la pizzería y los que podemos comprarla tenemos derecho a comérnosla como se nos antoja, sin repartirle a los vagos que usted dice representar». Si usted rumió algo así, permítame este diálogo. Usted, querido lector, seguro está pensando que la distribución que proponemos se hará con los descuentos que ve con estupor mes a mes en su recibo de sueldo o en los abultados impuestos que tiene que pagar en su pequeño negocio.

Desde luego, usted no es rico. No es del 1%. Si no, no leería este libro y muy probablemente no hablaría español. Tal vez, usted simplemente es un olfa, un alcahuete y se identifica con los ricos porque quisiera ser como ellos. Pero usted nunca va a ser rico. Sus hijos van a ser incluso menos afortunados que usted, sus nietos no van a tener empleo y sus bisnietos vivirán en una villa con migajas de pizza. No es ideología: es estadística. La curva lo indica con claridad. Seguramente usted cree de manera muy condescendiente con su propia ideología que el secuestrador de nuestra metáfora además de un criminal violento no es un filántropo sino un populista corrupto que se va a quedar con varias porciones para él. La idolatría de la pizza y el odio a quienes queremos que se reparta mejor van de la mano.

Tal vez usted no sea un mero adulador de los ricos sino que tiene determinado sentido de la justicia. Considera que se les quiere arrebatar a los ricos lo que con esfuerzo se ganaron. Cree que la riqueza está en función del mérito, que se puede obtener con esfuerzo y creatividad. Cree que sin la iniciativa capitalista la economía se estancaría y todo sería peor. Que lamentablemente, como dice Gordon Gekko, el personaje de *Wall Street* (1987) protagonizado por Michael Douglas, «greed is good» (la avaricia es buena).

Sin embargo, poco tienen que ver esas ideas con la realidad actual. No hace falta discutir los orígenes de la riqueza capitalista, el llamado proceso de acumulación originaria, para ver que existe una notable desproporción entre esfuerzo y recompensa. ¿Es razonable que un CEO gane 300 veces más que un obrero por el mismo tiempo de trabajo? ¿Es justo que un obrero de Bangladesh gane 300 veces menos que el obrero norteamericano por el mismo trabajo? En cuanto a los propietarios del capital, se calcula que dos terceras partes de la riqueza de los milmillonarios del siglo XXI es producto de monopolios, herencias, corrupción o nepotismo.

En el capitalismo global, el mérito tiene poco que ver con la recompensa, tanto en el caso de los trabajadores como de los empresarios. Que la gran mayoría de los sectores medios, trabajadores y pobres del mundo estén ganados por la filosofía de la falsa meritocracia es el principal problema que atraviesa la conciencia humana e impide los procesos de cambio.

Pero supongamos que esto se revirtiese y el 99% nos sindicáramos para

negociar con el 1%. Nos enfrentaríamos a varios problemas operativos. Nadie sabe si esta gente va al mismo club o siquiera si se conocen entre ellos. ¿Tienen conciencia de clase? ¿Tienen un comité de administración mundial, una cámara que los represente, un mando unificado? ¿Alguien le puede poner el cascabel al gato?

Hay ciertos pensadores que plantean que no. No existe ningún mando unificado, son todas tendencias sistémicas que van expandiéndose por su propia lógica en un proceso previsible pero caótico. Ninguno de estos tipos está diseñando el mundo. En efecto, algunos afirman que nuestra era se caracteriza por una crisis de poder, es decir, que ninguna persona o colectivo humano, ni los Estados ni las grandes corporaciones, ni los organismos supranacionales, puede ejercer una influencia deliberada, duradera y efectiva sobre los procesos históricos o la vida social.

Un partidario de esta tesis fue Theodore Kaczynski, hoy de moda gracias a la serie de Netflix. El *Unabomber*, como se lo conoce popularmente, promovía el colapso total de la sociedad tecnológica como única forma de detener la expansión de sistemas que se autopropagan y llevarán a la aniquilación de la vida del planeta por su propia lógica expansiva, independientemente de la voluntad de beneficiarios o víctimas.

Otro planteo que, desde una perspectiva opuesta, alerta sobre las posibles consecuencias del desgobierno mundial es el que postula Moisés Naím en *El fin del poder*. Naím dice que el poder es cada vez más fácil de obtener, más difícil de usar y más fácil de perder. En la misma tónica se inscribe la descripción que realiza Zygmunt Bauman en su obra *Modernidad líquida*, donde pone el acento en la volatilidad, la transitoriedad y la desterritorialización de un mundo sin un centro de mando.

Ni el más conspirativo ni el más analítico, sin embargo, niega el dato duro de la creciente brecha entre ricos y pobres. Tampoco la existencia de un pequeño grupo que acumula riquezas como nunca se vio en la historia. Estas reflexiones sobre quién manda giran en torno a una vieja discusión: la relación entre vida cotidiana, poder político y distribución económica. Cuando se analiza un sistema, no hay que empezar el trabajo buscando identificar sus centros, su esencia, su tablero de control. Empezar desde arriba hacia abajo, no parece la mejor idea, sobre todo cuando lo que está arriba permanece oculto, críptico e inaccesible. Marx, gran analista del sistema capitalista para tirios y troyanos, incluso para el Papa Benedicto XVI (5), comenzó remontándose de lo particular a lo general, identificando las tendencias del sistema, las relaciones sociales que le dan forma y determinan los modos de interacción.

Luego, en el *Manifiesto comunista*, junto a Engels, elaboró la famosa metáfora de la infraestructura (económica, relaciones de propiedad) que determina la superestructura (política, jurídica, cultural). Más tarde el

propio Engels primero y más tarde Gramsci se encargarían de matizar el concepto para intentar evitar el pensamiento mecanicista, es decir, la idea de que los fenómenos económicos determinan automáticamente la conducta del poder político y la dinámica del desarrollo histórico.

Hoy no tenemos ni una gran teoría del capitalismo ni una filosofía de la historia ni una teoría del Estado ni una teoría del poder actualizada a los tiempos que corren. Lamentablemente, no existe un *Das Kapital* actualizado, y las aproximaciones como las de Thomas Piketty en su libro homónimo no muestran las tendencias internas del Capital sino que describen progresiones históricas y predicen su conducta futura.

Piketty demuestra que la tasa de ganancia siempre supera la de crecimiento económico, ampliando sucesivamente los niveles de desigualdad. Asimismo, plantea recetas que él mismo considera políticamente inviables en las condiciones actuales como la aplicación de un impuesto progresivo a la riqueza.

Otro pensador que actualiza el Capital es un pariente lejano de Marx, el cardenal católico Reinhard Marx, autor de *El capital. Un alegato a favor de la Humanidad*. Entre otras cosas, el cardenal recuerda que ya en el siglo XIX el pensamiento social cristiano advertía que para resolver la desigualdad no servía apelar a la conciencia moral de los ricos sino generar soluciones estructurales y políticas, es decir, de aplicación coercitiva.

En el plano de las asimetrías internacionales y la geopolítica imperial existe más material disponible aunque en general también sea de naturaleza descriptiva. El libro de Yanis Varufakis, ex ministro de Finanzas de Grecia, es un ejemplo interesante. Centrado en la situación de los países más pobres de la Unión Europea, se titula *And The Weak Suffer What They Must*, a partir de una muy actual frase de *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides: «Tal como va el mundo, el derecho no existe más que entre iguales en el poder; los fuertes hacen lo que quieren y los débiles sufren lo que tienen que sufrir».

El libro relata en primera persona cómo un gobierno de izquierda votado democráticamente se encuentra atado de pies y manos frente a las presiones de instituciones no democráticas que le exigen inmensos sufrimientos a su pueblo para no llevarlo al naufragio total. Los griegos debieron entregar hasta sus aeropuertos para no caerse de la Unión Europea. Para el lector de la periferia se ha desarrollado, también desde las universidades de Europa y en menor medida desde las nuestras, una corriente conocida como «la teoría decolonial», algo así como la versión posmoderna de la teoría de la dependencia.

Con todo, no hay textos con la fuerza de *Imperialismo, fase superior del Capitalismo*, de V. Lenin, la teoría de la dependencia cepalina o *Los condenados de la Tierra* de Franz Fanon. Al neocolonialismo también le faltan teóricos.

Los únicos textos con un vigor comparable a las grandes obras de crítica social de los siglos XIX y XX son del Papa Francisco: la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, la Carta Encíclica *Laudato Si'* y sus discursos sobre la temática. No voy a realizar una reseña de los conceptos allí vertidos en esta humilde obra de ficción. Recomiendo al lector que haga un esfuerzo intelectual y los lea de primera mano.

Quien no sea cristiano debe abordar desprejuiciadamente estos documentos porque más allá de su profundo contenido espiritual y religioso, marcan con meridiana claridad y fuerte fundamento científico las principales tendencias de los tiempos que vivimos. En *Laudato Sí'*, Francisco habla del paradigma tecnocrático. Veamos un poco cómo se aplica en nuestra cotidianeidad.

Ciborgs galopantes

La llamada revolución verde fue producto de la alianza tecnocrática entre biotecología y finanzas. El término fue acuñado por el director de la Agencia para el Desarrollo Internacional de los Estados Unidos (USAID) para diferenciarla de la revolución comunista (roja) o islámica (blanca).

Esta «revolución» cambió literalmente la faz de la tierra convirtiendo enormes áreas boscosas en un desierto verde de monocultivos. Al mismo tiempo, permitió un aumento impresionante de la productividad y efectivamente multiplicó los panes. A qué costo y cómo se repartieron es otro asunto. Claramente no fue cómo hizo Jesús.

A partir de la década de 1970, la agricultura sin agricultores ha sido un importante factor de expulsión de masas de trabajadores agrícolas a las ciudades. La Argentina, por ejemplo, pasó de un 26% a un 8% en esta etapa caracterizada por la desindustrialización, perdiendo la misma cantidad de puntos porcentuales que en toda la etapa de industrialización (1914-1960). En 2008, un campesino de algún lugar del mundo se convirtió en el grano que desequilibró la balanza llevando la población rural a una proporción menor a la urbana, por primera vez en la historia.

Hoy los urbanos somos el 55%. Este aluvión migratorio, intranacional e internacional, no obtuvo un empleo en las fábricas como la anterior camada. Es la masa desposeída que sólo tiene para vender una fuerza de trabajo que nadie quiere comprar y constituye la nueva clase de los excluidos, el motor de la economía popular y un lastre para el mercado global.

Samuel Huntington nos decía en los noventa que el choque de civilizaciones se produciría entre subsaharianos, latinos, chinos, nipones, occidentales, hindúes, ortodoxos e islámicos. Pamplinas. Las guerras no

son por cuestiones culturales sino por intereses económicos. Lo que vemos cotidianamente es que bajo la apariencia de conflictos étnicos se producen choques de clase, choques entre integrados y excluidos. Un budista, un cristiano, un musulmán o un ateo integrado en la cultura global tienen más en común entre sí que con los excluidos de su país. Son ciudadanos de un mundo sin fronteras para pocos.

Véase si no el éxito de los alcaldes musulmanes en Londres, la buena convivencia en los aeropuertos, el internacionalismo de Disney World. En sentido contrario, los excluidos de todo el mundo comparten una situación material y origen similar. En general, son primera o segunda generación de campesinos emigrados y llevan consigo la cultura de la tierra, los animales, la familia grande donde trabajan todos. Para una imagen más clara al respecto, recomiendo la película *Babel* (2006), de Alejandro González Iñárritu.

Basta recorrer cualquier asentamiento reciente en cualquier lugar del mundo para comprender que algunas tradiciones rurales subsisten en un contexto del desarraigo. Esto se refleja en la música, la gastronomía, las características de los grupos familiares, la relación con las armas y con los animales. En efecto, una de estas tradiciones es el uso del caballo, no como mascotas sino como medio de producción en la economía familiar y símbolo de reafirmación cultural. Es el Gauchito Gil galopando con su bandera roja, enfrentando la prepotencia de patrones y comisarios.

Esta afrenta a la era digital no puede ser desatendida por la cultura dominante. Aunque nadie desconoce las proporciones destructivas de las formas actuales de dominio sobre la naturaleza y sin embargo participa de esta civilización enferma con gusto, muchos no podrían ver sin taparse los ojos con gran indignación cómo se despluma una gallina. Es que uno de los elementos de desacople cultural que permite separarte de la periferia arcaica es el grado de virtualización de la existencia, el grado de maquillaje que adquiere lo natural, desde el revestimiento de las paredes hasta las cirugías plásticas, o dicho de otro modo, el nivel de artificialidad existencial que se puede permitir cada cual según su nivel de ingresos.

Cualquier elemento que recuerde crudamente, sin mediaciones artificiosas, que la vida humana se sostiene a partir del dominio humano sobre la cruda naturaleza, ofende profundamente la moral burguesa y es eficazmente castigado por la omnipresente policía moral de la posmodernidad.

Si lo sabrá Nievas, que andaba con su yegua por el gran Rosario, despacito, llevando al paso la rienda con su único brazo, cuando lo paró la policía para preguntarle si el animal estaba *chipeado*. Se estaba venciendo el plazo de la Ordenanza Municipal que les exigía a los más pobres de los pobres generar un ser híbrido, un *ciborg*, implantando un componente computarizado en la carne de su compañero de trabajo.

Recuerdo a este carrero rosarino, gran militante de nuestro Movimiento, cebando mates mientras yo me atiborraba con bizcochitos de grasa. Moni, su compañera, intentaba explicarnos cómo era el asunto de los chips y la ideología animalista que lo sustentaba. En el contexto del subdesarrollo, esta doctrina de factura extranjera se mezclaba con los negociados criollos que hacían el veterinario, los funcionarios municipales y las propias asociaciones protectoras de animales con los equinos que le secuestraban a nuestros compañeros por llevar cartones en carros mientras la droga circulaba alegremente por toda la zona en motos de alta cilindrada.

Así pasamos aprendiendo unas dos horas en la que una veintena de carreros fue yendo y viniendo, bajo el techo de chapa agujereada, iluminados por un foquito desnudo, de baja potencia, sin calefacción pero abrigados, poniéndole humor a la situación. Cuando comprendimos mínimamente de qué se trataba el asunto y definimos una estrategia, salimos al centro para pedir una prórroga en la Secretaría de Control Urbano.

Sólo queríamos que se apiadaran de los nuestros, dejaran de robarle los caballos y les dieran unos días más para desarrollar los *ciborgs* como exigía la ley. Nos esperaba una patota de la barra brava de Rosario Central liderada por el señor secretario de control comunal, otro pibe pasado de falopa. Nada del otro mundo. Eran laburantes lumpenizados que la jugaban de pesados al servicio de políticos mediocres.

Cuando vieron que éramos poquitos, se tranquilizaron y pudimos hablar. Al rato llegó la pesada de verdad: los animalistas. Estaban tan convencidos de la superioridad de los caballos que nos podrían haber liquidado sin piedad de tener los medios a su alcance. Estos tiernos defensores de los caballos sostenían que los derechos de sus involuntarios defendidos estaban muy por encima del que asistía a las familias carreras. Nunca vi «gente bien» enfrentarse con tanto fanatismo y coraje, cara a cara, físicamente, contra las masas empobrecidas que en general les producen terror. Habían logrado llenar el vacío de su corazón con una causa noble: estaban defendiendo la vida de seres inocentes (los animales) frente a una manada de bestias salvajes (los pobres).

La atención que reciben los caballos de los carreros por sobre los que utiliza la policía montada o los certámenes de turf representa una evidente contradicción en el discurso proteccionista y evidencia la naturaleza clasista de esta posición. El rechazo estético que la presencia de la combinación caballo-pobre genera en la ciudadanía y la molestia que implican para la circulación vehicular convierte a los carreros en presa fácil de los fanáticos que obtienen mediante la reproducción de imágenes de equinos desnutridos un considerable apoyo virtual que incluye los desinteresados aportes de modelos y actores que empatizan más con los

animales que con las personas.

Sin pobres arriba, los caballos no darían tanta lástima. Los animalistas no son una tribu urbana *trendy* más. Esta perspectiva es un fenómeno en crecimiento y presenta un gran atractivo ideológico para las élites. Es un choque de especies.

La humanización de los animales y la animalización de las personas se inscribe en un proceso más grande que algunos llamaron poshumanismo. Uno de los principales exponentes de esta corriente en el ámbito académico es Peter Sloterdijk que afirma se han borrado las fronteras entre el sujeto y el objeto. El ejemplo típico es lo que hoy llamamos ciborgs, la fusión de los organismos con máquinas, que aplicada a los seres humanos se denomina transhumanismo.

El chipeo de los caballos iba en esa dirección. En algunos países, ya se aplica un procedimiento similar en seres humanos. Después de 20 años de pruebas en animales, varias empresas comenzaron a implementar chips de identificación por radiofrecuencia (RFID) bajo la piel de los trabajadores. Varias decenas de miles de personas ya lo tienen.

Las ideas poshumanistas, como toda ideología de la decadencia, comienzan a adoptar formas mesiánicas y milenaristas. El animalismo, el conservacionismo, el ecologismo snob plantea una especie de zoolatría muy conveniente para el sistema de descarte humano. Subyace un ideario maltusiano, clasista, que buscan en la reproducción promiscua de los carnívoros salvajes los problemas del mundo. Su utopía es reaccionaria y regresiva. Pretende la conservación de la naturaleza libre de intervención humana, atribuyéndole a la humanidad como especie la responsabilidad por la crisis ambiental. Se oculta que la mayor proporción de consumo de recursos naturales es patrimonio de una minoría.

También han surgido utopías futuristas que seducen cada vez más a las élites de los países ricos. La vida eterna bajo la forma de la Singularidad es una de ellas. La Singularidad es el momento en que la Inteligencia Artificial se expande indefinidamente a partir de la capacidad de las máquinas de automejorarse. Un momento en el que la vida eterna se concretaría como consecuencia de la hibridación hombre-máquina. Se hará posible la trasmigración de las almas, de la conciencia humana, que dejará este mundo superpoblado para remontarse a *la nube* mediante un mecanismo similar al que se utiliza para subir un programa a Internet (*upload*, ascensión). Un cielo digital para los que puedan sobornar al Caronte cibernético.

Recuerdo que hace unos años, en un conflicto de tierras en Tucumán, los compañeros de allí, particularmente de la zona de San Javier, me pidieron que viajara a ayudarlos con las negociaciones. La provincia ardía con siete tomas de tierras privadas, provinciales y un lote del obispado. Fue un viaje largo en un auto viejo, sin aire acondicionado. Mis

compañeros de ruta eran tres militantes, dos muy negros y gordos, el tercero solamente gordo. Uno de ellos padecía apnea y roncaba todo el tiempo. Daba miedo, parecía un dinosaurio moribundo. Siempre recuerdo con cariño el bizarro cuarteto justiciero que formábamos.

Llegamos a la vieja fábrica de pirotecnia, una de las tomas más grandes. Pobreza extrema en los barrios de alrededor. Seguían las escaramuzas entre los vecinos y la policía. Al rato, un alto funcionario de la gobernación nos mandó un chofer y nos recibió en su country, a veinte minutos de distancia. Allí los caballos galopaban libremente, el pastito estaba cortado, el color verde tapizaba el suelo, pequeños arcoíris se formaban con las gotitas del riego. Se escuchaba el canto de los pájaros. Había muy poca gente. El señor tenía una gran casa. Tres hermosos perros que se alimentaban mejor que los hijos de su mucama. Se notaba que les tenía mucho cariño porque los acariciaba todo el tiempo. En medio de la charla, entre los ronquidos del compañero con apnea y nuestras poco veladas amenazas de ir a ocupar su country, el señor me pidió que para resolver este problema convenciera al Papa Francisco para que permitiera la esterilización como método sanitario. Si no, íbamos a tener tomas de este tipo todo el tiempo. Me dijo que ya lo había hablado con el Obispo, que Monseñor estaba de acuerdo. Monseñor también tenía problemas con esa gente: «Cojen como conejos, cobran la asignación y tienen a los nenes robando».

Lo decía en serio. No era un hombre sin instrucción. Estaba irritado por la situación. Eso lo empujó a una sinceridad brutal. No son pocos los que creen que, frente a las dificultades que plantea una política abierta de exterminio, será el control de natalidad compulsiva la mejor forma de resolver los problemas socioambientales.

No es ciencia ficción. Durante la década de 1990, en el gobierno de Alberto Fujimori, 314.605 mujeres peruanas fueron esterilizadas forzadamente para lograr las metas del Programa Nacional de Planificación Familiar patrocinado —casualmente— por la Agencia para el Desarrollo Internacional de los Estados Unidos. En efecto, se logró reducir del 3% al 2% la tasa de natalidad de Perú, en particular en las zonas agrarias que debían preparar para la revolución verde. Algunos, directa o indirectamente, comienzan a reivindicar esos métodos de control de «plagas».

La red y los pescados

Uniformidad cultural, falsas noticias, pseudociencia, pornografía, sadismo, narcisismo, vouyeurismo, espiritualidad a la carta, toneladas de

propaganda ideológica y publicidad subliminal. Las absorbemos todos los días, al prender la televisión o la computadora, y al revisar el teléfono.

El totalitarismo informacional, la degradación educativa y el vaciamiento espiritual a los que se somete a las grandes mayorías son signos de una nueva edad oscura. Las llamadas redes sociales son la expresión más gráfica de un esquema global de manipulación, aislamiento y servidumbre voluntaria. Miramos nuestro celular un promedio de 150 veces por día, en general para ver Facebook, Twitter o Whatsapp.

Estas interacciones nos chupan cinco horas de atención en promedio (6). No solemos reflexionar al respecto porque a ese mundo te vas resbalando como Alicia por la madriguera del conejo hasta que el país de las maravillas te deslumbra y te olvidás de la realidad.

Con el conflicto entre los carreros y los animalistas, me vi obligado a hacer una pausa. Se los agradezco profundamente. La cuestión es que me tocó padecer una masiva agresión virtual. Fue después de apoyar la campaña «Trabajar en carro no es delito» que iniciaron los carreros cordobeses.

Un buen día, el señor @juangrabois pasó a ser lapidado por miles de tirapiedras. El @juangrabois, la lapidación y los tirapiedras eran virtuales pero por alguna razón me dolía. Después de la primera carga, siguieron otras campañas cada vez más violentas. Un batallón de trolls, bots y fakes, además de los usuarios gorilas genuinos. Cada vez que me tocaba un rol de exposición pública, se iniciaba la ciber-represión. Se me acusaba de torturador de animales, asesino de caballos, explotador de niños, arreador de pobres, extorsionador de gobiernos, corrupto, chorro, ladrón, vago y una avalancha de insultos, calumnias y montajes fotográficos que se iban extendiendo como una bola de nieve de rt, shares, likes, donde cada nuevo comentario servía para que las personas se dieran manija entre sí. También nació mi *Doppelgänger*, gemelo maligno, que con mi nombre y foto, hacía travesuras como un fauno en el bosque informático que luego otros medios reproducían atribuyéndomelas.

Sin embargo, aun sabiendo que esos ataques eran mayormente artificiales con sólo darle un vistazo a los insultos que se acumulaban en mi muro, algo en mí mente se ponía mal. Esta circunstancia me ayudó a tomar conciencia no sólo del problema en abstracto sino de mi propia propensión a establecer un vínculo obsesivo con las redes sociales. Corté por lo sano como aconseja Mateo 5:30 entregando el manejo de mis cuentas a compañeros de militancia para su uso estrictamente político.

Más allá de mi experiencia personal, estas nuevas formas de lucha virtual tienen serias consecuencias en la realidad política. Por dar algunos ejemplos: la campaña electoral argentina de 2015, la primavera árabe, la revoluciones verdes en el área de influencia Rusa, la campaña electoral norteamericana, la difusión de cuestiones privadas, el movimiento *Black*

Lives Matter, Ocuppy Wall Street, el ascenso de Duarte en Filipinas, el #niunamenos y el reciente escándalo de la consultora británica Tim Bell Pottinger en Sudáfrica que puso en jaque el gobierno del Congreso Nacional Africano, no pueden explicarse sin las redes sociales.

Mientras corrijo este texto, una investigación revela la utilización de información privada de 50 millones de norteamericanos para manipular las elecciones del país más poderoso del mundo. Casualmente, lo revela uno de los grandes medios corporativos, el *New York Times*, es decir, un rival de Facebook en el manejo de la información. Este conflicto entre viejos y nuevos gigantes es otro signo de las contradicciones que enfrenta el mundo y convierten el sistema republicano tradicional diseñado por Montesquieu y Cía. en el siglo XIX para la burguesía revolucionaria en un método perimido y meramente formal de administración política democrática.

Al menos en la Argentina, los pobres usan masivamente Facebook. No Twitter, que es un tanto más elitista, pero sí Facebook y Whatsapp. Y el dispositivo no son las computadoras ni notebooks a la que casi ninguno tiene acceso, sino los celulares que cualquier menor de 45 años maneja con maestría.

Mis compañeros de los barrios populares ponen fotos de las cosas que los enorgullecen, generalmente sus hijos. También se pelean, se descargan, le sacan el cuero a los demás. Más o menos lo mismo que todo el mundo pero con una estética que ofende al resto de la sociedad. Hubo una imagen que fue particularmente irritante para la burguesía y se convirtió en un ícono de la aporofobia, neologismo recientemente incorporado por la RAE que denota desprecio a los pobres.

Eran tres chicas con sus panzas de ocho meses. Esa foto se utilizó hasta el hartazgo como meme para mostrar cómo las villeras tenían hijos para cobrar las asignaciones sociales. Si los miles que escribieron semejantes insultos existen en realidad, vivimos en un mundo de nazis agazapados detrás de una pantalla. Lo que muchos no se animan a decir en los medios tradicionales, se difunde por las redes sociales a través de lo que alguien definió como lumpen-imagen. En general, muestran sin envoltorios retóricos los discursos de odio clasista que emanan de las élites.

Es importante prestarle atención al carácter ambiguo de la metáfora de red que se utiliza para los sistemas computacionales interconectados. Del mismo modo que representa la unión de distintos nodos es también un instrumento para atrapar, una trampa. Facebook, por ejemplo, ha logrado que consintamos en firmar un terms of service para otorgarle «*el derecho irrevocable, perpetuo, no exclusivo, transferible y mundial*» sobre nuestra cara, la de nuestras familias, nuestros nombres, nuestros pensamientos, sentimientos y deseos.

A veces hace falta tiempo para reconocer la sabiduría popular. Sucedió con la interpretación de los sueños. Tuvo que llegar Sigmund Freud para

enrostrarle a los sabios de su tiempo que las interpretaciones más supersticiosas del vulgo estaban más cerca de la verdad científica que las elucubraciones académicas. Los indígenas norteamericanos estaban convencidos de que las fotos podían robarte el alma y vemos cómo hoy ese prontuario privado con datos biométricos de cada uno de nosotros nos lo han robado legalmente. Hoy constituye parte de su capital y su poder.

Las redes sociales también operan como una válvula de escape al aislamiento y al bloqueo comunicacional que implica el régimen oligopólico de propiedad sobre los medios masivos de comunicación audiovisual. Postear algo, aunque tenga menos impacto que gritar en la calle, produce la sensación de cierta conectividad, como si estuvieras hablando con el mundo. No importa que repitas la más trillada de las frases. Decirla vos mismo a un público indeterminado te da la sensación de que es tu propia posición. Se me ocurre que eso está en el ADN de la informática porque cuando uno aprende a programar, al menos en lenguaje C, el primer ejercicio de mi viejo manual Kernighan-Ritchie es:

```
#include <stdio.h>
int main()
{
printf(«Hola mundo»);
return 0;
}
```

Hablarle al mundo es un sueño viejo, tan viejo como el grito o el arte. Algo que ahora se puede hacer realidad firmando un contrato digital con alguno de los pulpos de Internet a cambio de tu alma, o para ser más precisos, de parte de tu identidad, de tu personalidad. Luego del pacto fáustico, tendrás la sensación de que tu «hola mundo» está en algún lado para siempre, siempre joven, y a medida que tu burbuja de contactos se alargue y logres algunos signos de aprobación, pequeños estímulos placenteros irán reforzando tu dependencia de ese mundo virtual del mismo modo que las recompensas diseñadas para las ratas de laboratorio en los experimentos conductistas.

Este mecanismo adictivo, narcótico, fue denunciado por algunos de los creadores de las redes sociales como Sean Parker, ex presidente y fundador de Facebook, quien a pesar de mantener sus acciones en la empresa, señala que «el proceso de pensamiento que se desarrolló al crear estas aplicaciones, siendo Facebook el primero de ellos, se trataba de: "¿Cómo podemos consumir tanto tiempo y atención consciente de tu parte como sea posible?" Y eso significa que necesitamos darte un poco de dopamina de vez en cuando, porque a alguien le gustaba o comentaba una foto, una publicación o lo que sea. Y eso te va a llevar a aportar más contenido, y

eso te va a dar… más likes y comentarios. Es un circuito de retroalimentación de validaciones sociales… Exactamente el tipo de cosa que un hacker como yo inventaría, porque estás explotando una vulnerabilidad de la psicología humana».

Evan Williams, uno de los fundadores de Twitter, afirma que «el problema es la calidad de la información que consumimos, algo que refuerza las creencias peligrosas, aísla a las personas, limita la apertura de mente y el respeto a la verdad», y «es una manera efectiva de explotar los instintos más básicos de las personas. Esta práctica está atontando al mundo».

Zygmunt Bauman decía que las redes sociales son una trampa y lo contrario a una comunidad: «no se crea una comunidad, la tienes o no; lo que las redes sociales pueden crear es un sustituto. La diferencia entre la comunidad y la red es que tú perteneces a la comunidad pero la red te pertenece a ti. Puedes añadir amigos y puedes borrarlos, controlas a la gente con la que te relacionas. La gente se siente un poco mejor porque la soledad es la gran amenaza en estos tiempos de individualización. Pero en las redes es tan fácil añadir amigos o borrarlos que no necesitas habilidades sociales. Éstas las desarrollas cuando estás en la calle, o vas a tu centro de trabajo, y te encuentras con gente con la que tienes que tener una interacción razonable. Ahí tienes que enfrentarte a las dificultades, involucrarte en un diálogo. El Papa Francisco, que es un gran hombre, al ser elegido dio su primera entrevista a Eugenio Scalfari, un periodista italiano que es un autoproclamado ateísta. Fue una señal: el diálogo real no es hablar con gente que piensa lo mismo que tú. Las redes sociales no enseñan a dialogar porque es tan fácil evitar la controversia… Mucha gente usa las redes sociales no para unir, no para ampliar sus horizontes, sino al contrario, para encerrarse en lo que llamo zonas de confort, donde el único sonido que oyen es el eco de su voz, donde lo único que ven son los reflejos de su propia cara. Las redes son muy útiles, dan servicios muy placenteros, pero son una trampa».

Coincido con Parker, Williams y Bauman. He experimentado la adicción, el atontamiento, la falsa seguridad de una comunidad manipulable, la sensación de poder borrar o degradar a cualquiera fácil e impunemente. También he sido víctima de las llamadas burbujas de filtro. Este mecanismo, diseñado para garantizar la permanencia de los usuarios en las redes sociales personalizando las interacciones de tu mundo virtual para que se produzcan más o menos con las personas que piensan como vos.

Es llamativo que este gran desarrollo de la globalización no ha acercado a las personas de distintos países. En general, los contactos pertenecen al mismo país o incluso entre emigrados y sus familias de origen. Según Mark Zuckerberg, Facebook comprende que saber que una

ardilla muere en tu jardín puede ser más relevante para tus intereses que saber que muere gente en África.

Pero no son *tus* intereses ni tu voluntad lo que define qué aparece en tu pantalla sino recortes que se te fijan mediante algoritmos diseñados para obtener el máximo jugo de los cerebros que exprime. Estas fórmulas rituales operan detrás de escena, casi esotéricamente como la Tabla de Esmeralda atribuida a Hermes Trismegisto, cuyo fin es revelar el secreto de la «sustancia primordial».

Un ingeniero informático bien calificado apenas puede tener un conocimiento parcial de esta operatoria. El cognitariado padece una situación de alienación más profunda aún que la del proletariado. El resto de los mortales, no tenemos la más mínima posibilidad de conocer los sortilegios de estos magos ni hacia dónde nos llevan sus algoritmos. No hay que olvidar que la palabra *cibernética* viene del griego *kybernetes*, voz que designa el rol del timonel para el control de una embarcación y el ajuste de su dirección hacia un determinado faro. La cibernética es una ciencia de control y direccionamiento. Un algoritmo no es más que un conjunto prescrito de instrucciones.

En ese sentido, las redes sociales son a la sociología lo que la biología es a los organismos genéticamente modificados. Así como los OGMs constituyen una mutación artificial de la vida que, además, se patenta y genera ganancia, las redes sociales constituyen una construcción artificial de la sociedad que también se patenta, genera ganancia e implica un altísimo grado de manipulación e ingeniería social cuya mecánica es desconocida para los usuarios-productores-consumidores. Aunque a diferencia de las empresas extractivas y de agronegocios no utilicen directamente los objetos físicos, tienen un enorme impacto en ellos modificando la vida social y los patrones de consumo.

Hace varios años Alvin Toffler predijo este fenómeno acuñando el término *prosumidor*, que alude a la experiencia de producir y consumir al mismo tiempo. Es un patrón del nuevo modelo productivo, que requiere que millones de personas agreguemos valor informacional a las mercancías en forma no remunerada mientras las consumimos.

Cibersiervos, narcoesclavos

En esta relación adictiva entre la persona y la tecnología, que en la vida cotidiana de las masas se inicia como un mecanismo de escape frente al aislamiento de la vida contemporánea, podemos encontrar algo de la servidumbre voluntaria como la define Étienne de La Boétie en su discurso

Contra uno.

La Boétie afirmaba que la supresión de la voluntad nunca podía operar en forma duradera mediante la fuerza sino a partir del desarrollo de ciertas costumbres. Estas costumbres no eran naturales sino que se introducían de manera deliberada por los tiranos. Da como ejemplo el caso de Lidia dónde el invasor «*estableció burdeles, abrió tabernas, ordenó juegos públicos y destinó premios a cuantos inventasen deleites nuevos. Estas medidas llenaron de tal manera las miras del tirano, que no tuvo ya necesidad de desenvainar otra vez la espada*».

Se trata de un mecanismo similar al que Marx atribuyó a las religiones cuando las llamó el «opio de los Pueblos», tal vez sin pensar que el consumo de opiáceos, cocoides y otros psicotrópicos se masificarían en su versión literal, cruda y física, ya sea de manera legal o ilegal, pero aprovechando las rutas comerciales y mercados que abre el capitalismo.

En estos días, la epidemia de opiáceos en los Estados Unidos es una preocupación de seguridad nacional por sus altísimos costos para el sistema de salud pública y su incidencia en el marcado laboral. El Centro Nacional de Estadísticas de Salud (NCHS) indica que el opio de los pueblos en sentido literal produce en los EE.UU., principal consumidor del mundo, más de 64.000 muertes anuales sólo por sobredosis. En los países productores, las muertes son más violentas. En México, se registran 23.000 asesinatos al año, y 12.000 en Colombia.

Frente a estas cifras, la tecnología informática como mecanismo de alienación y control social parece un producto gratuito, políticamente neutro, inocuo para la salud y disponible para todos. No hay estudios que correlacionen la ciberdependencia con la drogadependencia, aunque ya existen comunidades terapéuticas para adictos a internet en China y Corea.

Esta transferencia de energía psíquica se presenta como un don de la Red, milagros de Jobs, Gates, Zuckerberg y otros tecnócratas que se erigen como los más grande benefactores de la humanidad mientras amasan sus fortunas a partir de la absorción no remunerada de fuerza de trabajo de personas sometidas a un vínculo adictivo, es decir, a la esclavitud mental.

Uno de las cadenas que hace posible la ultramasividad de esta operatoria es el sistema de telefonía celular que se configura a partir de celdas. El teléfono ya no es un teléfono. Es un genio personal multifunción, un depositario donde caben la conciencia, la memoria, los amigos, el amor, el pasado y el futuro.

La telefonía celular es la tecnología de mayor crecimiento en la historia de la humanidad con casi el doble de teléfonos móviles activados que cantidad de habitantes en el planeta. En cualquier bar, en la calle, en el subte, en tu casa, más de la mitad de las personas que veas estarán con la cabeza inclinada, mirando la pantalla del celular, rindiendo pleitesía a los nuevos dioses.

Su construcción física es un verdadero proceso alquímico que requiere exóticos minerales. Para obtenerlos, las empresas tercerizan la más salvaje explotación de la fuerza de trabajo y el saqueo de los recursos naturales, fundamentalmente en los países periféricos. Níquel, cobalto, zinc, cadmio, litio y cobre salen de las minas ensangrentadas de países como Ruanda y el Congo. Las manos de mineros cruelmente explotados, niños incluidos, se han televisado en el primer mundo.

Todos tenemos en algún rincón bloqueado de nuestra mente la imagen de esos niños mineros. También sabemos que un millón de proletarios chinos las ensamblan en Foxconn. De tanto que se han suicidado por las condiciones laborales a las que están sometidos, los patrones han hecho firmar a los obreros un documento vinculante asegurando que no lo harían, so pena de perder los beneficios del seguro.

La expansión universal del celular, junto con incomparables posibilidades de comunicación, produjo la más masiva sujeción humana que haya conocido la historia. Con las mercancías adictivas sucede como con la droga: el narco no consume. Así, entre los ricos del norte existe una tendencia cada vez más generalizada a bajar el brillo de las pantallas para evitar la sobrestimulación visual o incluso utilizar modelos antiguos de teléfonos celulares plegables como hace Warren Buffett, el tercer hombre más rico del mundo según *Forbes*. Tiene más de 75 mil millones de dólares en el banco (incluso es accionista de Apple), pero no quiere ser esclavo de un iPhone.

Guerra mundial en cuotas

Esta cultura no es posible sin violencia. Me refiero a la violencia física. Fue el mencionado Warren Buffett quien declaró que su clase había ganado la guerra social del siglo XX: «La lucha de clases sigue existiendo, pero la mía va ganando».

En muchos puntos del planisferio podemos ver «Estados fallidos» donde fallan las instituciones, la economía, la educación, la salud, la seguridad, el transporte, la alimentación. Todo falla, menos la extracción de los recursos necesarios para la producción de celulares y otras maravillas del mundo actual. El caos pareciera ser una estrategia deliberada, un plan para la rapiña, un estadio superior de la doctrina del shock que describe Naomi Klein. Se terceriza el ejercicio de la violencia entre grupos étnicos, religiosos o políticos dentro de un mismo país, a los que se provee de armas desde los centros mundiales de poder. Mientras se desarrollan matanzas crueles y prolongadas, se expande la frontera del capital extractivo y —al mismo tiempo— se inhibe cualquier forma de

organización nacional con capacidad para negociar tan siquiera ciertas condiciones para la extracción de sus recursos.

Los vaivenes de la diplomacia oficial de los EE.UU. ayudan a comprender las opciones geoestratégicas de los distintos sectores del Capital. El *Congressional Budget Justification* es una fuente directa que explica bastante crudamente el objetivo de las operaciones extranjeras del Departamento de Estado norteamericano.

Siguiendo sus sucesivas publicaciones, podemos distinguir dos modelos de intervención imperialista. La llamada diplomacia transformacional adoptada por Condoleezza Rice, cuyo ejemplo es la invasión a Irak, la captura de Saddam Hussein en la Operación Amanecer Rojo y su entrega al Gobierno títere local. Es una política explícita de intervención armada, cuyo objetivo es forzar una transformación permanente en las estructuras estatales conforme a los intereses de la elite norteamericana.

El otro modelo es el *smartpower* o poder inteligente desarrollado por Hillary Clinton. Maquiavelismo global explícito. Básicamente, se trata de inducir a que los pueblos se maten entre ellos. La doctrina del *smartpower* privilegiaba lo que Joseph Samuel Nye bautizó como *softpower* (intervencionismo político, cultural, jurídico y mediático) por sobre la aplicación directa de la fuerza (*hardpower*).

El *smartpower* puede verse en acción en Libia, Siria, Yemen, Ucrania, la primavera árabe, etc. Golpes blandos, financiamiento a grupos armados locales, promoción de grietas internas, etc. El objetivo es generar caos y debilitar a los Estados a tal punto que el saqueo no requiera siquiera un gobierno títere.

Desde la asunción de Donald Trump se han eliminado diversos subsidios que permitían la operación de ONGs tributarias del *softpower*, por lo que puede suponerse un cambio de estrategia. Incluso hay analistas geopolíticos de diversas tendencias que plantean que la política internacional de Rex Tillerson (importante accionista de Exxon y actual Secretario de Estado de USA) está, según ciertos analistas rusos, orientada a un mayor multipolarismo.

La proliferación de conflictos de baja intensidad en todo el planeta adopta la forma de guerra civil permanente ya sea por el enfrentamiento de grupos beligerantes, la presencia de organizaciones denominadas terroristas o la dialéctica entre fuerzas de seguridad y grupos del crimen organizado. Esta última variante predomina en América Latina, aunque mezclada con las dos anteriores.

Mis amigos mexicanos, en particular los de Chiapas, me explicaron cómo funcionaba esto cuando se produjo la desaparición forzada de los 43 estudiantes de Ayotzinapa. La persecución política a un grupo que protestaba fue delegada en un grupo criminal. La represión estatal fue tercerizada en los narcotraficantes. Luego, la desidia del gobierno en la

investigación y su desinterés por encontrar los cuerpos evidenciaron un esquema de impunidad bien orquestado. Imagínense el terror que esto genera en cualquiera que pretende actuar contra el orden establecido.

Algo similar sucedió con el asesinato de la militante hondureña Berta Cáceres. Ella creía —todos creímos— que su participación en el Encuentro Mundial de Movimientos Populares podría protegerla, y que su foto con el Papa Francisco la salvaría. No sucedió. Las empresas mineras e hidroeléctricas transnacionales que se habían quedado con el 30% del territorio hondureño a partir del golpe de Estado de 2009 (y que ella denunció), tercerizaron el operativo contra Berta. No les preocupó el repudio internacional. Saben que controlando los medios de comunicación, todo pasa.

Más allá de que existen múltiples casos de ataques contra militantes, los asesinatos masivos no están asociados a la represión de la lucha popular organizada sino a una nueva forma de limpieza social en las ciudades periféricas, cuyo objetivo son los pobres desorganizados.

La Doctrina de Seguridad Nacional y la Escuela de las Américas son herramientas represivas que quedaron obsoletas. El enemigo son los descartados. El sistema actual se lleva en Latinoamérica más 375.000 vidas por año. La tasa de homicidios es de 60 por cada 100.000 habitantes, muy por encima de Asia, África, Europa y Oceanía. Son cifras muy superiores al promedio de asesinatos de Estado derivados de la guerra sucia, el Plan Cóndor e incluso las guerras declaradas por Estados que se sucedieron en la región. La inmensa mayoría de los muertos son pobres, y gran parte de ellos caen bajo las balas de sus Estados. Si esto no es una guerra, ¿qué es?

Esta situación genera un mercado permanente para las grandes corporaciones armamentísticas y empresas de seguridad. De esta forma, la construcción de enemigos es un juego a tres bandas que permite el desarrollo de estrategias de control social, el saqueo de los recursos naturales y la expansión de los mercados para los comerciantes de armas. Los países son reducidos a polvo en conflictos fratricidas mientras determinadas zonas «seguras» permanecen ajenas al caos circundante. En todas las regiones sometidas a este tipo de conflicto se han desarrollado lo que la jerga militar norteamericana llama «zonas verdes», áreas especialmente fortificadas para salvaguardar la vida y la propiedad de las élites locales o el personal imperial asignado al territorio.

Civilización y barbarie

En los últimos años fui un observador participante del desarrollo, todavía

incipiente, de un proceso semejante a la creación de una «zona verde» en la Patagonia.

Entré en contacto con la comunidad Linares por un tema aparentemente menor. Una fundación benéfica, típica del catolicismo oligárquico, había malversado dinero destinado al desarrollo productivo de la comunidad.

A través de un ex empleado de la Fundación Cruzada Patagónica, las autoridades del *lof* (comunidad), me pidieron que los ayudara a presentar la denuncia. Ya conocía algo de la realidad mapuche a través del inmenso trabajo desarrollado en la zona por las organizaciones sociales de San Martín de los Andes principalmente con la Comunidad Currhuinca.

Con el correr del tiempo y las luchas compartidas, la relación entre los *peñis* (hermanos) de una docena de comunidades y nuestro Movimiento se fue fortaleciendo en el camino común de la producción sustentable, el trabajo comunitario y la defensa del territorio. Bertico, gran comunicador popular y promotor de la alianza intercultural en aquel rincón del mundo, la definía como la unión entre el pueblo mapuche y el pueblo pobre.

En octubre de 2016, personal de la Estancia Los Remolinos SRL irrumpió con maquinaria para alambrar las tierras de veranada de la comunidad y abrir un camino en el bosque. El titular de la empresa es Thomas Prinzhorn, un dirigente neonazi devenido en liberal y magnate austríaco de la industria papelera. Sus posiciones son tan extremas que fue expulsado del gobierno de Austria liderado por el ultraderechista Jörg Heider en el año 2000. Sus declaraciones xenófobas pusieron a su país en riesgo de sufrir sanciones por parte de la Unión Europea y su carrera política quedó truncada. No así su membrecía en el club de los mil millonarios europeos, ya que ostenta un pedigrí asociado a la nobleza austrohúngara.

La tierra que pretendía usurpar son unas 4500 hectáreas de incomparable belleza paisajística, surcadas por hermosos arroyos y cubierta de árboles milenarios que sólo se conservan porque los mapuches —como casi todos los pueblos indígenas— no necesitan expoliar la naturaleza para vivir.

Afortunadamente, contábamos con el relevamiento territorial oficial de la zona. Un mapa que certificaba con claridad que ese espacio estaba bajo posesión ancestral de la comunidad. Nos movimos rápido y obtuvimos de la justicia de Junín de los Andes una orden para detener las obras. Sin embargo, esa resolución judicial parecía cartón pintado luego de esperarla varias horas en la ruta, en medio de la cordillera y frente a un administrador que contaba con sólidos contactos en la estructura de poder político de la provincia.

En este marco, la comunidad tuvo que realizar un proceso de reafirmación territorial con presencia física en el predio debido a las

constantes incursiones por parte del personal de la empresa y su capataz austríaco. Ya había habido algunas escaramuzas y uno de los integrantes de nuestro grupo recibió una puñalada de un seguridad de Prinzhorn. Recuerdo que junto a unos cincuenta integrantes de la comunidad mapuche y algunos militantes de nuestro Movimiento realizamos una larga peregrinación a caballo hasta Cochico, el lugar en conflicto. Fue un trayecto inolvidable por senderos estrechos y escarpados. Atravesamos montañas y vados rodeados por araucarias y coihues. Al llegar a una vega plana, Santiago, uno de los *werkenes* (voceros), nos hizo participar de una rogativa denominada *Pichikefementun*, por la que se le pedía permiso al lugar para estar allí. Luego se levantaron carpas e instalamos un precario sistema de comunicación radial.

En Cochico filmamos la cabalgata, realizamos un acta, tomamos vistas fotográficas y realizamos todos los actos jurídicos necesarios para demostrar la posesión anterior, pacífica e ininterrumpida de los mapuches. La comunidad contaba con asistencia legal y podía defenderse en los tribunales, situación afortunada pero atípica. Sin embargo, fue la defensa física del territorio con presencia prolongada en el lugar lo que permitió repeler la agresión de Prinzhorn.

El apoyo social a nivel local y la repercusión internacional del tema también fueron importantes. Las características nefastas del personaje en cuestión colaboraron en la resolución de este conflicto en particular. Como ésta, durante las últimas décadas se desarrollaron innumerables luchas contra el acaparamiento de tierras por parte de grandes empresas nacionales y multinacionales que pretendían explotarlas en la extracción de minerales o petróleo, la instalación de represas hidroeléctricas o el desarrollo de actividades agroindustriales o emprendimientos inmobiliarios.

En general, los planteos defensivos de los pueblos originarios durante la primera década del milenio tuvieron cierto éxito (incluso en los tribunales), debido al clima de época, a la nutrida normativa local e internacional de protección de los indígenas, el apoyo de los movimientos sociales y ecologistas y la absoluta ausencia de respaldo legal para los intentos de acaparamiento por parte de los empresarios.

Además, el nivel de organización política de los pueblos mapuche-tehuelche suele ser superior al de las comunidades indígenas del NEA y el NOA. Esto es así por diversas causas, entre ellas, que el desierto patagónico se mantuvo «libre» durante la conquista española y fue el último rincón del Cono Sur en ser incorporado al estado-nación de Argentina y Chile.

El recuerdo de las *ñañas* (hermanas) que nacieron fuera de los límites estatales y de los *weichafes* (guerreros) como Lautaro y Calfucura que resistieron la conquista sigue presente. También porque los centros urbanos como San Martín de los Andes, Aluminé, El Bolsón y Bariloche son

lugares atractivos para hippies, mochileros, militantes y otras personas de los sectores medios que apoyan y difunden, a veces idealizada e inconsistentemente, la causa mapuche.

En nuestro norte, los indígenas sufrieron toda la furia del Reino de España en la era colonial que incluso destruyó la civilización intercultural y equitativa creada por guaraníes y jesuitas en esa increíble experiencia histórica conocida como Las Misiones. A pesar de su inestimable colaboración a la causa patriótica durante las guerras de independencia, hoy sufren aún más que en la Patagonia por la discriminación, el maltrato y la ausencia de lo que se conoce en la República Argentina como estado de derecho. Allí las mochilas no llegan, las organizaciones sociales escasean, el clientelismo hace estragos, el hambre campea y las cámaras de televisión entran sólo para regodearse en la miseria o celebrar el progreso al servicio de tal o cual candidato en tiempos de elecciones.

Volviendo a Cochico, más o menos por la fecha en que se produjo el conflicto la prensa nacional comenzaba a abordar el conflicto mapuche de un modo particularmente hostil. Se inició un debate historiográfico sobre el verdadero origen de los mapuches, cuestionando la legitimidad de sus reclamos con el argumento de que durante el siglo XVII habían invadido la Argentina desde Chile y por lo tanto no eran originarios de este lado de la cordillera.

Llamativamente, Prinzhorn utilizó este mismo argumento antropológico en su escrito de defensa (7). También se comenzó a asociar el reclamo mapuche con proyectos separatistas como el vasco, muy alejados de las aspiraciones de la inmensa mayoría de las comunidades.

En 2016, a partir del cambio de gobierno en la Argentina, esta posición adquirió status de política oficial. Un hecho significativo se produjo en enero de 2017, muy cerquita de la comunidad Linares. Allí, la Ministra de Seguridad de la Nación, junto a su Secretario de Seguridad Interior (en la sede de la Sociedad Rural y rodeada de los principales estancieros de la región), inauguró la doctrina del enemigo interno.

Paralelamente, a través de un Decreto de Necesidad y Urgencia, el gobierno nacional modificó el régimen de protección del dominio nacional sobre las tierras rurales. De este modo, se facilitaba enormemente la compra de tierras por parte de empresarios extranjeros. Todo eso en el marco de un intento por promover el yacimiento petrolífero de Vaca Muerta como destino de inversión para la extracción de *shaleoil* mediante la cuestionada técnica del *fracking* (un sistema de rotura que inyecta millones de litros de agua y contamina los acuíferos) y, a la Patagonia en general, como zona de inversión para el desarrollo de hidroeléctricas y parques eólicos.

Como por arte de magia, en esos días comenzó a tomar notoriedad la presencia de un hasta entonces ignoto grupo llamado RAM(Resistencia

Ancestral Mapuche). Según los medios de comunicación, esta peligrosa banda promovía la violencia étnica como método de lucha. Estarían armados hasta los dientes y financiados por la FARC y la ETA.

Algunas acciones de sabotaje menores y declaraciones grandilocuentes de militantes jóvenes e inexpertos fueron instrumentadas y agigantadas para afirmar que existía en la Argentina una situación que comprometía la seguridad nacional y justificaba una política cuasimilitar, propuesta por la Ministra de Seguridad. Todos los que conocemos a las personas que señalan como líderes del RAM sabemos que no tienen capacidad operativa para poner en peligro nada que no sea su propia vida y la de quienes se solidarizan con su lucha.

Se trata de jóvenes del alto de Bariloche que sufrieron la marginación, la brutalidad policial y la miseria. Luego de orbitar por grupos anarquistas y otras tribus urbanas, encontraron en su identidad mapuche una causa por la que luchar y adoptaron un discurso etnicista radicalizado que difundían con panfletos manuscritos y pequeñas acciones propagandísticas. Son muy pocos, no tienen adiestramiento militar ni armas de guerra. Sí herramientas agrícolas, piedras y algunos bastones de *palín*, una actividad religioso-deportiva tradicional. Nada mucho más peligroso de lo que se puede encontrar en un despacho de herramientas.

Sin embargo, a partir de ese momento, cualquier conflicto real o ficticio en la zona era inmediatamente atribuido al RAM, que pasó a ser el enemigo público número uno de acomodaticios nacionalistas ocasionales. Ese fantasma además de ser agitado con fines electoralistas facilitó enormemente el accionar de las fuerzas represivas y de grupos parapoliciales al servicio de los empresarios. Entre el miedo y la desinformación, la estrategia del enemigo interno tuvo un éxito parcial pero significativo en desalentar el apoyo social a las luchas campesinas y de los pueblos originarios.

En ese contexto, las fuerzas de seguridad federales ganaron espacios de poder y presupuesto, multiplicaron los operativos y adoptaron una actitud hostil y prepotente. El saldo fue de dos muertes en pocos meses en el marco de operativos represivos de las fuerzas federales: Santiago Maldonado y Rafael Nahuel. También se agravó la violencia del personal de seguridad privada de las empresas lindantes con las comunidades y se liberaron ciertas tendencias xenófobas que anidaban en un sector de la población.

De más está decir que uno de los efectos colaterales de todo este proceso fue el aumento de la bronca y la frustración por parte de los descendientes de mapuches, en particular los jóvenes más pobres y marginados. En efecto, Rafa Nahuel era un pibe del Nahuel Hue, una barriada popular del alto de Bariloche, la zona pobre de una ciudad turística y opulenta. Estaba acompañando a su tía en un conflicto de tierras

en la zona del lago Mascardi cuando una patrulla del grupo *Albatros*, un escuadrón de élite de la Prefectura Nacional, disparó alegando un enfrentamiento.

Rafa cayó muerto con un balazo en la espalda. Al día de hoy, su crimen sigue impune, igual que el de Santiago. El gobierno escaló el asunto que se convirtió en el principal tema nacional e hizo lo posible para tirarle leña al fuego. Podría sospecharse sin mucho esfuerzo que ciertos sectores apuestan a un proceso de radicalización domesticada, una explosión controlada de este conflicto para agudizar la tensión en la Patagonia y justificar la aplicación de la teoría del caos.

En cualquier caso, los intentos por calmar las aguas surgieron exclusivamente de los movimientos sociales, las organizaciones mapuches tradicionales como la Confederación Mapuche Neuquina y el Parlamento Mapuche de Río Negro, con el apoyo de un sector de la Iglesia Católica. Se promovió una mesa de diálogo que no obtuvo grandes avances pero logró frenar una espiral de violencia que amenazaba con cobrarse más vidas.

Tanto el ala más militarista del gobierno como ciertos pseudocientíficos posmodernos (supuestos expertos en la temática indígena), intentaron boicotear la mesa de diálogo. Sin embargo, la fortaleza de la alianza que se había ido forjando con los años permitió sostener una política de diálogo intercultural. También se frenó un intento de promover falsas tensiones religiosas.

Recuerdo que la exitosa reafirmación territorial de Acuapán se planificó en el salón comunitario Jaime de Nevares, así llamado en honor al obispo de Neuquén, una figura emblemática en la defensa de los derechos del pueblo mapuche y en su proceso de organización.

La teoría decolonial, reinterpretada por los manuales de la Universidad Autónoma de Madrid que forman a algunos de nuestros intelectuales, agitan la leyenda negra del liberalismo anglófilo acerca de que todo el ejército libertador de San Martín fue genocida, y que toda la Iglesia Católica es enemiga de los indígenas. Sin embargo, el ejército de San Martín, en alianza con los pueblos originarios, derrotó a la monarquía española en una verdadera guerra anticolonial, mientras que la Iglesia tuvo entre sus filas a algunos de los mejores amigos de los indígenas como De Nevares en la Patagonia o Samuel Ruiz en México.

Algunos decolonialistas colonizados por el *softpower* operan como intelectuales orgánicos al servicio de la teoría del caos. Promueven lo que Mao llamaría contradicciones secundarias en el seno del pueblo e intentan darle a eso status de teoría política revolucionaria.

Desde nuestro Movimiento reivindicamos los derechos de los pueblos originarios sin atacar la soberanía de un Estado periférico como pretende el Imperio. Sin embargo, en el lobby del caos, los que intentan agudizar el conflicto interno en función de sus propios intereses son poderosos y

operan de ambos lados del mostrador.

La agudización de tensiones étnico-religiosas en los países oprimidos es el dispositivo contemporáneo del «divide y reinarás». Se diferencia de la que aplicara Julio César en la guerra de las Galias o el Imperio Británico en la India porque el actual Imperio no pretende establecer una Pax Augusta o una nueva Commonwealth sino un tremendo desorden salpicado de algunas «zonas verdes» para las élites.

Hace muchos años conocí a una guerrillera kurda. Me regaló *Hoja de ruta hacia la Paz*, de Abdullah Öcalan, presidente del Partido de los Trabajadores de Kurdistán. Desde su reclusión perpetua en una remota isla turca, Öcalan explica que EE.UU. y el Reino Unido apuestan a balcanizar la región fomentando la creación de la mayor cantidad de estados posibles. Ellos mismos, por no haber visto la jugada, habían sido funcionales a esa estrategia.

Estuve varios meses buscando a alguien que nos ayudase a confrontar desde la realidad de ese pueblo las ideaciones secesionistas que el poder comenzaba a insuflar en nuestro campo. Finalmente, apareció un personaje entrañable: flaco, alto y con las marcas de las torturas sufridas en las mazmorras del estado turco. Estaba en pareja con una compañera y filmaba un documental en Argentina. Su explicación del contexto geopolítico en el que se producía la carnicería que se vive allí nos dio a todos, criollos e indígenas, insumos para comprender lo que podría avecinarse en la Patagonia si no nos aferramos a la necesidad de mantenerla como una zona de paz.

El mejor ejemplo que tenemos es Bolivia. Cuando parte del movimiento indígena estaba cayendo en la trampa imperial del secesionismo, Evo Morales encontró en la idea del Estado plurinacional una fórmula para combinar las justas aspiraciones de los pueblos originarios con el respeto a la integridad territorial del Estado boliviano. Cuando los sectores populares se encolumnaron detrás de ese proyecto, ganaron las elecciones, tomaron el poder y estatizaron los hidrocarburos, quedó al desnudo que era la oligarquía cruceña y los intereses transnacionales quienes fogueaban la fragmentación.

El sueño de la Patria Grande debe nutrirse de esa experiencia para lograr un alto nivel de unidad frente a los poderes globales y un fuerte respeto a la diversidad cultural hacia adentro en la perspectiva de un Estado continental plurinacional.

Plantas vs. Zombis

En una película llamada *Guerra Mundial Z*, un enjambre de desarrapados zombis palestinos trepa los muros de Israel en la Franja de Gaza, parándose sobre una pila de cadáveres de sus propios compañeros. La imagen se repetía luego en otras ciudades. Inmensas muchedumbres infectadas desafiando los muros de las grandes urbes para arrasarlas mientras tropas de élite y control fronterizo disparan a mansalva. Una profecía destinada a alertar a los de adentro como diciendo «hay que prepararse».

En las últimas décadas de filmografía catastrofista y pos apocalíptica, los zombies dejaron de ser muertos-vivos para convertirse en infectados. La evolución del personaje quita el relato del plano de lo fantástico y la lleva al de lo verosímil. El zombi es la prole sobrante del paradigma tecnocrático, el fracaso del proyecto eugenista soft, el hijo de los métodos blandos de control demográfico. Una clase peligrosa.

Los videojuegos proporcionan un entrenamiento intensivo para matar zombis. En uno de ellos, unas plantas transgénicas deben defender al vecino de las hordas. El vecino es un personaje que representa al ciudadano medio de un suburbio norteamericano al estilo Springfield. Integrado, moderno, canchero. Un personaje pequeño, pero a su modo un *winner*.

Las plantas transgénicas están allá. Son papas gigantes o arvejas ametralladoras. Hay que colocarlas estratégicamente. Esta imagen de la biotecnología defendiendo al ciudadano común de las hordas hambrientas que quieren arruinarle el césped, comerse sus plantas, meterse en su casa y devorarle el cerebro es una metáfora bastante elaborada de las preocupaciones actuales de la clase media.

La metáfora zombi subsume la imagen del bárbaro que asedia las murallas del Imperio con la del descartado social que lo corroe desde adentro. Esta configuración de un enemigo dual no es novedosa. En su obra *Estudio de la Historia*, Arnold Toynbee, desarrolló la teoría de que era precisamente la combinación entre proletariado interno (la plebe sometida por la minoría dominante) y externo (la multitud de bárbaros que asuelan los muros de la civilización) lo que determinaba la caída de los imperios. Frente a la decadencia y desmoralización de la civilización, la minoría dominante debe abandonar la diplomacia para recurrir a la fuerza bruta. Sólo si puede controlar a los bárbaros. Ya no puede seguir negociando con ellos. El límite (*limen*) deja de ser una zona amortiguadora de conflictos. Se estrecha, se convierte en una línea con longitud pero sin anchura, una muralla que define con claridad dónde están los ciudadanos y dónde el extranjero.

En esos momentos se fomenta una visión del bárbaro como un parásito y un peligro: «Arar y cosechar indirectamente con espada y lanza pasa a

ser más lucrativo para el bárbaro cuando puede extraer la riqueza a una civilización que ha sido puesta a la defensiva por medio del apoderamiento de bienes o haciéndole pagar subsidios. Esto congenia mejor con el temperamento bárbaro ahora que se ha convertido principalmente en luchador y ha permanecido sólo secundariamente como un productor. El bárbaro que vive junto a los límites deja de ser económicamente autosuficiente y se convierte en un parásito económico de la civilización que existe del otro lado».

Durante el siglo XIX, cuando la relación entre el gobierno federal argentino y los aborígenes del sur comenzó a tensarse por la escasez de tierras fértiles que sufrían los indígenas, la pretensión de avanzar de algunos ganaderos y la irrupción de los malones en territorio bajo control estatal, Adolfo Alsina ideó un mecanismo para definir una nueva línea de frontera. Su idea era puramente defensiva: «el indio no invade para pelear, ni tampoco por el placer de hacer mal. Invade para poder regresar con lo que robe», afirmaba.

Pero la oligarquía no quería ni convivir ni defenderse, quería apropiarse de las tierras, expandirse todo lo posible, y fue ésa la razón de lo que conocimos como la Conquista del Desierto, lo que permitió el desarrollo del modelo agroexportador entonces tributario del imperio británico. En nuestros tiempos, el Capital se enfrenta a una disyuntiva similar: fosas o exterminio.

En el siglo V, Salviano de Marsella situó las causas de la crisis del Imperio en su propia corrupción y reconoció —siendo miembro de esa civilización— la humanidad de los bárbaros en contraposición a la deshumanización de los romanos: «En estos tiempos los pobres son arruinados, las viudas gimen, los huérfanos son pisoteados; tanto que la mayoría de ellos, nacidos en familias conocidas, y educados como personas libres, huyen a refugiarse entre los enemigos [los bárbaros] para no morir bajo los golpes de la persecución pública. Sin duda buscan entre los bárbaros la humanidad de los romanos, puesto que no pueden soportar más entre los romanos una inhumanidad propia de bárbaros. Y aunque sean grandes las diferencias respecto de aquellos entre los cuales se refugian, sea por la religión, como por la lengua e incluso, si se me permite decirlo, por el olor fétido que exhalan los cuerpos y los vestidos de los bárbaros, ellos prefieren no obstante sufrir entre aquellos pueblos tales diferencias de costumbres, que padecer la injusticia desencadenada entre los romanos. Ellos emigran, pues, de todas partes y se dirigen hacia los godos, hacia los bagaudes o hacia los otros bárbaros que dominan por doquier, y no se arrepienten en absoluto de haber emigrado. En efecto, prefieren vivir libres bajo una apariencia de esclavitud que ser esclavos

bajo una apariencia de libertad».

Cuando leí este párrafo, lo asocié a algunos fenómenos contemporáneos, contradictorios y difíciles de explicar, que tienen en común el rechazo del actual rumbo de la civilización occidental por parte de quienes supuestamente se benefician de ella. Un ejemplo es la emigración de jóvenes de nacionalidad europea y su incorporación a grupos como el Estado Islámico. ¿Qué motiva a estos veinteañeros criados en la cultura occidental, que usan zapatillas Nike y escuchan rap, a tomar las armas para defender un califato que propone una guerra contra la sociedad a la que pertenecen, mientras otros jóvenes de su misma edad arriesgan la vida en las pateras por llegar a los suburbios de cualquier ciudad europea?

La descripción que Saviano de Marsella hace de la sociedad de su siglo, también pueden asociarse a fenómenos que van en el sentido contrario, es decir que se manifiestan en opciones pacíficas. El neorruralismo y el repoblamiento de pueblos abandonados es una de esas opciones. Se trata de un fenómeno de los que cada año participan más jóvenes de clase media y alta hartos de la vida burguesa, que se salen de los límites civilizatorios urbanos y sus «zonas verdes» para asumir una vida austera y comunitaria, como los monjes medievales o las comunidades protestantes norteamericanas.

También es significativa la emigración de personas acomodadas hacia las villas y asentamientos más pobres del mundo o a los campos de refugiados de Europa para vivir con, por y para los descartados, compartiendo sus alegrías y esperanzas. Algunos cruzaron los límites de su mundo para quedarse definitivamente entre los bárbaros; otros entramos y salimos cada día y vemos que algo denso se está cocinando a fuego lento.

2- Lenin expresa con claridad en varios párrafos de *Imperialismo, fase superior del capitalismo*, que en su visión el imperialismo no es un «atributo político de los Estados» no es una «política expansiva de un Estado determinado», es un *atributo del capitalismo* en determinada fase de su desarrollo, es el capitalismo monopolista. Por lo tanto, *el concepto de imperialismo es un concepto fundamentalmente económico*, lo que no quiere decir que no tenga facetas culturales, políticas, militares, religiosas, etcétera.

3- *Premiar el trabajo, no la riqueza*. Informe de Oxfam, enero de 2018.

4- Al tipo de cambio de fines de 2017.

5- «Marx ha descrito la situación de su tiempo y ha ilustrado con gran capacidad analítica los caminos hacia la revolución, y no sólo teóricamente», Carta Encíclica *Spe Salvi* (21).

6- Andrews, S.; Ellis, D.A.; Shaw, H.; Piwek, L., «Beyond Self-Report: Tools to

Compare Estimated and Real-World Smartphone Use», PLoS ONE, 2015.

7- Cabe aclarar que, más allá de que sea un tanto irrelevante, la posición científica predominante en la actualidad es que entre mapuches y tehuelches se produjo una suerte de fusión étnico-cultural.

Capítulo 3
Epopeya

Residuos peligrosos

Cárcel de Devoto. 2017. Una fila de mujeres pobres, algunas muy jóvenes, con tatuajes en el brazo y los hijos a cuestas, espera su turno para entrar en el complejo penitenciario. Seres queridos sólo por ellas las esperan detrás del muro. Pero no podrán traspasar la guardia sin antes pagar su cuota de humillación. No se las acusa de nada, pero deberán sufrir severas vejaciones, esas que sólo conocen los indefensos frente a un poder que se siente impune.

Los senos, el ano, la vagina de mujeres y niñas son escrutados inescrupulosamente por orcos reducidos al sadismo de su triste oficio. En el siglo XXI, la Argentina, un país de desarrollo intermedio, en una ciudad a la europea como Buenos Aires, el Estado no puede garantizar escáneres para ahorrarles a miles de inocentes este castigo extrajudicial que no debería aplicarse ni al peor de los criminales.

Conozco a muchos de los que están adentro. Conozco a sus madres, hermanos e hijos. A algunos los vi crecer. ¿Es posible que alguien que de niño vio a su madre atravesar ese martirio, tuvo que revolver la basura para vivir, fue sexualmente abusado, esclavizado por una droga de exterminio como el paco, robó para consumir y recibió como única herencia la celda de su padre, no convierta su vida en una prolongada *vendetta* contra la sociedad? Porque ésta es la historia de muchos de ellos, sus hermanos o vecinos. Régimen de visita, infancias destrozadas, droga barata, fierros, sangre, tumba, humillaciones, abusos, encierro y a la calle de nuevo. A veces me cuesta entender por qué la tasa delictiva es tan baja. Tal vez porque estas historias de vida tienen un lado luminoso: el amor de la familia, los amigos, el barrio y las redes comunitarias, vestigios de una humanidad que resiste pese a todo. Con esa reserva de amor nuestros compañeros logran soportar el dolor sin dañar al prójimo. La dimensión de su estoicismo es difícil de entender para quien no haya sufrido tanto ni hecho el mínimo esfuerzo de ponerse en sus zapatos.

Me negué por un tiempo a ir a los penales. ¿Qué podía hacer ahí? Era como ir a un lugar donde el sufrimiento es infinitamente peor que en un barrio o una comunidad campesina, y las posibilidades de organizarse en forma comunitaria son prácticamente nulas. No quería ir, dar mi charla y salir dejando la falsa expectativa de que mi presencia podía mejorar algo. Era el último subsuelo del edificio social, el fondo hediondo del relleno sanitario, ambientado especialmente para los residuos peligrosos.

Al menos en esta parte del mundo, nadie desconoce que la palabra «reinserción» es una ficción barata. La cárcel es un basural. Nadie se

reeduca, nadie se recicla, nadie sale mejor de lo que entró. El sistema penitenciario expresa el sadismo y la hipocresía de nuestra civilización pero también, sutilmente, trae los ecos lejanos del proyecto humanista que alguna vez permitió abolir los tormentos, mutilaciones y descuartizamientos del antiguo régimen feudal.

Finalmente, la insistencia de algunos liberados que se habían convertido en mis compañeros me llevó al penal de Devoto. Mi credencial de abogado me permitió sortear con facilidad el dispositivo de seguridad, aunque pude ver cómo revisaban la comida que las mujeres llevaban a sus hijos y esposos. Abrían los sánguches preparados con amor y los cerraban con desprecio. Le impidieron el paso a una mujer que venía desde Florencio Varela porque llevaba una musculosa. Por algún motivo incomprensible, el reglamento interno lo prohibía. Una compañera le prestó una remera y pudo pasar. Dejamos los celulares en un locker y pasamos tres o cuatro compuertas que parecían decir: «abandonad toda esperanza aquellos que entráis aquí», como el dintel de la puerta de la ciudad del llanto que retrata el poeta. Luego, el olor a metal oxidado mezclado con humedad, la fría mirada de los guardiacárceles, algunos gritos que llegaban desde lejos. Todo era horrible. Una tumba.

Entramos a la zona del centro universitario, una isla dentro del penal. Antes de llegar al aula me agarró un preso que me conocía de nombre, de haberme visto en alguna foto o no sé por qué, pero me conocía. Me mostró el *habeas corpus* que había redactado. Muy bien redactado, por cierto. Me dijo que presentaba uno por semana. Que los volvía locos con los *habeas corpus*. Y no pude pensar en la ironía de que allá, en ese infierno, se siguiera respetando, al menos formalmente, ese recurso que los nobles normandos le arrancaran a Juan Sin Tierra en el siglo XII, y que luego la burguesía inglesa le institucionalizaría en el ocaso del régimen feudal, en el siglo XVII.

Se trata, ni más ni menos, que el derecho a la integridad personal. Ese acto emancipador de la más prospera burguesía del mundo preparó las condiciones para la Revolución Gloriosa, con su Declaración de Derechos. Eran los primeros pasos de la formación de los estados democrático-burgueses y el desarrollo político del movimiento humanista prefigurado por Erasmo de Rotterdam, Tomás Moro o Leonardo Da Vinci.

Las cárceles son una expresión gráfica de la creciente disociación entre la racionalidad ética del humanismo y la racionalidad funcional del capitalismo tecnocrático, un producto de la bipolaridad crónica de la cultura contemporánea que hace cada vez más inestable el sistema. Para el sistema estas personas son disfuncionales, improductivas y peligrosas. No contribuyen al proceso de acumulación. Lo más práctico sería matarlas. Sin embargo, no se las puede matar porque aún subsisten los principios éticos del humanismo en la legislación y las instituciones. El derecho establece

que se las debe respetar en su dignidad y reeducar para la reinserción social. Sabemos que es mentira, sabemos que nadie está dedicando esfuerzos reales a ese propósito, sabemos que no hay un destino para ellos en el mercado, sabemos que van a salir peor que como entraron, pero así y todo el *habeas corpus* se tramita.

Cuando entré al aula me esperaba un montón de personas. Tenía que dar una charla sobre economía popular y las posibilidades de interacción entre el Movimiento y los talleres laborales de los penales. El tiempo pasó volando y conversamos un montón de cosas. Esos pibes tenían sed de conocimiento. Yo pregunté mucho también. ¿Por qué piensan que no se ponen escáneres? Varios respondieron básicamente que la razón era que los escáneres destruirían el comercio de drogas que se desarrolla dentro de las cárceles. Un mercado cautivo. Cuando pregunté qué porcentaje de consumo había adentro, un compañero dijo: «101%». Todos se rieron. Otro dijo: «pero es así; si no, no aguantás».

También comentaban que si se pusieran escáneres sería difícil ingresar celulares, prohibidos en los penales. Las cárceles están llenas de celulares. Es un dato de la realidad. Y es algo bueno. Los famosos secuestros virtuales son un fenómeno extremadamente inusual. El resto de los reclusos, lo usa para hablar con su familia. La prohibición de este humano acto de vinculación familiar derivó en un gran quiosco para los penitenciarios: la venta de tarjetas de celular. Que fácil sería pensar un sistema de comunicación entre los internos y sus familias. Pero afuera, nadie con el status social suficiente para influir en la compra de un escáner carcelario se preocupa por la suerte de los zombis enjaulados ni de su salud; ni si consumen droga o usan celulares. Tampoco se preocupan mucho por los orcos que los custodian.

Las estadísticas muestran la composición socioeconómica de la población penitenciaria con una claridad empírica que deja poco margen para rechazar por ideológica la hipótesis de la selectividad del sistema penal. Las cárceles argentinas, territorio de los pobres, con un sesenta por ciento de presos sin condena, lo demuestran. Casi todo preso es un preso económico, un preso de la bancarrota ética de la polis y su estratificación clasista. «La Ley, en su magnífica ecuanimidad, prohíbe, tanto al rico como al pobre, dormir bajo los puentes, mendigar por las calles y robar pan», decía Anatole France. Esta contradicción entre la igualdad formal y la desigualdad real sigue vigente, se agranda cada día y pone en crisis la civilización burguesa.

Allá están, bajo la custodia de una oscura estructura que debe hacer como si respetara sus derechos. Tienen que comer, recibir atención médica; tienen derecho al trabajo productivo y remunerado. Eso está en las leyes y tratados internacionales como el de Ginebra. Hacerlo operativo implica disponer de recursos que deben ser recaudados entre los

ciudadanos y administrados por las instituciones estatales. Son las contradicciones de la sociedad individualista y cruel que, sin embargo, aporta para que sus enemigos declarados, su masa marginal, su descarte social, sigan viviendo.

Foucault diferenciaba entre el poder soberano que *hace morir o deja vivir*, y un poder administrador *que hace vivir o deja morir*. Hacer vivir cuesta caro.

Residuos transfronterizos

1988. La Unión Soviética entraba en una crisis terminal. Ronald Reagan financiaba los Contras para destruir la revolución sandinista en Nicaragua. El mundo unipolar se preparaba para nacer y enfrentar los problemas del nuevo orden. En ese contexto, se firmó el Convenio de Basilea para lidiar a escala internacional con la «generación, movimientos y gestión» de los residuos peligrosos.

La superproductividad del capitalismo generaba millones de toneladas diarias de basura. Los residuos se acumulaban en todo el planeta, los movimientos transfronterizos eran totalmente caóticos y cada estado gestionaba el tema como se le ocurría. El Imperio debía poner orden. Con la firma del convenio, no cesaron los abusos de los países ricos que exportaban sus desechos a los pobres. No se resolvió el problema de la emisión de residuos peligrosos, no se abordó la cuestión de los residuos gaseosos que no respetan fronteras, no decreció la monstruosa isla de plástico del Océano Pacífico, pero se establecieron algunas pautas generales para lidiar con la superabundancia de residuos, efecto colateral del reino global de la abundancia.

En 2017 viajé a Modesto, California por un encuentro de movimientos populares norteamericanos. Es una ciudad pequeña, que duplicó su población en los últimos años como consecuencia de la migración ilegal que desde México llevó un poco de su alegría a ese paraje deprimente.

Allí, entre trabajadoras migrantes, indocumentados, *dreamers*, ex convictos, obreros agrícolas, cooperativistas, jóvenes negros de los barrios pobres, *homeless* organizados, curas y pastoras evangélicas, aprendimos otra faceta de la contradicción entre el viejo humanismo y el nuevo capitalismo. Eran los primeros meses de la administración Trump y el tema principal era la situación de los migrantes.

Para los occidentales bienpensantes, Trump es poco menos que Hitler. Barack Obama, el primer presidente negro, simpático, políticamente correcto, amigo de la prensa libre, que se mostraba más tolerante y abierto, nos caía mucho mejor. El triunfo electoral de Trump estuvo muy

asociado a un discurso de una xenofobia rudimentaria que conectó con los miedos de las mayorías silenciosas. Aprovechó los nuevos canales de comunicación que permiten segmentar al electorado y distribuir propaganda política «incorrecta».

Trump hizo de esto un eje de campaña prometiendo mano dura con los migrantes, asumiendo la defensa de la clase obrera blanca y reafirmando la identidad norteamericana amenazada por el aluvión migratorio. Su lema, *America First*, también suponía priorizar la agenda popular doméstica sobre las múltiples, abstractas y costosas actividades del *softpower* norteamericano en el exterior.

Durante el encuentro de Modesto, escuchamos historias de vida, dolor y opresión padecidas por los migrantes. Todas se ubicaban cronológicamente antes de la asunción de Trump. La nueva línea discursiva oficializaba lo que venía sucediendo en la vida amarga del migrante apenas edulcorado por un humanismo meramente retórico.

Los expertos en temas migratorios explicaban que las deportaciones durante el primer año de Trump habían sido menores que las del último año de Obama. Las angustias de los sin papeles habían aumentado considerablemente, los agentes del servicio de inmigración y control de aduanas tenían una actitud más agresiva y desfachatada. La cotidianeidad del migrante había empeorado como consecuencia de este nuevo clima de época, pero la lógica estructural del problema seguía siendo similar.

Tanto el discurso de Obama como el de Trump tenían más valor como propaganda electoral que como propuesta política para lidiar con el tráfico transfronterizo de residuos humanos. Ninguno de los dos resolvía la crisis migratoria, ni de una ni de otra forma. Ninguno de los dos podría hacerlo. Expulsarlos masivamente e integrarlos definitivamente eran alternativas fuera de las posibilidades físicas y morales del sistema socioeconómico imperante.

El tratamiento de los migrantes en Europa cae bajo el peso de las mismas contradicciones. La política migratoria europea es responsable directa de miles de muertes cada año aunque sea humanista de palabra. Deja morir en la tierra. Deja morir en el mar. El Mediterráneo es una tumba que alberga a los muertos del sistema migratorio europeo.

Hace unos días, mientras corregía este texto, me llegó la noticia de que el único barco de rescatistas voluntarios, el buque *Open Arms*, había sido detenido en Italia por salvarle la vida a 216 migrantes libios bajo cargos de delito de ayuda a la inmigración ilegal. Libios que huyen de un país destrozado por la intervención internacional liderada por las tropas enviadas por una extasiada Hillary Clinton y continuada por «rebeldes» entrenados, paradójicamente, por expertos italianos.

Europa, aun así, es incapaz de contener las masas africanas y asiáticas que entran por todos los poros. El reclamo de muros y mano dura crece al

mismo ritmo que los ingresos ilegales y las muertes. Lo que no crece es la solidaridad. Hasta se considera progresista que algunos Estados seleccionen mediante una serie de pruebas y entrevistas personales a los que permitirán el ingreso al paraíso occidental. El casting se hace en los campos de refugiados como si los migrantes estuvieran participando de un *reality show* competitivo o fuesen postulantes del *proceso* para poder emigrar a las comodidades de *Alta Mar* y salir de la carestía del continente en la miniserie brasilera donde sólo un 3% de la sociedad puede escapar de la miseria.

Al mismo tiempo, se acumula la bronca en las periferias europeas, donde nacieron los hijos y nietos de la anterior generación de migrantes, que llegaron a cubrir con su sangre los puestos de trabajo que rechazaba la Europa refinada y su población envejecida, los que operaron las fábricas automotrices francesas y limpiaron los inodoros alemanes.

Los recién llegados se organizan en pequeñas células de vendedores ambulantes. Negros o morenos furtivean en cada esquina de Londres, Roma, París, Berlín, gastando suelas para ganarse el pan y molestando con su mera presencia a los ciudadanos europeos que ven diluir su estilo de vida en un multiculturalismo forzado.

Los defensores razonables, moderados y discursivamente humanistas del *statu quo* capitalista tienen cada vez menos margen para expresar sus buenos sentimientos. Los oportunistas que explotan los miedos de una identidad amenazada hoy están en alza. Pronto mostrarán también su impotencia para cumplir sus promesas.

¿Por qué el viejo humanismo está en baja? Porque se ha vuelto hipócrita. No enamora ni resuelve. Recuerdo que en Modesto me impresionó particularmente el discurso de un obispo norteamericano. Fue apasionado en su defensa de los migrantes y los pobres. Planteó la necesidad de reforzar las ciudades santuario y ser disruptivo en la promoción de los excluidos, incluso a costa de sufrir consecuencias legales. Lo decía con absoluta convicción.

Unas horas después, se me acercó una chica negra que trabajaba con los sin techo de su diócesis. Me contó que frente a la Catedral de San Francisco habían colocado rociadores que lanzaban agua cada quince minutos para sacar del lugar a unas treinta personas que dormían en las puertas cada noche. Cuando unos pocos feligreses protestaron por esta aberración y el escándalo llegó a la prensa, el obispado se justificó diciendo que había copiado el mismo modelo que usaban en el distrito financiero, y que dejar que las personas durmieran en la puerta de una iglesia no iba a resolver el problema de la pobreza.

Los rociadores finalmente fueron removidos, y los *homeless* hoy se pelean por un lugar en la puerta de la iglesia. Todas las santas intenciones de unos y otro lado quedaron en una nebulosa de reacciones defensivas,

indignación elegante, crueldad espasmódica, solidaridad aislada, indiferencias cotidianas y una evidente incapacidad de proyectar alternativas integrales.

Esta parálisis se reproduce en todas las emanaciones del sistema que atraviesan las fronteras nacionales: la desigualdad, el cambio climático, la violencia, el desempleo, las migraciones. Estamos en un punto muerto que no conforma a nadie. Tanto el mercado capitalista como los problemas que genera son globales, pero la autoridad política formal sólo funciona a escala nacional y por lo tanto, sólo puede ofrecer respuestas defensivas. Sólo el mercado tiene jurisdicción y competencia global.

La insatisfacción y el pesimismo, por ahora pasivos e indiferentes, se han generalizado. Los que intentan conservar los valores básicos de solidaridad y justicia suenan cada vez más hipócritas e inviables. En cambio, quienes plantean sostener la sociedad capitalista a cambio de destruir todas las conquistas cívicas, políticas, sociales, culturales y económicas del viejo humanismo suenan cada vez más creíbles y viables. La contradicción entre el capitalismo nuevo que avanza y el humanismo viejo que resiste está en el corazón de la crisis actual. Es, de alguna forma, una contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, entre la realidad histórica que se impone con la fuerza de los acontecimientos y las formas sociales perimidas en las que hemos vivido durante las últimas décadas.

La alfombra debajo de la cual se escondían estas contradicciones se quedó corta. Los rellenos sanitarios colapsan. Los incineradores no alcanzan. Los métodos tradicionales para gestionar los residuos peligrosos no funcionan.

Personal de Higiene y Seguridad

Entre otras obligaciones, los Estados firmantes del Convenio de Basilea deben «velar por que las personas que participen en el manejo de los desechos peligrosos y otros desechos dentro de ella adopten las medidas necesarias para impedir que ese manejo dé lugar a una contaminación y, en caso de que se produzca ésta, para reducir al mínimo sus consecuencias».

Es interesante que el Convenio no diga nada de la vida de los agentes que resguardan la higiene y la seguridad de la civilización. Policías, gendarmes, agentes migratorios, penitenciarios. Al sistema, mientras contengan adecuadamente la peligrosidad de los residuos, poco les importan. Ellos también son un poco basura.

El personal asignado al tratamiento de los residuos (de todos: incluidos

los sociales) vive una situación dramática. A los carceleros, por ejemplo, nadie los quiere ni cerca. Huelen mal y son «radiactivos». En una sociedad donde cada cual eligiese su trabajo en relación a sus inclinaciones personales, donde el trabajo estuviera disociado de la remuneración o el reconocimiento social, los integrantes del servicio penitenciario sólo podrían ser santos o demonios, personas de una extrema bondad o de un inmenso sadismo. Pero en las cárceles de la realidad trabajan personas que buscaban un empleo y no pudieron encontrar otro mejor.

Los hombres y mujeres del servicio penitenciario saben que no tienen esperanzas de obtener una buena remuneración. Nunca serán objeto de reconocimiento alguno. La suerte de estos intermediarios es casi tan intrascendente como la de los propios presos. Se distinguen de éstos por el uniforme y el derecho a portar una cachiporra. Hace poco conocí en La Cava, la villa más grande de San Isidro, a un agente del servicio penitenciario bonaerense de los llamados «preseros». Es esposo de una dirigente barrial. Uno que sería un ángel. Grandote, bondadoso, solidario. Se metió al servicio a partir de su participación en la pastoral carcelaria. Quería cumplir esa vocación que instruye Jesús cuando enseña que uno de los parámetros del Juicio Final es: «estuve preso y me visitaste». Ahora es un presero. Presero le dicen al que trata bien a los internos, no los golpea, no les vende droga, los lleva al médico cuando se enferman y a los talleres laborales cuando les corresponde. Son los parias del servicio. La pasan peor que los presos.

El Servicio Penitenciario es un organismo oscuro y despótico que gestiona esa porción humana de los residuos del capitalismo. Las cárceles están lejos de los centros de irradiación civilizatoria, lejos de las cámaras y del reino formal de la ley. Son cápsulas, un microcosmos endogámico con sus propias reglas, códigos y mecanismos. Allí se tejen alianzas, se producen enfrentamientos, se engendran mutaciones sociales desconocidas para el afuera. Existe una suerte de autogobierno que, sin embargo, no es autárquico. La economía carcelaria es 100% dependiente del exterior. Funcionalmente, son gastos de higiene y seguridad. Formalmente, son gastos de reinserción. Y en esta brecha entre lo formal y lo real se filtra la humanidad que resiste aun en las peores condiciones, «operando dentro de una compleja y delicada polaridad de fuerzas en su propio contexto» (8).

El Ente de Cooperación Penitenciario es el organismo coordinador de los talleres laborales a los que tienen derecho los presos. Una cueva dentro de otra. Está comandado por una logia de oficiales del servicio penitenciario que son los principales beneficiarios de su existencia. Así y todo, los presos lo defienden con la vida. Aquí opera la primera paradoja de los basurales. Una dialéctica subliminal, invisible a los ojos del turista social. De los fondos malversados por el EnCoPe algo filtra para abajo y esa filtración es agua vital para los presos. Así de fea es la cosa. La

necesidad de recursos económicos para los talleres laborales pone objetivamente del mismo lado del mostrador a penitenciarios y presos. Existe una lógica de derrame que de alguna manera funciona, por más fraudulenta que sea la administración del EnCoPe. Si aumenta el presupuesto para los talleres, a los presos algo les llega.

Comprender el entramado de relaciones sociales que operan en los volquetes existenciales es un asunto de máxima importancia política en nuestros tiempos, una obligación para todos los que luchamos por el cambio social. Una vez que se asume que vivimos en una civilización de descarte, debemos comprender cómo funcionan los subsistemas de los descartados. Los territorios marginales, periféricos, residuales tienen una lógica que desafía el pensamiento superficial y las traspolaciones fáciles. Los mecanismos de intermediación y representación, las resistencias y disputas, las alianzas y rupturas, operan con una lógica propia de su contexto.

Esos mismos hombres ejercen sobre los presos una dominación que casi siempre excede los límites legales, que puede adoptar niveles de crueldad altísimos, tienen con su opuesto dialéctico intereses contradictorios hacia adentro pero, muchas veces, convergentes hacia afuera. Son intereses encapsulados, un corte vertical en el entramado social. En cambio, entre el más comprometido de los especialistas de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos y los presos concretos del Complejo Penitenciario de Marcos Paz hay sólo intereses diferentes, dimensiones distintas. Nada los une. Los penitenciarios, al estar inmersos en el mismo infierno que los presos, sienten el calor en su propia piel y se beneficiarán si colocan un ventilador industrial para soportar las temperaturas del verano. Del climatizador del que goza un sesudo especialista belga en derecho internacional en su oficina suiza del *Palais des Nations* no llega a Devoto ni una ráfaga de aire fresco.

Si hoy se disolviera el EnCoPe habría un motín sangriento del que sólo conoceríamos detalles amarillos. Nada se diría de las causas estructurales o del microcosmos carcelario. Nadie explicaría qué es el peculio o el fondo de reserva. Si el gobierno argentino se retira de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, habría una civilizada marcha de porteños indignados y una infinidad de artículos de opinión. Las marchas civilizadas son aceptables pero a ningún gobierno le gustan los motines. Alarman. Generan una sensación de descontrol. Ponen en crisis la autoridad y la capacidad de contención del sistema. Por eso, aunque se lo reprime brutalmente, luego de la represión surgen concesiones subterráneas para que no se repita. No hay pizca de humanidad en esto. Se abre el puño que se usó para golpear y se dejan caer algunas migajas.

La administración del descarte social, como todo en el sistema capitalista, es una mercancía que obtiene su precio a partir de un

entramado pluricausal de factores. La peligrosidad y el volumen del residuo son factores importantes.

Los intermediarios

Existen agentes intermedios que operan como correa de transmisión entre las metrópolis globales y las periferias existenciales. Para usar una tipología propuesta por Francisco, podemos decir que son de dos tipos: mediadores e intermediarios. Ambos tienen un inmenso poder sobre la vida de los excluidos.

Los intermediarios conforman microdespotismos que germinan en los intersticios del sistema, controlan el comercio entre ambos lados del muro y siempre exigen una comisión por su labor. Su trabajo es mantener inodorizada la sociedad conteniendo a los seres del basural para que no haya fugas. Nadie quiere enterarse muy bien cómo lo hacen, cómo administran los flujos comerciales, cómo aplican los subsidios que bajan desde la metrópoli, cómo administran las dosis de contención y represión, clonazepam y bastón. En la medida que la calma no sea perturbada y el olor no se sienta, problema de ellos. Que se maten, nomás.

Cuando las acciones deshumanizadas de los intermediarios emergen, se pone de manifiesto la bancarrota moral de nuestra sociedad. La olla se destapa, en general, por conflictos de interés entre facciones rivales de intermediarios, o porque los intermediarios se han puesto demasiado ambiciosos para sus patrones. Menos a menudo, lo que destapa las ollas son las luchas populares y los procesos de cambio. En tales ocasiones los intermediarios son blanco fácil de las buenas conciencias, de la sensibilidad moral de aquellos que no quieren acercarse ni a un milímetro de este infierno. Estallan como fusibles. Pero a los fusibles se los reemplaza fácil y el circuito continúa funcionando, y reforzado.

Una lógica similar a la carcelaria opera en las misiones humanitarias internacionales. Mientas escribo estas líneas, estalla en Inglaterra un escándalo de proporciones que involucra a la ONG Oxfam, citada abundantemente aquí. Se destapó una olla putrefacta. Muchos de sus empleados, enviados a los países más devastados en misiones comandadas por la civilización devastadora, han sucumbido a la lógica despótica de quienes ejercen un poder absoluto sobre otros seres humanos.

Los abusos sexuales, los casos de estupros y malversación de fondos de quienes están allí para maquillar la injusticia social con acciones aisladas de humanitarismo indignan a las buenas conciencias que reclaman la suspensión de las subvenciones estatales. Personas que desconocían la existencia de un país llamado Haití estallan de indignación. No se

cuestiona ni la injusticia estructural del sistema, ni la sujeción imperialista que sometió a Haití a la más extrema pobreza, ni siquiera las desviaciones individuales de tal o cual criminal.

El contribuyente había pagado por humanidad y le devolvieron inmoralidad. Se sienten estafados. La hipocresía moral de los falsos humanistas despierta además un sentimiento de alivio entre los egoístas declarados, los indiferentes asumidos y los incineradores militantes: ¡los que se dicen solidarios son peores que nosotros!

El humanismo hipócrita, la civilización indiferente, rechaza la incineración humana pero para interactuar con sus residuos, apenas se acerca a los umbrales del basural. Nunca pasa la puerta. Nunca se interna. Negocia un determinado canon por la gestión de residuos con los intermediarios y le pone un cartel verde.

Mientras tanto, del otro lado, se desarrolla, silenciosa, una lucha encarnizada. Quién manda y de qué modo se vive en los márgenes. El despotismo de los intermediarios, a la larga o a la corta, genera resistencias. Surgen así formas de representación de la clase peligrosa. En penales federales como Devoto o los de La Plata, la arbitrariedad del EnCoPe en la administración de los recursos destinados a los talleres laborales era alevosa. Abusos, amiguismo, corrupción y las peores formas de explotación eran el pan de cada día de trabajo carcelario.

Sin embargo, la conciencia de los internos fue despertando lentamente en el propio proceso de trabajo. El trabajo, aun en las peores condiciones, lleva un germen de dignidad que permite el desarrollo de la conciencia y la lucha. Por eso, la privación del trabajo es tan desmoralizante para los pueblos y constituye la peor forma de pobreza. Entre los presos-trabajadores, este proceso fue catalizado por la militancia comprometida de muchos educadores de los Centros Universitarios que existen en algunos penales. La combinación de estos elementos produjo una reacción química inesperada: una representación proto-sindical de los presos-empleados.

Los presos querían discutir sobre quién y cómo manejaban los recursos que el EnCoPe obtenía *por* ellos y que los intermediarios debían administrar *para* ellos. Así fue que los presos crearon… ¡un sindicato de presos! Y el Sindicato, aun en condiciones totalmente adversa, fue desplazando el contubernio mafioso entre penitenciarios y los llamados «porongas» de pabellón, lo que reemplazó la intermediación por la representación.

Las cárceles son un negocio no menor. En EE.UU., por ejemplo, manejan 80.000 millones de dólares al año, los que se reparten entre unos pocos contratistas y varias prisiones privatizadas. En Argentina el mercado es más chico pero, en promedio, el costo por preso en un penal es de aproximadamente 100.000 pesos mensuales. Se imaginará el lector que no es precisamente por falta de presupuesto que los presos no tienen talleres

de oficio y viven extremadamente hacinados.

El dinero se esfuma en contrataciones espurias. La financiación para el EnCoPe no sólo era administrada de manera fraudulenta sino que, además, era muy escasa. Los trabajadores presos sindicalizados disputaban, en una alianza tácita y nunca reconocida *con* el EnCoPe, el quantum, es decir la ampliación de los recursos para garantizar el derecho al trabajo de los presos. Al mismo tiempo, disputaba *contra* el EnCoPe *quién* y *de qué modo* realizaba la administración concreta de los talleres laborales.

Enormes mejoras surgieron de estas luchas, y una gran cantidad de presos tuvieron acceso a la capacitación gracias a los reclamos del sindicato. Se obtuvieron más recursos y se limitó la arbitrariedad en su aplicación. Las horas de trabajo se repartieron de acuerdo a criterios preestablecidos, los familiares fueron tratados con mayor dignidad y los salarios pasaron a cobrarse a través de una cuenta bancaria a nombre de un familiar directo.

Sin embargo, a los pocos meses, los chisporroteos de estas batallas hicieron sonar la alarma. Los penitenciarios sacaron sus propios trapitos sucios, que hasta entonces se lavaban en casa, porque estaban perdiendo el control despótico que ejercían hasta entonces. Como era previsible, todos los cañones apuntaron contra los presos organizados y los educadores de los Centros Universitarios.

La respuesta del sistema fue castigar a varios *preseros* y destituir a los funcionarios que apoyaban el proceso. La corrupción estructural del EnCoPe quedó afuera de la discusión. El sistema necesita intermediarios. Son un costo, cobran una comisión, son despreciables y corruptos, pero son más estables y en última instancia, son suyos (del sistema) y se los puede reemplazar fácilmente.

Los mediadores

Pese a todo, el sindicato de los presos resistió casi en la clandestinidad. Bajo su influjo, se produjo una alianza entre sus afiliados dentro de la cárcel y el Movimiento. El objetivo era que los internos, una vez liberados, tuvieran un puesto de trabajo en la economía popular. Es evidente que alguien que sale de un penal y no tiene una tabla de la que aferrarse en el afuera, volverá a hundirse en el delito. Costó demostrar esta obviedad a los funcionarios civiles a cargo del tema pero finalmente logramos institucionalizar este vínculo. Como veremos más adelante, los resultados son una demostración empírica de la cruel, costosa y estúpida irracionalidad del sistema de descarte.

Es fundamental tener presente el rol de los catalizadores, de esos

hombres y mujeres que bajan hasta el subsuelo a enfrentar el sistema de descarte en su propia cancha. La intervención externa, militante, política y moralmente orientada, es absolutamente necesaria para que la reacción química se produzca y emerja una representación capaz de disputar el despotismo que domina las periferias.

Estos jóvenes comprometidos, muchos de la pastoral carcelaria, otros con ideas de izquierda, se metieron hasta el cuello en el barro al que nadie quiere ni acercarse. No se quedaron en la puerta. Cruzaron los umbrales y trabajaron silenciosamente, con espíritu de servicio, practicando un verdadero humanismo, despojado y visceral, que toca las llagas de nuestra sociedad. Héroes anónimos de nuestro tiempo que ni siquiera pueden gozar del respeto que solían despertar las personas altruistas antaño.

Este sistema reacciona automáticamente colocando un manto de sospechas a los que practican la contracultura de la solidaridad. En una sociedad anestesiada, insensibilizada, que naturaliza el descarte humano, donde se susurra «hay que matarlos a todos», donde las pulsiones incineratorias están latentes, la existencia de esta resistencia humanista escandaliza, ofende y confunde porque no mendiga piedad sino que reclama justicia, reivindica los derechos inalienables de cualquier ser humano y denuncia que existen causas estructurales detrás del delito. Es una verdadera afrenta al individualismo institucionalizado que golpea como una humillante bofetada la conciencia aislada burguesa. Y la burguesía no pone la otra mejilla.

Muchos presos, una vez completado el secundario, estudian Derecho. En esas clases que se dictan entre las rejas del pabellón se rompe la regla de hierro que comprobé en más de diez años de docencia en la vanidosa Universidad de Buenos Aires. Es que, aunque desde el ventanal de mi aula se ve el ladrillo sin revoque de la Villa 31, nunca tuve en el aula un solo pibe de la Villa 31. La composición de clase de la matrícula universitaria es inversamente proporcional a la de la población carcelaria. Los pobres no pisan las universidades y los ricos no pisan las cárceles.

En el Centro Universitario se subvierte esta situación y la educación superior deja de ser un privilegio de clase. Forma cuadros orgánicos para la lucha de los marginados. Empodera a los excluidos. Engendra liderazgos positivos. Construye representantes. Convierte la intermediación en mediación. Así, se transforma en movimiento y se convierte en una amenaza para las estructuras injustas.

Cualquier representación que permita una mediación entre los sectores populares excluidos y los centros de poder político-económico de la sociedad pone de manifiesto la contradicción entre la ética humanista que proclama y las condiciones reales que produce, entre la democracia formal y el despotismo real. Cuando estas contradicciones se agudizan, el humanismo fariseo se bandea y ataca los procesos de empoderamiento

popular como si fueran atentados contra la democracia porque cuestionan sus instituciones formales.

El humanismo consecuente sufre bajo el azote de una sociedad irritada, azuzada por la burguesía asustada, y debe colocarse a la defensiva. Comienzan a cuestionarse sus más elementales principios, como el derecho a la vida. El cerco de lo políticamente correcto se ensancha hacia la derecha hasta posiciones antes marginadas y el rumor cruel comienza a encontrar a quienes se atreven a decir a cara descubierta: «hay que matarlos a todos».

Licántropos herbívoros

Derqui, oeste del conurbano bonaerense. Estábamos conversando en una ronda, sin luz, al aire libre, bajo la luna, tomando mate. Había unos sesenta «topos», trabajadores de una cooperativa de liberados. Los topos son hombres que salieron de ese infierno de coacción, abusos y hacinamiento. El nombre de la cooperativa que los agrupa tiene su origen en las obras de zanjeo que consiguieron como primer trabajo. Nada que ver con el personaje a través del cual Karl Marx representa la paciencia revolucionaria. Sin embargo, alguien les regaló un cartel que lo cita («Bien has cavado, viejo topo») y que cuelga de una pared de su pequeña sede. Queda muy bien.

No era la primera vez que participaba de una reunión con pibes bravos en un barrio complicado, pero allá había otra energía. Había corrido sangre por esas manos, y me admiré de cómo una compañera nuestra, jovencita, de clase media, hablaba como si estuviera en un boliche con sus amigas. Aunque intentaba imitar su aplomo, mi organismo estaba en alerta. Los ojos que me miraban traían desde algún lugar lejano una expresión alarmante y algunos llevaban la marca de la locura.

Ninguno se destacaba por un físico imponente, musculoso, al estilo de los presos de las películas norteamericanas que pasan horas en los gimnasios de las cárceles. Ninguno tenía pinta de ladrón de antología. Más bien eran huesudos, bajitos y desgarbados, algunos parecían niños. Sin embargo, eran hombres-lobo, y emanaban peligro.

Estos hombres-lobo, capaces de rifar la vida por una presa, habían decidido hacerse herbívoros y no precisamente por miedo. Ninguno tenía miedo ni a matar ni a morir. Simplemente, habían decidido cambiar su forma de vivir. Querían ser trabajadores y sentían orgullo de serlo. Una manada que había encontrado un nuevo sentido en la vida a partir de la mística del trabajo. La organización, la producción y la lucha social era «robar más que puta guita».

El Estado, justamente más ciego que un topo, les negaba la matrícula como cooperativa por una ridícula regulación que excluía a los condenados como integrantes del consejo de administración. Después de varios meses, cuando se integraron al Movimiento, salimos a reclamar al organismo responsable. Los topos llegaron con sus familias, redoblantes, cantos y banderas. Eran doscientos y la protesta se había convertido en fiesta y grito de dignidad.

Varias horas bajo el sol de marzo hicieron sonar los bombos hasta que fueron recibidos. Con enorme humildad, un relato conmovedor y fuertes argumentos filosóficos, dirigentes como «El Araña» dieron elementos suficientes al funcionario de turno para que comprendieran la justicia del reclamo. De paso, se sacaba de encima esa turba. A los pocos días, los topos tenían su matrícula y pudieron obtener más obras para incorporar a otros muchachos recién salidos de la tumba.

Aunque los hombres-lobo generaban temor a su paso, de a poco algunos observadores lúcidos comenzaron a reconocer que la cosa tenía sus ventajas. Cuando se comprobó que los niveles de reincidencia en el grupo eran prácticamente nulos, aparecieron artículos favorables en los grandes medios de comunicación. Invariablemente invisibilizaban el proceso político-organizativo por el que se constituyó la cooperativa, pero al menos valoraban la experiencia como una fórmula para resolver un problema de seguridad pública. La experiencia de los topos permitía el ejercicio de los derechos humanos de aquellos que eran, literalmente, «condenados de la tierra». Eso podía ser desagradable en sí mismo, pero si permitía bajar su peligrosidad en beneficio de los integrados, la concesión humanista se justificaba. Mientras no se hablara del Movimiento, del poder popular, de la representación propia de los excluidos, los topos podían ser tratados con el debido respeto en su condición de trabajadores.

Según el sociólogo norteamericano Robert Merton, las conductas delictivas aumentan en proporción a la brecha entre los fines culturalmente impuestos y los medios institucionalizados para alcanzarlos. La sociedad globalizada tiende a una violencia creciente porque la exclusión es un fenómeno paradójico: elimina los medios de subsistencia (el empleo) pero refuerza las metas materiales (el consumismo).

Este sistema programa nuestras mentes con determinados patrones de consumo artificiales sin darles a las grandes masas más que lo suficiente para satisfacer sus necesidades vitales. Es una falla en el código de la Mátrix que genera crecientes niveles de violencia e inestabilidad. La fuerza de trabajo, única mercancía que el proletariado podría vender legalmente al precio de su reproducción moral y material, no tiene demanda como producto de la economía tecnocrática.

Esta dinámica social es la que llevó a los topos a la cárcel. La economía popular emerge como resistencia frente a esta exclusión avasallante que

condena a crecientes masas humanas a la ilegalidad y la muerte. De a poco, en el trabajo, la organización y la lucha, va adquiriendo conciencia sindical y política.

Los topos realizan ahora obras de infraestructura y mejoramiento barrial en varios distritos de la provincia de Buenos Aires. En este momento (abril del 2018) están colocándole tanques de agua a 450 familias de una villa en José León Suárez. Van hasta tipos de la ONU a sacarse fotos con ellos.

La rama femenina, las topas, se dedican principalmente al reciclado. Esta experiencia tiene las características más importantes de los procesos de organización comunitaria que van dando forma a la nueva epopeya social de nuestro tiempo: la recuperación del descarte humano y la superación del capitalismo de exclusión. Aunque el día de mañana su camino se trunque, aunque se pierda esta batalla, aunque este batallón se rinda, deserte o traicione la causa que le dio origen, su mera existencia constituye un avance en la marcha hacia una nueva sociedad en la que ningún ser humano sea descartado.

En el hemisferio occidental, durante el siglo XX, a partir de las luchas del movimiento obrero, los sectores populares encontraron en el empleo asalariado estable, el seguro social y el acceso a la educación pública una perspectiva institucionalizada de bienestar y movilidad social ascendente. Ese proyecto de integración nacional-popular ya no existe. En el siglo XXI, los movimientos populares son la última alternativa frente al narcotráfico, el crimen organizado y el exterminio social. Los topos no se integraron a las tropas de la economía ilegal que este sistema reserva a los excluidos. Tampoco encontraron medios legales para integrarse a la sociedad de consumo. Más bien se inventaron el trabajo para subsistir pero, sobre todo, cambiaron sus metas. Los lobos cambiaron de dieta.

Economía popular

La clave de este proceso está en la recuperación del trabajo como eje ordenador de la vida, tanto en su dimensión objetiva (medio de existencia) como subjetiva (medio de socialización). Esto implica una reivindicación política de la capacidad productiva de los excluidos y su identidad como trabajadores. El neoliberalismo tecnocrático no sólo destruyó los modelos de pleno empleo. También redujo a nuestros compañeros a la categoría de desocupados, es decir, personas sin ocupación, ociosas, que requieren asistencia. Porque en aquel entonces «trabajo» y «empleo» se consideraban casi sinónimos aunque la sociedad salarial se hacía trizas.

En ese contexto, los excluidos se inventaron su propio trabajo,

recuperando viejos oficios en un heterogéneo conjunto de nuevas actividades, combinando recursos humanos y materiales descartados por el mercado moderno. Esta autoadministración de factores productivos residuales es lo que llamamos economía popular.

La economía popular supone un proceso dialéctico que comienza con una lucha por la subsistencia frente a la privación del medio de vida típico de la clase trabajadora en el capitalismo: la venta de su fuerza de trabajo. El desempleo estructural prolongado es la base material de su desarrollo. Sin embargo, en la producción material de su existencia a través de la autogestión de medios productivos residuales y semiartesanales, nuestros compañeros fueron recuperando su identidad de clase y dignidad como trabajadores, adoptando formas cada vez más colectivas de organización, creando unidades de producción y servicios sociocomunitarios. La subsistencia se transformó en resistencia a partir de la intervención organizadora de esos catalizadores que llamamos militantes.

Nuestra caracterización de economía popular nos permitió sortear algunas de las trampas conceptuales que ofrece la llamada economía social y otras ficciones liberales que desconocen las premisas materiales del emergente social. Desde un principio supimos que era materialmente imposible que nuestras unidades de trabajo llegaran a ser autosuficientes, sustentables y «competitivas» desde el punto de vista capitalista.

Los espacios, las mercancías, las maquinarias, no tienen la entidad suficiente para constituir un capital constante considerable. En contraposición con una empresa capitalista avanzada, en la composición orgánica de una unidad productiva popular predomina la fuerza de trabajo. Nunca creímos que el éxito de este proceso estribase en obtener niveles de «productividad» semejantes a los de una empresa capitalista avanzada. Nuestra productividad es de una naturaleza alternativa, social, cultural y ambiental. Es una productividad humana.

También descartamos la ficción ideológica de la autogestión horizontal que pretendía sustituir la cultura popular realmente existente por un cooperativismo de laboratorio. Está en una fase de resistencia y no pretende mostrar un modelo impoluto de organización comunitaria perfecta, algo inviable en el marco del neoliberalismo cultural imperante.

La gestión de nuestras unidades productivas tiene todas las problemáticas del sector que las desarrolla y de la sociedad en la que se insertan. En una unidad productiva popular existe cierta disciplina en el trabajo pero ordenada en función de las posibilidades, costumbres y necesidades del colectivo que la integra. Existe una racionalidad económica en su funcionamiento, una división del trabajo, una distribución de roles, pero todo ello se produce bajo una tónica distinta a la que Max Weber atribuye a la empresa moderna.

La economía popular se basa en el trabajo independiente de un

colectivo que se organiza sin capital en sentido estricto, con los escasos medios de producción de que dispone, con los recursos que obtiene de su lucha sindical. Se construye desde la cultura del pueblo pobre, con sus luces y sombras. En el caso de los topos, por ejemplo, hay liderazgos fuertes, pero no hay verdugueo. Nadie es una lava-tupper ni un «poronga» como en el pabellón. Los conflictos no se esconden bajo el manto hipócrita del decoro: están a la vista. Hay peleas todo el tiempo, a las piñas cada tanto, pero nadie humilla a nadie, nadie goza ejerciendo el poder sobre el compañero, nadie pretende reducir al otro al rol de adulador obsecuente y si acaso sucede, esta conducta se considera desviada y recibe la reprobación del grupo. La organización no pretende convertir a los pibes en empleados de McDonald's y ninguno quiere ser el empleado del mes.

En el capítulo XXIII de *El Capital*, donde se explica el fenómeno de la desocupación cíclica del sistema capitalista, Marx acuña el concepto de «superpoblación relativa». Allí critica la idea de Thomas Malthus de que existe superpoblación porque la lujuria de los pobres hace que se reproduzcan en mayor proporción que los alimentos. La superpoblación siempre es *relativa* a las necesidades que un modo de producción determinado tiene para desarrollarse. De modo que la superpoblación relativa, en la etapa competitiva del capitalismo que estudió Marx, cumplía la función de *ejército industrial de reserva*.

Esto quiere decir que en los momentos de crecimiento del ciclo económico, existían reservas de fuerza de trabajo disponibles para permitir el desarrollo industrial. La existencia de esta reserva, además, permitía mantener controlado el precio del trabajo-mercancía y moderar las expectativas salariales de los obreros.

Un desarrollo interesante de esta cuestión lo produjo el grupo latinoamericano *Marginalidad* durante los sesenta. La historia del grupo es llamativa porque el financiamiento para sus investigaciones provino de la CIA y fue acusado de un caso de «espionaje sociológico». Se lo asoció al llamado Plan Camelot de las fuerzas armadas norteamericanas, que buscaba conocer a fondo la situación de los marginados para perfeccionar sus tácticas antisubersivas.

Cuando esto se supo, saltó un gran escándalo en el mundo académico. Con todo, produjo un buen material teórico. José Nun, coordinador del grupo, fue quien introdujo la idea de «masa marginal» para distinguir un segmento diferenciado de la superpoblación relativa que no cumplía la clásica función de ejército industrial de reserva antes mencionada.

Este desdoblamiento de la superpoblación relativa en dos masas diferenciadas introduce un fenómeno novedoso, al menos por su extensión, en la estructura social urbana. La masa de excluidos estructurales deja de ser funcional y pasa a ser afuncional o incluso *disfuncional* para las necesidades del sistema.

A casi dos décadas del nuevo milenio, nuestra impresión es que el modo de producción capitalista, monopolista, tecnocrático y «financierizado» produjo una fractura socioeconómica permanente en la clase trabajadora. Si bien no se trata de compartimentos estancos sino de un degradé difuso, podemos identificar la existencia de dos campos: el proletariado en activo con su ejército de reserva por un lado, y los excluidos estructurales por el otro.

Afirmamos que en este contexto hay de dos a tres generaciones de trabajadores urbanos que no están integrados ni se integrarán en el mercado de trabajo asalariado por la sencilla razón de que el Capital no necesita esa sangre. Los medios de producción («capital muerto», según Marx) han adquirido tal grado de desarrollo que cada vez necesitan una menor proporción de capital vivo para producir mercancías.

Este mismo razonamiento es fácilmente traducible de la epistemología marxista a la economía clásica o incluso al lenguaje vulgar: no hay empleo para todos, ni lo habrá. Éste es un cambio cualitativo en el mundo del trabajo sobre el que los políticos, reducidos a meros gestores de lo existente, ni siquiera reflexionan. Si se les pregunta: ¿puede el mercado laboral ampliarse a un grado suficiente para incorporar a todos los trabajadores disponibles?, después de unos segundos de perplejidad, la mayor parte contestará que tal vez en muchos años sí, que por ahora no, etcétera.

Sin embargo, en los debates públicos todos afirman que el desafío es crear empleo formal a través de la inversión, las políticas económicas, el desarrollo del mercado interno, la seguridad jurídica, los tratados de libre comercio, o lo que fuera según su posición ideológica. No están mintiendo. Simplemente se olvidan del tema, no piensan con rigor al respecto y en su proyecto de sociedad los excluidos no son una variable importante.

Levántate, zombi

A finales de los noventa, dos amigos del agite, los dos Seba, fueron interceptados por un patrullero de la maldita policía cuando salían de comprar droga en un barrio transa de William Morris. Entrar ahí era de falopero reventado, no de rastamán careta de Belgrano R, y en los años finales del Fin de la Historia era casi como tener una identidad. Hasta había una canción que decía: «Si vos querés venir conmigo a Santa Clara de Morris, no te vas a agrandar como si fueras Chuck Norris. Por eso ven, entrá, tampoco con la mirada muy baja, en San Damián no está ni tu papá, ni tu mamá, no estás en tu casa» («Tucán», Las Pelotas; *Máscaras de Sal*, 1994).

Pero era un descontrol tutelado. Segmentado para el conurbano, pero tutelado. Los cabezones, más duros que una mesa, hacían de cuenta que la droga era lo prohibido. No era ni siquiera hipocresía. Era psicología inversa. Querían ocultar que en realidad estaban prohibiendo la vida.

En ese patrullero de la bonaerense cargaron a uno, el mayor, y dejaron al otro, el menor. El menor siguió tomando en el barrio. El mayor se fue a ranchear a una plaza de Barrancas de Belgrano. En la rancheada se volvió invisible para la civilización, adoptó la conducta de los zombis del inframundo bestial del refugiado callejero. Le robó a su vecino de calle algunas monedas para comprar y anestesiarse un rato más. Le mordió la mano a un gordo borracho para robarle un pedazo de frazada. Vio algún bebé, muerto ahí, mientras su mamá-zombi dormitaba catatónica entre un vómito y un cartón meado. Y ahí, cuando le estaban drenando sus últimas gotas de humanidad, tuvo una epifanía. Entendió que era un engranaje. Que no era ni Chuck Norris de Morris ni un reventado rebelde: era un rotor funcional al sistema de descarte, como muchos otros pero peor. Luego, buscó y encontró.

Así llegó a Vencer, una granja con un nombre que evocaba algunos años de militancia, que evocaba la figura de El Che y el hombre nuevo, los rebeldes de verdad, los que enfrentaron el sistema como Chuck Norris. Tuvo que renovarse desde la nada, desde el vacío y la desolación, y enfrentar el duelo por todo lo que perdió y la culpa por todo lo que hizo.

Salió con las ideas más claras y con la conciencia de que con la droga genocida también había que hacer un «Nunca más». Y a poco de caminar en libertad ve tirado en una estación al otro Seba, el que no entró al patrullero. Estaba destruido. No valía una moneda. Pero, precisamente, como no valía una moneda, como su valor estaba en una dimensión desconocida para este sistema, tomó la mano de su amigo y sellaron un pacto de sangre. Fue a Vencer.

Corría el 2001. Los dos Sebas andaban como Chuck Norris por William Morris. Ya habían hecho dos revoluciones. ¡Qué le iban a arrugar a los transas! Empezaron a trabajar en el barrio con los pibes. El país se caía a pedazos porque había abandonado a su periferia. La furia que se había acumulado en el conurbano llegaba al centro. La clase media porteña y la caterva politiquera se enteró de lo que estaba pasando recién cuando estalló la bronca. Por unas semanas no funcionó nada. Ni los tribunales, ni la policía. Los Sebas aprovecharon y con treinta pibes tomaron un terreno en General Rodríguez donde fundaron la primera casa comunitaria.

Nos conocimos casi por casualidad. Fue durante una de esas epidemias de suicidios que cíclicamente azotan el conurbano. Harto de no tener cómo transportar los cadáveres, Sánchez juntó unos pesos y se compró una ambulancia usada. Después de descolgarlos de una viga o levantarlos de un charco de sangre, Sergio trasladaba los cuerpos de los pibes y las pibas a la

morgue judicial. Luego preparaba el servicio para que la familia pudiera velarlos. Las ambulancias oficiales no entraban al barrio y nadie se hacía cargo de garantizar una sepultura digna para ellos.

Entre los movimientos populares, en los barrios marginados, en las familias más pobres, la impotencia de no poder hacer nada mientras los pibes se te caen de las manos nos va anestesiando, insensibilizando con cada muerto, y pasa a ser otra de esas tristezas a las que te acostumbrás.

Los intentos para hacer algo mejor que organizar un funeral casi siempre fracasaban. Los velatorios eran cada vez más tétricos. Los amigos de las víctimas eran, en muchos casos, futuros asesinos o asesinados en miniatura. He visto a la «junta» adornando el féretro de su *nieri* con la pipa de paco que ya no podría usar. Ni la madre podía frenar ese ritual de la ranchada.

Un joven pobre y adicto es una bomba de tiempo. Inevitablemente va a explotar. Se va a morir y posiblemente se va a llevar a alguno con él. Sin embargo, en una sociedad tan obsesionada con la seguridad, a pocos pareciera interesarle desactivarla. Internar a un joven seriamente intoxicado es una tarea extremadamente difícil. Si se trata de una mujer o un niño, es directamente imposible. Conseguir una medida de «protección de personas» para internación compulsiva, aun en caso de niños cuya vida está en severo peligro, es una operación jurídica compleja.

La nueva legislación progresista, muy a tono con la austeridad sanitaria, habla de respetar la autonomía de la voluntad, incluso de niños de 11 años que voluntariamente viven en la calle («en situación de calle» dice el eufemismo) y aspiran poxi todos los días. Aun en los pocos casos en lo que lográbamos convencer a los adictos que se internaran voluntariamente, la burocracia estatal para lograrlo funcionaba en una velocidad bien distinta a la de la realidad social.

Los costos de una internación privada eran absolutamente imposibles de sufragar incluso para una familia de clase media. Cuando se lograba la internación, los lugares eran clínicas con desfachatados fines de lucro donde el principal tratamiento consistía en la aplicación excesiva de psicofármacos baratos para mantener calmo al cliente.

Por entonces, un pibe de Barracas bordeaba la muerte entre el consumo de paco y el robo al voleo de automotores para financiar el consumo. Parecía que la ambulancia de Sánchez iba a volver a la morgue en cualquier momento, pero un sábado a la tarde sucedió el milagro. El pibe tuvo un momento de lucidez y vio el dolor de su madre, que ya se resignaba a perderlo. Se compadeció de ella y de sí mismo, se quebró y decidió internarse. Sabíamos que era una carrera contra el reloj. La decisión podía desvanecerse en cualquier momento. La abstinencia es tirana. Intentamos por todos lados. Los teléfonos sonaban pero nadie contestaba. El Centro de Atención Local estaba cerrado. El sistema oficial

nuevamente nos daba la espalda.

Mientras nos lamentábamos por la situación, alguien recordó que Emilio había comentado que existía un grupo de locos en General Rodríguez. Decían que abordaba las adicciones como un problema político. «Vientos de vida», «Vientos de esperanza», «Vientos de…». Nadie se acordaba bien del nombre pero finalmente encontramos el teléfono. Llamamos como quien pone la última moneda en la maquinita, sin demasiadas esperanzas. Atendieron. Explicamos el caso y la necesidad de que lo admitiesen en ese mismo momento, ya entrada la noche. «Bueno, traelo, compañero», dijo alguno de los Seba, y hasta allí fue Sergio con el pibe en su ambulancia.

Este joven no aguantó el tratamiento. Se fue a la semana, volvió al consumo y unos meses después cayó muerto en un robo. No pudimos salvarlo. Cargamos con su muerte como la de tantos otros a la cuenta de este sistema aunque tampoco eludimos nuestra responsabilidad por el fracaso. Sin embargo, en pocos meses, las casas comunitarias de Vientos de libertad (así se llamaba la organización) tenían más de sesenta pibes de nuestro Movimiento internados, en general hijos de cartoneros.

Ellos sólo pedían lo suficiente para la manutención del interno, una mínima proporción de lo que cobraba cualquier clínica. Les faltaba capacidad para alojar más. Los resultados no eran mágicos pero sí tangibles y claramente superiores a los del sistema privado. Vientos no usaba medicación y tenía un método atípico. Su proceso de desalienación consistía en provocar una toma de conciencia política a través de la reflexión y el trabajo comunitario.

Cada habitación tenía el nombre de una figura de la historia política latinoamericana: El Che Guevara, San Martín o —más tarde— el Papa Francisco. En varias ocasiones me invitaron a dar charlas allí y siempre me sorprendió el nivel de las intervenciones y la capacidad de atención que había entre los internados, muy superior a la que encontraba entre mis alumnos de la Facultad de Derecho. Un elemento importante era que no había celulares. Pero más allá de eso, había una enorme sed por comprensión y una necesidad de ejercitar esos cerebros que se iban despertando de un prolongado letargo.

Rápidamente aprendí algunas de las reglas: no colocarme el cigarrillo en la oreja, no pedir que me pasen el fuego desde otro cigarrillo, es decir todo lo que se podía asociar con los hábitos del consumo —en especial los gestos— estaba prohibido.

Unos años después, Vientos de Libertad se integraría a nuestro Movimiento y se agregarían a la red tres casas comunitarias, incluyendo una para mujeres. En las granjas viven hoy alrededor de 550 jóvenes que atraviesan un tratamiento de veinticuatro meses. En cada casa comunitaria, los compañeros se dividen en dieciséis sectores de trabajo que

rotan por trimestres. Todos aprenden a cocinar, limpiar, cuidar a los animales, cortar el césped, reparar las edificaciones. Todos realizan terapia individual, grupal y actividades culturales. Todos leen y debaten cuestiones políticas y económicas.

Paralelamente, funcionan unos veinte centros barriales que atienden a miles de personas por mes y realizan múltiples actividades preventivas. Desde allí, se rescata a muchos que necesitan internación. El lema de Vientos de libertad sintetizaba su filosofía al plantear la lucha por una *juventud despierta*.

Ese ideario se transformó en la consigna general de todo el trabajo de nuestro Movimiento entre los jóvenes. La droga es una mercancía de evasión, un somnífero, el más potente pero no el único. Una juventud despierta, frente a la pregunta de Morpheus, rechaza la píldora azul.

La drogadicción es una especie particularmente perniciosa de un género más amplio de enfermedad social: el consumismo. El hedonismo individualista, exitista y derrochador, la pasta de campeón que se busca con desesperación, el ideal del ganador, todas estas actitudes que se fomentan construyen una sociedad sin empatía con el otro que deriva en conductas destructivas, sean legales o ilegales.

El capitalismo neoliberal ofrece infinitas posibilidades de consumo, cada vez más personalizadas, desde drogas de diseño hasta countries temáticos, todo tendiente a anestesiarnos y encapsularnos en una burbuja vaporosa sin comunidad ni valores. Para los excluidos de la fiesta posmoderna, los placeres pantagruélicos del mundo contemporáneo se reducen a drogas baratas.

El crimen organizado es la estructuración empresarial de las ramas ilegalizadas del mercado capitalista. Es la cara oscura de la Luna, el Lado B del sistema. La ampliación permanente de los insatisfechos, excluidos y desempleados, los nacidos para fracasar, son condiciones necesarias para que cada vez más personas se inserten laboralmente en ese mercado. No por nada el imperialismo capitalista debutó con la Guerra del Opio. Y no por nada a la cocaína se le dice «merca». ¿O alguien puede decir que no sea una mercancía?

El contrato social con los hijos del pueblo pobre y excluido se ha roto el día que nacieron. ¿Por qué ellos habrían de respetarlo? Es la *Exceptio non adimpleti contractus* (excepción del contrato incumplido).En todo caso deberían actuar sólo por miedo a la ley y sus agentes. Pero el miedo no puede contener a todos todo el tiempo. Los procesos de organización comunitaria proponen un nuevo contrato basado en determinados valores que las dos caras del mercado rechazan. Son los muertos que se levantan. Son los chorros mutados en Topos, los paqueros en Juventud Despierta, los buscas en Trabajadores, los ocupas en Vecinos, los sin tierra en Campesinos, los indios en Comunidades. Ellos son la esencia de los

Movimientos Populares. Son la contracara del crimen organizado y la más firme opción por la paz de estos tiempos.

Sin embargo, cuando los movimientos adoptan masividad y capacidad de acción, cuando exigen los cambios políticos que permitan institucionalizar el acceso universal a la tierra, el techo y el trabajo, sus integrantes dejan de ser el paradigma del preso redimido o el adicto recuperado, sus militantes dejan de ser el paradigma del joven idealista. Comienzan a ser bichos peligrosos.

La alegre compañía

«¡Parásitos!», «¡Yo laburo, vos querés vivir de arriba!», «¡Les tirás una pala y salen corriendo!», «¡Cojen para cobrar la asignación!», «¡Se la gastan en paco!», etc. El «vagos de mierda» abunda en el tenor buffo del medio pelo cincuentón y resentido, en el soprano ligero del chetito de La Horqueta, y en el insoportablemente agudo falsete de señora gorda indignada. Lo acompaña el clásico «¿por qué no van a laburar?».

Estos versos y muchas otras estrofas son la expresión folclórica de la cosmovisión imperante en una sociedad embrutecida sobre las personas que se organizan en el Movimiento. Es difícil deconstruir este relato de la cultura masiva. Ponerte del lado de los *choriplaneros* es la fórmula perfecta para anularte como voz autorizada y granjearte el repudio social. Inmediatamente pasás a ser un «corrupto», «piquetero», «chorro».

Hay un aspecto particularmente irritante para la ciudad formal y la ciudadanía integrada, esa porción de la sociedad que se siente legitimada por el pago del alumbrado, el barrido y la limpieza. Un aspecto que, en definitiva, es el más provocador en un sistema gobernado por el dinero. Tiene que ver con nuestra exigencia de redistribuir la riqueza que en términos prácticos implica el pago de subsidios a nuestro sector. Para colmo de males, exigimos esto no con la vergüenza del que pide limosna sino con el orgullo de quien exige se respeten sus derechos.

Se cuestiona la forma que adopta este reclamo, también el uso que se hace de esos fondos. Pero en realidad lo que molesta en serio es la moneda que exigen los excluidos organizados. No la quieren poner nadie. Ni los ricos, ni la clase media, ni lo trabajadores asalariados de mayores ingresos: «Allí donde está tu tesoro, estará tu corazón».

Desde una posición humanista, la justicia de reclamar una mejor distribución de la riqueza para el desarrollo humano se autoexplica. Todas las personas y todos los pueblos tenemos el derecho innato e inalienable a una vida digna. Reconocer la dignidad humana es precisamente la premisa esencial de la perspectiva humanista que permite estructurar un

determinado criterio de justicia y una determinada escala de valores.

La dignidad humana está por encima de la riqueza privada e, incluso, del mérito individual. La reproducción intergeneracional de la pobreza y la riqueza son, sin embargo, una prueba contundente de que la estructura de clases de nuestra sociedad no sólo es inequitativa sino que está totalmente disociada del esfuerzo individual. Un bebé que nació en el Otamendi no es más meritorio que el que nació en el Evita de Avellaneda, pero seguramente tendrá muchísimas más oportunidades en la vida.

La meritocracia, además de un ideal mezquino, es una ficción que sólo sirve para acallar las conciencias de quienes la pasan bien mientras otros viven en la miseria. En Ecuador, Rafael Correa tuvo la peregrina idea de pretender gravar la herencia para fomentar una meritocracia un tanto más genuina. Las élites y los sectores acomodados de la sociedad reaccionaron con furia e hicieron caer el proyecto.

Desde un materialismo estrecho, tampoco existirían motivos que justifiquen la redistribución de la riqueza hacia sectores sin inserción en el mercado laboral. En el pasado, los reclamos obreros encontraban una fuerte legitimación en la idea de plusvalía. El trabajador era expropiado por el capitalista de una porción de su tiempo de trabajo y su lucha estaba legitimada porque en definitiva buscaba reducir esta porción, recuperar algo suyo. Pero a los excluidos nadie les compra fuerza de trabajo y la relación trabajo-remuneración es indirecta.

El trabajo que realizamos en la economía popular es extremadamente productivo desde el punto de vista socioambiental, pero esta producción no está reflejada en las estadísticas, ni en el Producto Bruto Interno ni en ningún Excel de contabilidad burguesa. Esto se ve con total claridad en la denominada economía de cuidados. ¿Cuál sería el gasto de previsión social si no existieran las redes familiares? ¿Cuál sería el gasto de educación pública si no existieran las familias y, sobre todo, mujeres que trabajan sin remuneración?

Sin una revolución ética es difícil que se acepte que la economía debería responder al ideal agustiniano: «de cada cual según su capacidad, a cada cual según su necesidad». Por ahora, hay que buscar patrones más justos para retribuir a cada cual según su aporte social y mesurar éste con algún criterio más racional que el de la productividad capitalista.

Redistribuir la riqueza no sólo es justo sino necesario porque estos niveles de concentración son incompatibles con la paz social y la estabilidad política. El carácter desestabilizador de la desigualdad no responde a la decisión de una vanguardia agitadora. Está en su propia naturaleza. La política de contención que combina la creciente utilización de fuerzas policiales y transferencias asistenciales que sólo permiten la subsistencia física de los excluidos, irá convirtiendo nuestras ciudades en territorios cada vez más fragmentados e invivibles hasta que el orden

establecido estalle por los aires.

Las políticas económicas neoliberales sólo engendran más y más inseguridad. Son caras para la sociedad, y sólo convenientes para reducidas minorías inaccesibles e impenetrables. Es que la paz social es necesaria para las mayorías compuestas por los excluidos, los asalariados, los jubilados, los estudiantes, las clases medias, mientras las élites pueden seguir refugiándose en sus paraísos artificiales, en sus «zonas verdes». Por estas razones vemos países ultraviolentos como México, en el que el capitalismo se desarrolla de manera superficialmente estable y próspera. Diez multimillonarios acaparan el 50% de la riqueza mientras el resto de la población sufre un estado de sitio cotidiano.

Aun quienes comparten la justicia del reclamo, muchas veces rechazan nuestros métodos. Cada vez que el Movimiento realiza algún tipo de acción directa que afecta el tránsito vehicular, recupera un lote para construir viviendas, una fábrica para producir, el espacio público para trabajar e incluso la basura para reciclar. Pero resulta que, además de parásitos, somos violentos.

Lamentablemente, hoy no es la ilustración de las élites, o el reconocimiento de una verdad ética o un consenso filosófico global lo que va a permitir la concreción de nuestros objetivos reivindicativos de tierra, techo y trabajo. El poder no filosofa. Sólo negocia en presencia de un peligro real para sus intereses.

¿Hubiera conseguido algo de oro para repartir entre los pobres la Alegre Compañía de Robin Hood si en vez de gritar «el bolso o la vida» hubiera pedido piedad para los campesinos expoliados por un monarca usurpador? Y aunque en ese caso el grito de guerra no difería del de un grupo de bandidos, la Alegre Compañía no lo era, pero en su tiempo pocos podían distinguirlos.

Por eso es necesaria la construcción de lo que el Movimiento denomina poder popular, es decir la capacidad de los excluidos para obtener determinadas «concesiones» de los sectores del poder económico para determinar sus vidas. Estas «concesiones» se obtienen a través de la movilización social, pacífica y organizada, pero masiva, desafiante y molesta. Sin capacidad para poner en jaque el statu quo no se produce la redistribución.

Sin los recursos necesarios para enfrentar el proyecto de muerte que avanza sobre los excluidos a través del narcotráfico y el crimen organizado, no es posible construir una verdadera paz. Estos recursos son de dos tipos: bienes ociosos y subsidios públicos. Sin subsidios públicos en un mundo dominado por grandes monopolios, es impensable que la economía popular pueda generar puestos de trabajo dignos y estables.

Nosotros no queremos matar a nadie. Mi generación tiene horror a la violencia y las armas. Algunos compañeros no lo reconocen, por ahí cada

tanto se hacen los malos, pero ni se nos cruza por la cabeza recurrir a la guillotina como la Francia revolucionaria, a los fusilamientos de la Revolución Rusa o convertirnos en «frías máquinas de matar» como planteaba El Che, el mismo Che que con orgullo llevamos en nuestras banderas porque fue un gran humanista que luchó por los pueblos oprimidos y murió heroicamente.

Nosotros somos muchísimo más moderados que Santo Tomás de Aquino cuando reivindicaba el derecho de matar al tirano. Los más chicos entre nosotros no quieren matar ni a una hormiga y hasta se hacen veganos. No es que seamos cobardes. Podemos lidiar con la idea de morir, pero matar ni se nos cruza por la cabeza. Si esto es bueno o malo no lo sé, pero así nos hemos formado. Peor son los que cacarean y después corren o mandan a otros al frente. De lo que no hay que tener dudas es de que si esto sigue así, en algunas décadas, vendrán generaciones menos sensibles para hacer —en el mejor de los casos— una revolución armada, impiadosa y terrible, que engendre finalmente otro mundo necesario e inevitable. O, más probablemente, vendrán generaciones-zombis para alimentar un sinfín de células terroristas al servicio de ciertos esquemas de poder, o aportar sangre nueva a las tropas de carteles narco para garantizarle una buena intoxicación a los consumidores de todo el mundo, en especial a los norteamericanos.

Cualquiera que pretenda obtener la más mínima concesión de un poder tan ciego como el que hoy gobierna el mundo, se ve obligado cuanto menos a ladrar para que escuche y —cada tanto— mostrar los dientes.

Algo tiene que sustituir el rol de espada de Damocles que ejercía el comunismo en el pasado. Se necesita un nuevo espectro incendiario, iconoclasta y radicalizado que recorra el mundo, otro látigo que permita domar a la bestia capitalista. Sea por convicción como la nuestra o por pragmatismo como el de quien busca su propio interés en forma inteligente, el 99% necesita crear un nuevo peligro para que la zona de exclusión no se siga ampliando, arrojando por la borda a millones de personas cada año.

Si la peligrosidad de los excluidos deja el estadio policial y pasa al político, su poder será útil no sólo para ellos mismos, los que más sufren la desigualdad actual, sino para el conjunto de la sociedad. Podría restablecerse un poco el equilibrio en el mundo y evitarse la catástrofe en ciernes.

Zombificación ideológica

El desequilibrio actual tiene mucho que ver con la omnipresencia del

capitalismo como modelo único. Para decirlo burdamente, el mundo bipolar era más equilibrado. La competencia es mejor que el monopolio. La domesticación de la izquierda, la claudicación de los movimientos de liberación nacional, la ausencia de una perspectiva revolucionaria y sobre todo la degradación intelectual del llamado pensamiento crítico, corrió hacia la derecha el centro del espectro político y debilitó las chances incluso de un humanismo mínimo.

Si la propuesta económica más radical del movimiento contrahegemónico mundial es la Tasa Tobin o alguna regulación de esas cuevas de ladrones conocidas como banca *offshore*, ¿qué «incentivo negativo» pueden tener los poderosos para abrir la mano? ¿Hubiera conseguido algo Perón si en vez de amenazar a la burguesía con la inminencia de una revolución comunista hubiera amenazado con «un capitalismo más serio»? Los reformistas necesitan a los revolucionarios para existir. En una polarización ficticia donde el arte de hacer posible lo necesario desaparece y la política se reduce a optar entre distintas formas de administrar instituciones impotentes y colonizadas, no hay cambio posible.

Algunos creen que la idea de izquierda y derecha, producto de la Revolución Francesa, es un concepto perimido. Tiendo a coincidir. Casi nadie que se coloque en alguna de las posiciones sabe dónde se sentaron Robespierre o Mirabeau en la Asamblea Nacional francesa. Estar a la izquierda —o para ser históricamente precisos, en la «montaña»— era tirar para los *sans-culottes*, para el proletariado, para lo más bajo de la escala social. Era estar con las masas explotadas, despreciadas y sufrientes. Reclamar la legalización de la marihuana con los hijos caprichosos de la burguesía, sobreactuar tardíamente la agenda de la diversidad sexual, exigir menús vegetarianos en las universidades o repetir sulfuradas proclamas contra babeantes criminales de Estado que orillan los noventa años tiene en general poco que ver con la defensa de los intereses de las clases populares.

Se puede buscar una argumentación popular para todo y darle a ciertas modas ideológicas un barniz social, pero ésa no es una agenda para el pueblo pobre, y no le hace cosquillas al poder real. Las posiciones de pseudo-izquierdistas más usuales en la actualidad se identifican con determinadas poses culturales que se aferran a la defensa de reivindicaciones parciales, sumamente heterogéneas e incluso contradictorias entre sí. Una multiplicidad de objetivos superficialmente refractarios cuya principal característica es centrarse en las libertades individuales y combatir cualquier principio de autoridad, política o moral, como para mostrar su distancia con la pesada herencia del socialismo real y de los nacionalismos populares.

Se trata de una suerte de reclamo adolescente de aceptación social, en

todo caso de una postura cómoda de *dissident* que opera como descarga controlada, tutelada, manipulada. Un dispositivo de neutralización de la potencia revolucionaria de la rebelión, muy acorde a los que no quieren sufrir ningún perjuicio en su calidad de vida pero al mismo tiempo, como diría Rodolfo Walsh, pretenden gozar de la satisfacción moral de un acto de libertad. Es una rebeldía a la carta.

El programa político del marxismo-leninismo, la ideología dominante de la izquierda durante el siglo XX, operaba de un modo totalmente inverso. Era un proyecto integral y un programa de acción. Planteaba una contradicción central y su modo de resolución. Con la utopía de la sociedad sin clases en el horizonte, fijaba un objetivo inmediato, concreto, central, que de concretarse transformaría de cuajo la sociedad: la socialización de los medios de producción. En ese objetivo concentraba todas sus fuerzas y proponía un método para lograrlo: la conquista del poder estatal a través de la revolución violenta y la instauración de la dictadura del proletariado. Nada de eufemismos.

La clase capaz de llevar a cabo esa hazaña era el proletariado industrial, aliado con los campesinos pobres y las masas trabajadoras. Toda distracción en torno al sujeto o el objeto revolucionario se visualizaba como una desviación que los marxistas duros, con Lenin a la cabeza, dedicaron enormes esfuerzos en aplastar. La claridad teleológica, sin edulcorantes, fue una de las claves de su éxito.

El marxismo-leninismo, criatura maquiavélica, racionalista y calculadora, militó obsesivamente durante décadas, conquistó el poder en determinados países, confiscó la totalidad de los medios de producción, sustituyó la acumulación capitalista por la planificación estatal, construyó un poderoso polo geopolítico, dio origen al mundo bipolar e, indirectamente, facilitó el desarrollo de alternativas intermedias como el Estado de Bienestar europeo o los gobiernos nacionales y populares latinoamericanos.

Los partidos populares, laboristas, socialdemócratas del primer y tercer mundo lograron condicionar a los capitalistas de sus países a partir del temor al comunismo. «*Cedan algo para no perderlo todo*», resumía el General Perón en su famoso discurso en la Bolsa de Comercio. Perderlo todo era el comunismo. Entonces, los capitalistas abrieron la mano. La guerra fue fría porque el intervencionismo militar directo de cualquiera de los bloques estaba condicionado por la idea de destrucción mutua asegurada. Esta competencia entre gigantes permitió en gran medida los procesos de liberación nacional del Tercer Mundo.

Con el fin del bloque soviético y el triunfo capitalista, los grandes divulgadores del neoliberalismo decretaron el fin de la historia, el fin del poder, el fin del Estado y el fin del trabajo. No se olvidaron de ninguno de los elementos constitutivos del sujeto y el objeto del proyecto de su rival.

Las banderas rojas se fueron al tacho, al lavadero bricolaje o a las vitrinas de las casas de antigüedades.

No es éste el espacio para analizar los errores de la filosofía política marxista, la deshumanización en los regímenes del socialismo real, los intríngulis de la guerra fría ni las causas del derrumbe del bloque soviético, pero sospecho que el triunfo del capitalismo de tipo norteamericano no fue un triunfo del Bien sobre el Mal. Mal hay de sobra en este sistema. Tampoco creo que haya sido un colapso de la economía planificada. Las economías de mercado colapsan constantemente. Muchos países del Pacto de Varsovia registran un fuerte deterioro en los indicadores sociales. ¿Hay más libertad en Moldavia hoy que hace 50 años? No lo sé. La oferta de carne rumana en los prostíbulos de la Europa opulenta parece indicar otra cosa. En cualquier caso, pareciera que el capitalismo administra la percepción de la libertad —para el Mal y para el Bien— con mayor astucia.

Durante los noventa, la izquierda tradicional y los movimientos políticos populares del Tercer Mundo fueron succionados por el campo gravitacional que, con irresistible fuerza, ejerció durante la década de los noventa el único polo sobreviviente de la guerra entre los dos hijos pródigos de la ilustración: el capitalismo. Entonces, las nuevas generaciones de resistentes brotaron como las mil florecillas del Mayo Francés en una cantidad considerable de pintorescas sectas desorientadas que carecían de un objeto y un sujeto claros. Se parecían a grupos de autoayuda. En esa dinámica, el discurso era mucho más importante que la clase, y la evocación más importante que la agitación.

Entre la flora de ese jardín, notable éxito tuvieron los planteos autonomistas porque sus postulados reflejaban el cambio de estado de la política y la moral posmoderna, convirtiéndolas casi en una virtud de la evolución humana. Si no había estado que conquistar, poder que tomar (ni trabajadores para tomarlo), la propuesta de John Holloway de «cambiar el mundo sin tomar el poder», más que una alternativa ideológica era una derivación lógica, necesaria e inevitable, del nuevo escenario mundial. Era, asimismo, un reconocimiento tácito de que, efectivamente, la historia había llegado a su fin y comenzaba la época de las microhistorias. Las clases fueron remplazadas por colectivos, el imperialismo por el Imperio, y aparecieron tantos ismos como reivindicaciones grupales existieran, para que lo diverso y difuso tomara cuerpo frente a lo unitario y determinado.

Patria desenterrada

Los años pasaron, la historia siguió y mientras las grandes potencias

subordinadas al poder omnímodo de los Estados Unidos apuntaban sus cañones a Medio Oriente contra una ONG presidida por el empresario petrolero Bin Laden e integrada por ex *freedom-fighters* pro-yanquis, la lucha por el poder se coló en el florido jardín de las izquierdas latinoamericanas con la fuerza del movimiento real de los pueblos.

A partir de la irrupción del Comandante Hugo Chávez en el escenario político con el apoyo intelectual de los experimentados revolucionarios cubanos, se produjo el sucesivo ascenso al poder por vía electoral de partidos críticos del capitalismo neoliberal, liderados por reconocidos militantes de izquierda y del nacionalismo popular, que revalorizaban el rol de los trabajadores y los movimientos sociales.

Hugo Chávez tuvo la inmensa virtud de romper el espejismo del pensamiento único y plantear un horizonte revolucionario a partir de la realidad existencial de un pueblo al que él mismo pertenecía como oficial del ejército bolivariano. Llamó a cada cosa con su nombre: al imperialismo, imperialismo; a la burguesía, burguesía; al capitalismo, capitalismo, y a la revolución, revolución.

Su aparición despertó la conciencia política dormida de las juventudes latinoamericanas y las sacó de la comodidad del izquierdismo discursivo e inoperante. Con eso solo, se ganó un lugar en el panteón de los revolucionarios y en el corazón de la juventud militante. Pero no se quedó ahí: asumió todos los elementos de la cultura popular en su proyecto político porque él mismo era del pueblo llano. Reivindicó su fe cristiana y su pertenencia al ejército bolivariano rompiendo con los tabúes del progresismo, y unió la perspectiva anticapitalista con la lucha histórica de los próceres de nuestra independencia en favor de la constitución de un bloque regional.

Esta chispa prendió en América Latina y nos dio quince años de cambios políticos. Fue un tremendo sacudón en la paz cementerina del mundo unipolar. Fue algo grande y las brasas de ese fuego siguen aquí. Aquí y también allá, en el Viejo Mundo, en las periferias de la Unión Europea, donde una nueva izquierda humanista y popular emerge reivindicando el «populismo» latinoamericano.

Más allá de la reivindicación expresa del socialismo por parte de algunos de estos procesos, en general tuvieron una práctica más cercana a la tercera posición peronista que a la revolución socialista cubana, y un espíritu más próximo al reformismo socialcristiano que al colectivismo estatista. No hubo ni fusilamientos, ni guerras civiles, ni destrucción del Estado burgués hasta sus cimientos, ni nacionalización de la banca o expropiación de las grandes empresas.

Podría decirse incluso que su intervención en la economía fue bastante más limitada que la de los gobiernos populares del siglo XX. No hubo planes quinquenales ni grandes programas de planificación sino procesos

de redistribución de la renta a través de la nacionalización de yacimientos de combustibles fósiles (Venezuela, Bolivia, Ecuador) o de políticas de derrame inducido (Argentina, Brasil) que, efectivamente, aliviaron las penurias causadas a los pobres por el neoliberalismo duro de los noventa.

Todos estos cambios político-económicos, pequeños y grandes a la vez, fueron precedidos por fuertes procesos de movilización social. No cayeron del cielo. En el caso de Bolivia, los movimientos sociales tuvieron un inmenso protagonismo y dieron potencia política al sujeto indígena-campesino que en ese país constituye el grueso de las masas populares.

En otros países, los movimientos y organizaciones de base se incorporaron parcial y paulatinamente. A pesar de sus limitaciones, las conquistas socioeconómicas de los sectores populares durante esa década son innegables. Todas las estadísticas las reflejan. Las posibilidades de consumo para los excluidos del mercado se ampliaron enormemente. La reducción de la pobreza y la indigencia fueron notables. La pobreza cayó 15,2 puntos porcentuales entre 2002 y 2016, el coeficiente de Gini que mide la desigualdad pasó de 0,538 a 0,467 y la población que recibía algún tipo de pensión también aumentó pasando del 53,6% al 70,8% (Conf. Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 2017).

Sin embargo, las estructuras duras del capitalismo dependiente siguieron incólumes y no se modificaron las metas culturales hegemónicas impuestas a nuestros pueblos por el meta-marketing neoliberal. Si bien es cierto que en algunos países como Bolivia y Ecuador los procesos de cambio impulsaron el ideal indígena del buen vivir (tan parecido al griego de *eudemonia* o el cristiano de *vida buena*), no se produjo la revolución cultural necesaria para enfrentar al *ethos* capitalista inspirado en el ganador hedonista que se da la buena vida.

En algunos países, las metas consumistas incluso se reforzaron e infectaron con su veneno a muchos cuadros políticos orgánicos a los sectores populares. Se llegó a reivindicar como un gran logro la reproducción de las prácticas suntuarias del occidente opulento. La posibilidad de acceder a brillantes dispositivos electrónicos, alimentos industrializados empaquetados, gaseosas multinacionales con altos niveles de azúcar y nuevos modelos de automóviles de gama económica se consideró un signo inequívoco de éxito. Se confundió consumo popular con justicia social. Se excitó el gusto por un falso pan, uno que no alimenta, que no sacia y que nunca alcanzará para todos.

En saco roto cayeron las palabras que miles de jóvenes argentinos escuchamos de Fidel Castro, referencia indiscutida por todos los gobiernos posneoliberales, durante su discurso en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, cuando expresó que no era el consumo de bienes innecesarios sino los valores, la dignidad y la autoestima lo que constituye la verdadera calidad de vida o las constantes exhortaciones de

Pepe Mujica para que cambiemos nuestra cultura consumista y vivamos con simplicidad.

En el terreno político, las estructuras gubernamentales tendieron a desarticular el poder y la autonomía de las organizaciones sociales que las llevaron al gobierno, restringiendo los organismos básicos de una democracia real a meras correas de trasmisión del poder estatal. Algunas organizaciones fueron regimentadas a tal punto que perdieron su razón de ser y pasaron a ser entidades cuasi estatales. Sus dirigentes se convirtieron en la representación del Estado frente a su base social y no la de su base social frente al Estado. Muchos líderes sociales no se animaron a tirarles de las orejas a los funcionarios y en ocasiones se convirtieron en tristes lamebotas de la burocracia.

Los gobiernos priorizaron excesivamente los mecanismos de transferencia individual de ingresos como fórmula de redistribución de la riqueza sin promover con esos recursos la organización comunitaria del trabajo. Los beneficiarios ingresaban al mercado solamente como consumidores, reforzando el poder de los monopolios como ordenador social. Esto profundizó la concepción fetichista, cosificada y conservadora del Estado, y desconocedora de la inmensa volatilidad política de nuestro siglo. Parecía que los derechos, una vez reconocidos e institucionalizados, no necesitaban de organizaciones libres para defenderlos. Se produjo la falsa conciencia de que la letra de la ley y la existencia de las instituciones era garantía suficiente para que se respetaran los derechos en el futuro.

Muchos dirigentes políticos redistribucionistas, comenzaron a creer que fueron ellos los que lograron los avances, desconociendo los procesos históricos, las luchas previas, la importancia del pueblo organizado. Los cuadros de la administración gubernamental se acostumbraron a los privilegios y a la comodidad burocrática. En no pocas ocasiones se marearon con la soberbia de quien siente justificadas sus pequeñas desviaciones por fines superiores. Luego se desmoralizaron frente a problemas muchas veces derivados de su burocratismo, se olvidaron de los fines superiores y se refugiaron en sus privilegios.

Muchos jóvenes crecieron con el calor de estufas en los despachos oficiales y trocaron la idea de «cambiar el mundo sin tomar el poder» por una mucho más triste y degradante: ejercer el poder sin cambiar el mundo.

La corrupción fue tal vez la mayor vulnerabilidad de los procesos latinoamericanos que abrevaron en la corriente populista y el ideal sociopolítico de la Patria Grande. El espíritu consumista y ostentador se apoderó de muchos que debieron combatirlo como la peor plaga del capitalismo dependiente. Lo que pasó no fue un invento de los medios de comunicación burgueses, oligárquicos y colonialistas, como a veces queremos creer. Lo que pasó, pasó. Fue una herida auto infligida sobre la que el enemigo golpea como un boxeador sobre la llaga de su rival.

El Pueblo le pide a los que sostienen las banderas de los más desfavorecidos un estándar de honestidad superior a quienes no lo hacen. Es natural y está muy bien que así sea. Un proyecto emancipador, humanista y revolucionario tiene que pensar mucho en la corrupción, en cuáles son sus causas y cómo combatirla en todos los terrenos. Lenin creía, tal vez exageradamente, que la corrupción política y sindical era exclusivamente producto de la cultura capitalista. Decía que «bajo el capitalismo, la democracia se ve coartada, cohibida, truncada, mutilada por todo el ambiente de la esclavitud asalariada, por la penuria y la miseria de las masas. Por esto, y solamente por esto, los funcionarios de nuestras organizaciones políticas y sindicales se corrompen».

Yo creo que la corrupción es una hidra de mil cabezas enraizada en la humana naturaleza. Le cortás una y le sale otra. En el ambiente capitalista esta bestia es más fuerte pero la llevamos bien grabada en nuestro ADN cultural. El sistema te tienta, te engorda, te ceba, te adoba y luego te come. El Papa Francisco enseña que la corrupción tiene un solo antídoto: la austeridad. A la codicia hay que matarla de hambre.

No se puede desconocer, desde luego, que las élites económicas nacionales, abiertamente apoyadas por el *softpower* imperial, desarrollaron una oposición férrea, violenta y creciente a los populismos posneoliberales. Estaban seriamente preocupados por el crecimiento de la unión entre los países del sur y la instalación de un discurso político que priorizaba la justicia social por sobre los derechos patrimoniales, y la redistribución por sobre la inversión.

La reacción oligárquica, siempre cipaya, siempre yanacona, combatió al humanismo redistributivo latinoamericano y enfrentó furiosamente el proyecto de la Patria Grande. Enarboló la bandera de la meritocracia, el pluralismo, la seguridad y la transparencia explotando las debilidades de estos procesos. Se apoyó en los medios de comunicación, las redes sociales, los grandes grupos económicos y los reductos más corporativos del Estado como el poder judicial.

Con todo, creo que lo que más pesa en la crisis del ciclo político redistribucionista son sus propias contradicciones, vulnerabilidades, corrupciones y desviaciones. Sin cambios revolucionarios en la ética, la economía y la política, ningún movimiento político puede garantizar la paz, la justicia social y el desarrollo humano integral. Y no hay moral revolucionaria sin perspectiva revolucionaria.

Hasta las estrellas

¿Podría existir un pacto de convivencia entre integrados y excluidos? ¿Un

capitalismo más razonable es un objetivo posible? ¿Las élites son capaces de ceder algo por humanidad, por ilustración o para no perderlo todo? ¿Los sectores de alta rentabilidad podrían aportar una porción de sus ganancias para subvencionar el desarrollo de la economía popular? ¿Podrían tolerar un sistema mixto donde el sector privado, el público y el popular coexistan respetando los derechos de todos los trabajadores en su plenitud? ¿Podrían aceptar una redistribución de su patrimonio inmobiliario para que haya tierra y techo para todos? ¿Podrían asumir una adecuación de sus procesos productivos a las necesidades del ambiente? ¿Podrían balancear el comercio exterior y los términos de intercambio para que los países pobres salgan de la dependencia? ¿Podrían reconocer la deuda histórica ambiental y social con los países pobres para que sus hijos no se vean obligados a migrar? ¿Podrían renunciar a la prepotencia de las armas y el saqueo de los recursos naturales? Anticipo que no lo sé. Quisiera que así fuera porque detesto la violencia y prefiero el tiempo a la sangre.

Sin embargo, me cuesta pensar en la viabilidad de una transición pacífica hacia otro sistema sin un nuevo pacto social. Será difícil que encontremos un punto de equilibrio hoy que nos permita evolucionar hacia una nueva sociedad sin que corran los ríos de sangre que inevitablemente van a correr si no se atiende estructuralmente la emergencia socioambiental.

Lo que sí tengo claro es que, como fin último, como ideal, un capitalismo de rostro humano es algo demasiado mezquino para dar la vida. Sin esa disposición a entregarlo todo por la causa de los pueblos, sin jugársela, sin un sentido de epopeya, la mera posibilidad de recrear un humanismo mínimo es inviable. Sartre decía que los ideales son como las estrellas: no se alcanzan, pero guían tu camino.

Si no hay grandes ideales, es difícil dar pequeños pasos en la dirección correcta. La perspectiva de construir una nueva sociedad es necesaria aún para lograr cambios menores en la vida de la gente, para frenar las actuales tendencias deshumanizadoras, para resolver los problemas más urgentes, para desarrollar la economía popular, para mejorar los barrios marginados, para proteger el territorio campesino-indígena. Porque ¿quién va a luchar con el corazón por un «capitalismo más razonable»?

No podemos renunciar a un cambio radical de las estructuras económicas y de las metas culturales de la humanidad. No podemos renunciar a pensar un nuevo paradigma acerca de qué hacemos los seres humanos con el corazón, con la cabeza y con las manos porque nuestro corazón se va endureciendo, nuestra mente achicando y nuestras manos son un instrumento para dañar al prójimo. Tampoco podemos desconocer la cuestión del poder. El poder como capacidad de determinar la vida de las personas, y el poder como monopolio de la fuerza legítima: como

«estado».

Desde el Consenso de Washington hasta el presente, los debates estuvieron centrados en la redistribución de la riqueza y, más recientemente, en la cuestión del cambio climático. Corrieron ríos de tinta, se talaron bosques y se acumularon montañas de hojas A4. Hubo convenciones por aquí, pactos por allá y metas del Milenio, del Desarrollo Sustentable, etc. Si se cumpliera un tercio de lo que establece el derecho público internacional, si se respetaran los tratados de derechos humanos suscriptos por todos los gobiernos, los pueblos del mundo vivirían infinitamente mejor. En cambio, es sorprendente lo poco que se ha hecho para hacerlos operativos. Mientras tanto, los que destruyen el planeta y acumulan riquezas infinitas, se ríen de todos nosotros. ¿Qué falta? Falta el poder para hacerlos cumplir.

Ese poder reside en la multitud de los excluidos, una potencia que se organiza y —de a poco— se pone en movimiento. Como decía Aristóteles, el movimiento es el paso de la potencia al acto. Falta el acto constitutivo que coagule ese poder para que pueda detener el avance del Capital y devolverle a los pueblos los derechos económicos, sociales y culturales que le han arrebatado.

El mayor peligro que afronta la humanidad es que este movimiento no se produzca, que el acto no se concrete, que la regla siga siendo la arbitrariedad de los de arriba, que los ricos se sientan impunes y no sientan peligro alguno y, en su impunidad despreocupada e indiferente, sigan actuando con total descaro contra la sociedad y la naturaleza.

Los excluidos son una clase peligrosa pero se trata de una peligrosidad relativa, necesaria para la humanidad y el planeta, disfuncional para los que nos oprimen, nos excluyen y nos anestesian. La clase objetivamente peligrosa para nosotros, el 99%, es ese 1% que desafía temerariamente los límites físicos y morales de la existencia humana.

Los pueblos pobres del mundo, las grandes mayorías populares de cada país, solamente podrán frenar este proceso destructivo convirtiéndose en un contrapeso, en un contrapoder y en un contrapeligro que dé vuelta el sistema y permita la construcción de un nuevo paradigma humanista donde la economía y la política giren en torno a la mujer, el hombre y la naturaleza.

8- E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1979.

Epílogo
Utopía naif

Javier vuelve de su clase de guitarra en la orquesta barrial del Centro Social Acuba, una pequeña construcción que en la Argentina Pasada fue un bunker narco. Camina rápido sobre veredas limpias e iluminadas hasta su casa. Se largó a llover. Ve cómo el agua drena por el desagüe.

Javier aprendió a leer y escribir en la primaria, en español y un poquito en portugués. Ahora cursa el segundo año de la secundaria, está aprendiendo a programar y editar videos, el año que viene tiene talleres de robótica, cocina y construcción. Mientras camina con su guardapolvo blanco y su mochila, piensa cómo combinar lo que aprendió sobre folclore latinoamericano con la cumbia del barrio y los dibujos de su mejor amigo para el proyecto audiovisual que tiene en mente. Después del partido del sábado, van a juntarse a grabar las primeras canciones.

En José León Suárez y Oliden, Javier se cruza a María, la profe de mecánica. Muy pocos profes del sistema público toman licencias, está mal visto por el gremio salvo en casos de fuerza mayor, pero ella directamente no falta nunca. Tiene un sueldo digno, pero sobre todo, una motivación para sonreír cada mañana frente a sus alumnos. Los equipos que necesita están actualizados y funcionan correctamente. Los techos no se caen, las paredes están pintadas, el patio tiene el pasto cortado, hay tizas, sillas, mesas, proyectores, un laboratorio bien equipado, computadoras que se actualizan cada dos años. Algunos chicos se quedan al mediodía en el comedor, pero la mayoría vuelve a comer a su casa. Si alguno se lastima, la ambulancia llega rápido, con un enfermero bien pago, para llevarlo a un hospital donde no faltan medicamentos, los pacientes no se apiñan en los pasillos y los médicos trabajan con el orgullo de pertenecer al sistema público de salud.

Javier sigue caminando. En la esquina los pibes tocan la guitarra y hacen percusión con los tachos. Lo saludan cuando pasa. Toman una birra. Ni la policía los verduguea ni el transa los envenena ni ellos le dan miedo a nadie. A veces joroban un poco con la guitarra hasta la noche. Un abuelo cascarrabias sale en chancletas y se queja. Cuando sucede, nadie le contesta porque a los abuelos se los respeta. Se van a la plaza y siguen.

Javier entra a su casa. Tiene luz. Tiene gas. Tiene agua. El padre de Javier, costurero, está preparando la cena; su madre, cartonera, todavía no llega de jugar a la pelota con sus amigas del Centro Cooperativo de Reciclado que construyeron donde estaba el viejo basural a cielo abierto.

Javier respira contento el aire perfumado con el olor a cilantro: hoy hay milanesa con ensalada. Su viejo aprendió a usar el cilantro el verano pasado cuando fueron de vacaciones a la Patagonia. Todavía no conoce bien la economía mixta del Estado Plurinacional Latinoamericano, ni siquiera la regional Argentina, pero sí sabe que la verdura llegó desde el Cinturón Hortícola de La Plata donde cada una de las diez mil familias

quinteras tiene su chacrita agroecológica. Con la escuela fueron de excursión y les contaron cómo los arrendatarios y supermercadistas explotaban a los horticultores bolivianos en Argentina Pasada.

La lluvia arrecia pero el agua no entra al cuarto de su hermanita que hoy tomó su litro de leche. Hace frío afuera pero la estufa funciona, estos nuevos modelos de vivienda comunitaria con energía solar son hermosos y funcionan muy bien. Tienen baño con inodoro y ducha, 20 m2 por integrante de la familia, y una huerta en el patio. Se pagan con ocho horas de trabajo comunitario semanal en el saneamiento del Riachuelo. El proyecto está en su última etapa. Los laburantes están por pintar las amarras para los botes que se usan para pasear los fines de semana.